



DIVIDIDA

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

natasha knight

DIVIDIDA

LEGADO OSCURO
LIBRO 2

NATASHA KNIGHT

Traducido por
FLOR SILVA MEURINNE

Derechos de autor

Copyright © 2024 por Natasha Knight

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Portada de Coverluv

ÍNDICE

[Nota de la Autora](#)

[Prólogo](#)

1. [Helena](#)
2. [Helena](#)
3. [Sebastian](#)
4. [Helena](#)
5. [Sebastian](#)
6. [Sebastian](#)
7. [Helena](#)
8. [Helena](#)
9. [Sebastian](#)
10. [Helena](#)
11. [Sebastian](#)
12. [Helena](#)
13. [Sebastian](#)
14. [Helena](#)
15. [Helena](#)
16. [Sebastian](#)
17. [Helena](#)
18. [Sebastian](#)
19. [Helena](#)
20. [Sebastian](#)
21. [Sebastian](#)
22. [Helena](#)
23. [Helena](#)
24. [Sebastian](#)
25. [Helena](#)
26. [Sebastian](#)
27. [Helena](#)
28. [Sebastian](#)
29. [Helena](#)
30. [Sebastian](#)

[Epílogo 1](#)

[Epílogo 2](#)

[Muestra de Retorcido](#)

[También por Natasha Knight](#)

[Acerca del Autor](#)

NOTA DE LA AUTORA

Dividida es el segundo libro de la bilogía Legado oscuro (Dark Legacy).

Si aún no has leído [Cautiva](#), tendrás que hacerlo primero. Ya puedes encontrarlo en todas las tiendas.

[Haz clic aquí para abrir los enlaces.](#)

PRÓLOGO

HELENA

Helena

No puedo abrir los ojos.

Es como un sueño en el que te quieres despertar, escapar, pero no puedes despertar y no hay escape.

El agua gotea en algún lugar cercano, detrás de mí tal vez. El sonido resuena en las paredes.

El olor a descomposición que revuelve el estómago impregna este lugar y todo lo que puedo pensar es que estoy de vuelta en la isla. Debe ser así. Y en ese mausoleo.

Me han enterrado viva en ese mausoleo.

La escena cambia entonces, llevándome de vuelta a la biblioteca, a cuando mis hermanas y yo estábamos en nuestros bloques. Cuando se tomó su tiempo para mirarnos. Se tomó su tiempo para decidir.

Recuerdo sus ojos, la oscuridad dentro de ellos.

Y siento su tacto, sus dedos sobre mí, sobre mi sexo.

Y recuerdo mi excitación.

Lucho contra el recuerdo y cambia de nuevo, ahora veo a mis padres.

Mi madre.

Al igual que nuestros enemigos, los Willow son una familia plagada de mentiras y engaños.

Primero, fueron mis padres quienes me traicionaron. Me vendieron como a un cerdo de engorde. Las palabras de Sebastian, no las mías. Pero apenas importa quién las pronunció.

Luego, fue Sebastian.

Me dijo que confiara en él, y lo hice. Me dijo que había encontrado una salida, y le creí.

Pero ha estado mintiendo todo el tiempo.

Y he sido una tonta todo el tiempo.

HELENA

Sueño con mi tía esa noche.

Siempre pensé que lo sabría cuando muriera. Pensé que lo sentiría. Pero se ha ido por semanas y no he sentido nada.

Pero en mi sueño, es joven y hermosa. Sostiene mi cara entre sus manos y son suaves, la piel ya no es vieja, sino que es como la mía. Mirarla a la cara es como mirarse en un espejo.

Era como yo hace setenta años. Fue la chica Willow. Podrías cambiarnos la una por la otra y nadie lo notaría.

Soy una réplica exacta de mi tía.

Ella sonríe mientras me ve y todo lo que puedo hacer es llorar mientras intento comprender. Dar sentido a esto.

—Ahora tienes que ser fuerte, mi niña.

—Te has ido y ni siquiera lo supe.

—Solo me quedé el tiempo necesario para darte esto, Helena. —Toca el anillo, lo gira en mi dedo. El hueso se siente suave y fresco contra mi piel.

—¿Lo mataste? —pregunto—. ¿Es cierto lo que dicen?

—Mienten —dice, girando un poco la cabeza, mirando hacia la oscuridad más allá y veo el borde de algo en la curvatura de su cuello, una cicatriz que nunca había visto—. Nunca lo olvides.

—¿Qué es esto? —Empiezo, empujando el vestido negro suelto parecido a una funda.

Me coge la mano para detenerme.

—Mira en el armario, Helena. En las tablas del suelo.

—¿Qué?

—El armario en la habitación de la chica Willow. Mira. Ya lo entenderás. —Toca mi anillo—. Recuerda, tenemos un pedazo de ellos. Deja que ese conocimiento sea tu poder. Deja que te dé fuerza. Terminarás con esto. Serás la última chica Willow.

—¿Voy a morir?

Me abraza, acaricia la parte posterior de mi cabeza y vuelve a ser vieja y familiar.

El ruido nos sorprende y ella mira más allá de mí hacia la oscuridad. Me pregunto si puede ver lo que ahí se oculta. Yo no puedo.

—Se nos acabó el tiempo, mi niña. Recuerda que estoy contigo y que el fantasma de cada chica Willow te acompaña. Terminarás con esto.

—No quiero ser uno. No quiero ser un fantasma.

Y antes de que pueda despedirme, antes de que pueda abrazarla una vez más, se ha ido. Se había desvanecido. Y el ruido repentino es fuerte y me hace palpar la cabeza.

Intento abrir los ojos, pero se sienten como si estuvieran pegados.

—Levántate —dice una mujer.

Debe estar pateando mi cama porque me sacude.

No quiero ser uno. No quiero ser un fantasma.

—Ethan, levántala.

Es Lucinda. Reconozco su voz.

Y un momento después, un instante antes de que pueda abrir los ojos, un poco de agua helada me empapa, me roba el aliento y me hace jadear.

Abro los ojos, frotándome la cara. Me late la cabeza y siento que quiero vomitar.

Cuando me siento, una ola de náuseas casi me hace caer.

Estoy en una cama, aunque parece más un catre, en medio de una habitación o lo que alguna vez fue una habitación, con olor a humedad y moho como un lugar que permaneció cerrado durante mucho tiempo. Un lugar dañado por el agua, viejo y olvidado.

Cuento las constantes gotas de agua mientras mis ojos se ajustan a la tenue luz y dos figuras se enfocan.

Lucinda está de pie al otro lado de la habitación. Lleva un largo vestido negro, que la cubre desde el cuello hasta el tobillo.

Más cerca de mí, sosteniendo el cubo ahora vacío, está Ethan. Agradezco que la luz sea tenue porque no quiero ver la mirada en sus ojos.

—No te ríes ahora, ¿verdad? —pregunta, y me olvido de lo que dijo Sebastian sobre el accidente que lo dañó porque ahora mismo, Ethan Scafoni me asusta.

—¿Dónde estoy? —pregunto, mirando a mi alrededor.

A lo largo de una de las cuatro paredes hay una ventana empotrada y o es de noche o estamos bajo tierra porque no hay ni un rastro de luz. Ni una sola grieta que deje entrar la luz más tenue. En otra, hay una enorme y pesada puerta de madera.

Sé que debemos estar en algún tipo de sótano por el olor. Oscuro y húmedo, el olor es abrumador.

—¿Qué me hicieron? —Me palpita la cabeza y cuando me levanto para tocarla, me doy cuenta de que estoy desnuda—. ¿Dónde está Sebastian?

—¿Todavía lo quieres después de lo que te hizo? ¿De cómo te mintió?

—¿Dónde está?

—Qué chica tan tonta.

—¿Dónde estoy, Lucinda?

Coloco mis brazos a mi alrededor, tratando de no mostrar mi pánico, como tiemblo. Aquí hace mucho frío, tan diferente al calor del sol en la isla.

—No estás lejos de la isla, no te preocupes. Veremos cuánto tarda mi hijastro en encontrarte.

—Me tendiste una trampa. Me mentiste.

—Te dije que me estaba ayudando a mí misma.

—¿Qué quieres conmigo?

—No es lo que yo quiero. Hice un trato con Sebastian. Pero no me gustan sus términos, así que los estoy ajustando.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuál trato?

—Ethan, tráeme mi bastón —dice, manteniendo sus ojos en mí.

Su sonrisa es malvada cuando baja el cubo y sale de la habitación, con la pesada puerta crujiendo detrás de él.

Lucinda se acerca a mí.

—Sebastian afirma querer proteger a su hermano, pero te elige a ti por encima de él, así que me aseguraré de que mi hijo reciba lo que se le debe antes de cumplir con los términos de Sebastian.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué términos?

—Me llevaré a Ethan, como él quiere.

—¿Qué?

—Pero primero tendrá su turno. No me vencerás, chica Willow.

Ethan regresa. Le entrega el bastón a Lucinda.

—¿Sabes? Este es uno de los bastones que usaba para disciplinar a Sebastian.

No respondo, pero la observo mientras traza un círculo alrededor del catre.

—Era más fácil cuando era más joven, pero a medida que crecía, se volvía más y más desafiante. Sin embargo, su padre lo permitía y, si no se sometía a mí, Joshua lo obligaba.

—Lo vas a sentir, chica Willow —dice Ethan desde atrás.

Muevo mis ojos hacia él solo momentáneamente, aun siguiendo a Lucinda mientras pasa la longitud del bastón por la palma de su mano.

—No fue hasta que su padre murió que me atacó.

—¿Te atacó? Lo golpeabas.

Se detiene, se inclina hacia mí. —Lo disciplinaba, niña. Disciplinaba. Como lo hice con tu tía.

—Eres repugnante.

Sus labios se curvan. —¿Quieres ver algo repugnante? —pregunta.

No respondo antes de que empiece a desabrochar los botones superiores de su vestido y se dé la vuelta para darme la espalda. Empuja el vestido hacia un hombro y jadeo ante las cicatrices profundas. Como las de mi tía.

—Eso es lo que los hombres Scafoni les hacen a sus mujeres. Y todavía lo llamas para que venga a rescatarte.

—Sebastian no te hizo eso.

—No, no lo hizo. Pero sí tomó un turno. —Se gira para mirarme de nuevo, abrochando su vestido—. Ahora ponte en tus manos y rodillas, chica Willow.

Sacudo la cabeza, mirando del bastón a Ethan. —Si me lastimas, Sebastian te matará.

—Ethan —grita.

Ethan se acerca a nosotras.

—Oblígala.

Pero ante eso, vacila, me mira, luego a ella, confundido.

—Dijo que no volviera a tocarla.

Sebastian.

Está hablando de Sebastian.

Lucinda lo mira, hay furia en sus ojos. —Oblígala, Ethan.

Él sacude la cabeza, con miedo en los ojos. —Él dijo que no. Dijo que no volviera a tocarla.

—Y yo digo que puedes. También es tuya. Tienes derecho. Toma lo que es tuyo.

—No lo hagas, Ethan. Se enojará contigo —le digo, desesperada por ganar tiempo.

Pero en el instante en que lo hago, siento el dolor agudo del bastón en mi cintura. Me doblo, agarrando mi vientre, la línea caliente al tacto.

—Estúpida puta. ¿Crees que pondrás a mi hijo en mi contra? —Golpea de nuevo, esta vez en uno de mis costados. Me alejo de ella, tratando de proteger mi cara, mi vientre, y ella lo usa a su favor, colocando tres golpes sobre mis hombros, haciéndome gritar.

Toma un puñado de mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás. Su cara está a unos centímetros de la mía cuando escupe su orden.

—Acuéstate y tómallo o te juro que te romperé la espalda.

Me empuja hacia adelante y no dudo que hará lo que dice. Me acuesto en el colchón decrepito y agarro los bordes del catre mientras deja caer golpe tras golpe en mi espalda, trasero y muslos, cada uno más fuerte que el anterior, hasta que estoy segura de que me desmayaré del dolor.

Siento el calor de la orina entre mis piernas. He perdido el control de mi vejiga y ella todavía me está golpeando, y creo que voy a morir.

Dios, quiero morir.

Estoy sin fuerza cuando se detiene. Mis brazos cuelgan a los lados del catre. El suelo es arenoso contra mis nudillos y recuerdo al ángel sobre el mausoleo.

El Vigilante.

Recuerdo cómo sus manos estaban talladas en la piedra, curvadas en el suelo, ni siquiera tomaban algo, derrotadas y, sin embargo, vigilantes.

Pero yo no estoy tallada en piedra.

Y solo estoy derrotada.

No me queda nada.

Sus zapatos chasquean mientras camina por la habitación y la escucho susurrar, dándole una orden a Ethan. Él se acerca a mí y yo me alejo, pero apenas puedo moverme y ¿a dónde iría? Se para a un lado de la cama y puedo sentir sus ojos sobre mí y una nueva ola de miedo hiela la sangre en mis venas.

No.

Por favor, esto no.

No esto.

Los golpes los puedo tomar, ¿pero esto?

Lo escucho desabrocharse los pantalones.

Dios. Esto no está sucediendo. Esto no puede estar sucediendo. Por favor, Dios, no dejes que lo haga.

No dejes que me viole.

Por favor.

Por favor.

Por favor.

Entonces me siento miserable, la mitad de mí está en el catre mientras la otra fuera. Estoy esperando sentir sus manos sobre mí, esperando a que me separe.

Y entonces lo escucho. Oigo sus gruñidos. Siento el peso de su rodilla sobre la cama.

—No te tocaré —dice.

Intento alejarme.

—Sebastian dice que no debo tocarte.

No lo miro.

Entierro mi cara y, unos minutos más tarde, siento el primer chorro de semen en mi espalda. Escucho los sonidos que hace mientras bombea su polla con su mano, cubriéndome; mi cabello, mi espalda, mi culo, con cuidado de no tocarme, ni con su rodilla, ni con ninguna otra parte de él.

Cuando termina, tropieza hacia atrás. Abro los ojos y lo miro mirándome, contemplando su obra.

Se cierra los pantalones y sale por la puerta y, esta vez, escucho cuando gira la cerradura y

me recuesto allí, en mi propio vómito. En mi propia orina. Cubierta de semen.

HELENA

No sé cuánto tiempo permanezco allí. Me quedo dormida y cuando despierto, estoy adolorida y helada. Giro la cabeza, me limpio la cara. Apesto a vómito y orina y el olor a agua rancia impregna este lugar olvidado, y todo lo que escucho es ese constante goteo.

Me enloquecerá.

Tengo la boca seca. Tengo tanta sed.

Me lleva mucho tiempo levantarme y camino con dificultad hasta la puerta. Tiro del anillo oxidado para abrirla, pero sé que está bloqueada. Los escuché echarle llave.

Llamo una o dos veces, mi voz es pequeña y se agrieta, pero no escucho nada. Nada más que agua a mi alrededor.

La bombilla parpadea y un nuevo pánico se apodera de mí. Estar aquí en la oscuridad, en la oscuridad total, no puedo. No puedo pensar en eso.

Camino hacia la ventana empotrada y me acerco para tocar la madera, trato de poner mis uñas alrededor de los bordes, pero está sólidamente colocada en su lugar y sé que estoy bajo tierra. Si alguna vez fue una ventana, ahora está bajo tierra.

Miro a mi alrededor en busca de algo para forzar la cerradura. Cualquier cosa. Pero no encuentro nada. Nada que pueda usar para abrir la puerta.

¿Es aquí donde moriré? ¿Enterrada vivo en este lugar olvidado?

Un escalofrío me hace abrazarme. Tengo sed. Tengo tanta sed que considero beber de un pequeño charco de agua sucia en un rincón que se filtra por una grieta en la pared, pero cuando me inclino para tocarlo, es viscoso. Me limpio la mano en la pared, regreso al catre y me siento. Todavía está húmedo por él o por mí. Puedo sentir su cosa en mí, apelmazada, seca y repugnante.

Pero al menos no me tocó. Al menos tenía tanto miedo de Sebastian para tocarme.

Me acuesto de lado, cierro los ojos, trazando la línea elevada en mi vientre, sin atreverme a tocar las de mi espalda. Me duele incluso abrazarme.

Pienso en lo que dijo Sebastian. En que me mira dormir. En que dice que duermo más profundamente cuando coloca un brazo a mi alrededor, envolviéndome.

Ojalá estuviera aquí ahora. Ojalá me encontrara ahora. Atravesaría la puerta y me llevaría de vuelta a la isla. Me limpiaría y me acostaría. Me colocaría en su cama y me envolvería en sus brazos y me mantendría a salvo.

Las lágrimas me adormecen. Mi sed es lo que me despierta la próxima vez. Es tan poderosa que duele.

Me duele el estómago por el hambre y me pregunto cuánto tiempo he estado aquí. Me pregunto si moriré aquí antes de que Sebastian me encuentre, si incluso me está buscando.

Intento sentarme, pero me duele muchísimo.

Al menos la luz sigue encendida.

Intento dormir, haciendo que mi tía Helena venga a mí en mis sueños. Para ayudarme a salir de aquí.

El anillo en mi dedo arde.

Hueso de Scafoni.

Lo quiero lejos de mí. Quiero que desaparezca.

En un extraño pánico, me siento, haciendo una mueca de dolor, y tiro de él, una y otra vez. Pero está atascado y no se mueve. ¿Por qué me lo dejaron cuando se llevaron todo lo demás?

Me acuesto y la próxima vez que me despierto, está completamente oscuro. La luz ya no parpadea. Ya no sirve.

El peso de cien toneladas de tierra parece enterrarme y si no tengo cuidado, me voy a asfixiar. Me abrazo y me fuerzo a dormir porque me volveré loca en esta oscuridad. Dormito y despierto y no sé cuánto tiempo dura esto. No sé durante cuánto tiempo estoy aquí, me debilita cada vez más, me arde la garganta, no estoy segura de si mis ojos están abiertos o cerrados porque es tan oscuro y tengo miedo. Tengo mucho miedo.

Voy a morir aquí abajo. Me han enterrado viva.

La tía Helena no respondió a esa pregunta cuando se la hice. Tal vez ella lo sepa.

Me arden los ojos, pero no caen lágrimas. Ya no queda ninguna y vuelvo a dormir. Entro y salgo del sueño, nunca me despierto por completo, y estoy segura de que estoy soñando cuando escucho algo. Lo escucho.

—¡Aquí!

Intento parpadear. El agua gotea. Dios mío, ese goteo constante de agua. Es como el tictac de un reloj, contando hasta el final.

—¿Helena? —Una voz profunda llama.

Ruedo desde mi vientre hacia mi lado. Mis ojos se sienten secos. Toco mis labios, están agrietados.

—¿Helena? —Esta vez es más imperioso y quiero abrir los ojos, decir que estoy aquí.

Entonces la puerta se rompe, la madera se astilla. Me sobresalto y gritaría si pudiera. Gritaría mientras una linterna brilla en mi rostro y no puedo abrir los ojos. Después de toda esta oscuridad, es muy brillante.

—¡Aquí está! —Es Sebastian—. ¿Helena?

No puedo levantar la cabeza ni mantener los ojos abiertos. Quiero llorar, pero ya no me quedan lágrimas. Siento que me he secado.

—Mierda. —Es Gregory y mi mente vuelve al bote, a cómo el hombre encendió un cigarrillo después de dejarme caer al suelo del bote. Después de empujarme a un lado con la punta de su zapato como si fuera un pedazo de basura, algo que no quieres tocar.

Pero no era él. No era Gregory. Sé cómo se sienten sus manos. Conozco su olor.

Y sé que él no me habría hecho eso. Lo sé.

¿No?

—Carajo —dice Sebastian.

Algo ligero como una pluma toca mi espalda, mi costado.

—Helena, ¿puedes oírme? —Está agachado cerca de mí, tocándome la cara. Siento sus dedos en mi cuello. Está comprobando mi pulso. Estoy tan lejos.

—Tenemos que sacarla de aquí. Llevarla a un médico.

Lo siento entonces. Siento que me levanta. Siento sus brazos alrededor de mí y mi cabeza

descansa contra su pecho y me aferro a él, envolviéndome a él con lo poco de fuerza que me queda.

Y cuando abro los ojos como las más diminutas hendiduras, encuentro a Gregory mirándonos.

Mirándome.

SEBASTIAN

Helena duerme durante tres días. Tengo un médico y una enfermera en la isla y la mantengo vigilada. Estaba tan deshidratada que, si hubiéramos llegado algunas horas más tarde, no habría sobrevivido.

La dejaron allí, bajo tierra, en ese nivel olvidado de nuestro edificio.

A pesar de lo bellamente restaurados que están los pisos superiores, ese espacio es todo lo contrario. Inhabitable.

Ni siquiera sabía que Lucinda tenía llave de la habitación en la que encerró a Helena.

Su cuerpo estaba helado y apenas podía abrir los ojos. Estaba cubierta de vómito, orina y algo en lo que no quiero pensar, la dejaron allí durante cuatro días sin agua ni comida.

La golpearon sin piedad y la dejaron en ese agujero oscuro y cada vez que pienso en ello, quiero matar a Lucinda. Quiero rodear su garganta con mis manos y apretarla hasta que se le salgan los ojos de sus cuencas. Quiero asfixiarla y ver cómo la vida se le escapa.

Estoy de pie junto a la ventana, mirando el agua, al muelle donde falta un barco.

El sol rompe el horizonte, pero no puedo disfrutar de su belleza. Sigo ansioso. Y no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Helena tirada allí. No puedo olvidar la sensación de ella rodeándome con sus brazos, aferrándose a mí, arañándose.

Se cuentan los dedos de las manos y de los pies.

Ella había bromeado al respecto.

Bueno, en realidad no fue una broma.

Me vuelvo para mirarla. Está acostada en mi cama, más pequeña que antes, perdida bajo el grueso edredón y todo lo que puedo pensar es que podría haber muerto.

Soy un idiota por no ver el alcance del odio de Lucinda.

Ir a ella con mi oferta, queriendo evitarle a Ethan el dolor y la confusión de descubrir que no es quien cree que es, no resultó como esperaba. Y podría haberle costado la vida a Helena.

Un movimiento bajo las pesadas mantas me hace contener la respiración.

Me acerco a ella mientras deja escapar un pequeño gemido. Ha estado muy sedada hasta ahora mientras la rehidrataban, la alimentaban a través de un tubo y le vendaban las heridas. No quería que estuviera despierta para sentir el dolor que debió haber sentido en esa habitación.

Esas marcas tardarán en sanar y sé que habrá cicatrices. Lucinda le rompió la piel esta vez. Mucho. En comparación con esta paliza, la primera vez fue amable.

Helena abre los ojos y yo exhalo. Mira hacia el techo y veo el momento en que regresa la rememoración y se sobresalta, sus ojos se abren de par en par mientras se levanta bruscamente, haciendo una mueca, aferrándose al edredón.

Me mira por un momento, como si no me reconociera.

Como si me tuviera miedo.

El silencio se cierne pesadamente sobre nosotros y estoy conteniendo la respiración. Creo que ella también. Sus ojos se posan en el vendaje alrededor de la parte superior de mi brazo y veo su confusión.

—¿Sebastian? —pregunta. Sus hombros se desploman y su frente se arruga.

—Estás a salvo, Helena.

Parece no creermelo. Se estremece, flexiona las rodillas y abraza la manta con más fuerza.

—¿Dónde están?

—No están aquí —digo, sé que se refiere a Lucinda y Ethan y necesito preguntarle una cosa, pero no quiero. No sé si podré aceptar la respuesta—. Lucinda y Ethan no están en la isla. Estás a salvo.

Doy un paso hacia ella, pero me detengo cuando sus ojos vuelven a abrirse de par en par.

—No voy a lastimarte —digo, levantando las manos, negándome a hacer una mueca de dolor por mi hombro herido.

—Lo sé —dice. Mira alrededor de la habitación. Mi habitación—. ¿Cuánto tiempo estuve en ese lugar?

—Cuatro días.

Ve que sus nudillos se ponen blancos mientras acerca las mantas en sus puños.

—Llevas tres en la isla.

—¿Siete días en total?

Asiento con la cabeza. —Le pedí al médico que te mantuviera sedada.

—¿Por qué?

Me acerco a ella y me siento en el borde de la cama.

—Necesitábamos rehidratarte y alimentarte. Y con lo que te hizo, Helena... No quería que sufrieras más. Lo lamento.

Me observa durante mucho tiempo y escucho mis propias palabras.

—¿Por qué lo lamentas? —pregunta, su tono es diferente ahora.

—Esa es una pregunta extraña.

—¿Lo es?

—Lamento haber dejado que esto sucediera. Lamento no haber estado ahí para protegerte de ella. De ellos.

—Mi tía está muerta. Lo has sabido todo el tiempo.

Inhalo profundamente. Asiento con la cabeza.

—¿Por qué me lo ocultaste? ¿Por qué me dejaste continuar y me diste la esperanza de que me dejarías hablar con ella?

No tengo excusa.

—¿Por qué, Sebastian?

—Me enteré al principio. Cuando estuviste aquí por primera vez. —Hago una pausa, me obligo a mantener mi mirada en la suya porque soy culpable. Soy muy culpable—. Y no me importó, Helena. No me importó.

Se lleva las palmas de las manos a los ojos, luego los frota y cuando las aparta, la piel alrededor de los ojos está húmeda.

—Ahora me importa —le digo—. Y lo lamento. Me equivoqué al no decírtelo.

Me estudia, sacude la cabeza con un movimiento infinitesimal y dirige su atención a ese extraño anillo que todavía tiene en el dedo.

—Es hueso —dice cuando levanta la vista y me encuentra viéndola girarlo.

—¿Hueso? —pregunto.

—Hueso humano. Hueso de Scafoni.

Miro más de cerca, me encuentro con las cuencas vacías del cráneo, siento un escalofrío que recorre mi columna vertebral.

—El dedo que faltaba —dice.

Su rostro es ilegible, su cabeza ligeramente inclinada, estudiándome.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Ella me lo dijo.

—¿Ella te lo dijo?

Asiente con la cabeza.

—¿Quién te lo dijo?

—Eso no importa en este momento. Lucinda también me dijo cosas.

—Estoy seguro de que lo hizo.

—Ella dijo que tú elegiste esto. Dijo que podrías haberlo detenido en cualquier momento. Que aún puedes.

No quiero responder a esta pregunta, así que hago otra en su lugar. —Necesito saber algo, Helena.

Cruza los brazos sobre el pecho y espera.

—Necesito saber si Ethan... si te hizo daño.

—No me puso un dedo encima. Como dijiste. Sabía que te enfadarías si lo hacía, así que en su lugar... —Su cara se arruga y, de nuevo, se limpia las lágrimas y sé que se esfuerza por no llorar—. Dios, necesito una ducha.

Aparta las mantas, pero la detengo antes de que intente levantarse de la cama.

—Está bien —digo—. Estás limpia. Te limpié. Está bien, Helena.

Se aleja de mí.

—No está bien, Sebastian. Ella me golpeó y le ordenó que me violara y lo único que le impidió hacerlo fue su miedo a ti. A tu ira. Y por muy agradecida que esté por eso, no entiendo por qué te tiene tanto miedo. ¿Qué le hiciste? ¿De qué más eres capaz?

Me levanto, me alejo unos pasos, me paso una mano por el pelo antes de volverme hacia ella.

—¿Por qué te tiene tanto miedo?

—No es importante. Lo que importa es que no te tocó.

—Porque solo tú dictas quién me toca, ¿verdad?

—Helena...

—¿Verdad?

Permanezco en silencio mientras ella se enfurece.

—¿Es cierto lo que dijo? ¿Qué puedes detener esto, ahora mismo?

Siento que mis ojos se entrecierran, siento la tensión en mi rostro. —No es tan sencillo.

Niega con la cabeza. —Sí o no. A mí me parece bastante sencillo.

—Lucinda es una mentirosa.

—¿Y tú no?

Niego con la cabeza, me doy la vuelta.

—Me dijiste que confiara en ti. Y lo hice —comienza—. No le creí cuando me dijo que me estabas dando información de poco a poco y simplemente caí en la trampa. Creí todo. —Se detiene y se muerde el labio—. Me enamoré de ti.

Me acerco a ella, la tomo de los brazos. —Helena...

Me aleja. —No me toques.

—Lucinda hará todo lo posible para hacerme daño. Para hacerte daño. Para hacernos daño.

—¿Cómo que *hacernos*?

—No permitas que gane.

—Ella no mintió...

—No lo entiendes, Helena. Hay cosas que no sabes.

—¿Qué cosas? ¿Qué cosas necesito saber que puedan redimirte? ¿Qué puedan hacer que te perdone? Tú eres la razón por la que mi tía murió. Eres la razón por la que estoy aquí. Eres la razón por la que cada vez que me muevo, me duele cada parte de mí. Eres la razón por la que casi muero. Tú. ¡Todo es por ti!

—Tu tía era vieja. —Es una estupidez decirlo. Yo mismo lo noto.

—¡Oh! —Empuja las mantas y balancea las piernas hacia un lado de la cama. Se detiene. Cierra los ojos y agarra el borde de la mesita de noche.

—Quédate en la cama, estás demasiado débil.

Le lleva un minuto, pero abre los ojos y se obliga a estar de pie. Me acerco a ella, la agarro de los brazos y la sujeto mientras se le doblan las rodillas.

—Vuelve a la cama, Helena.

—¿Me drogaste? ¿Estoy drogada?

—Para que tu cuerpo pueda sanar.

Se sienta en el borde de la cama y aleja mis manos. —No me toques. No quiero que me pongas las manos encima.

Escucho sus palabras, pero no me permito sentir las.

Se cubre la cara, se frota los ojos. Cuando me mira, la acusación me consume.

—Tienes razón. Era vieja. Y estaba aguantando hasta la cosecha porque, de alguna manera, sabía que sería yo. Y entonces llegó ese momento y ni siquiera alcancé a despedirme y, aun así, seguiste mintiéndome una y otra y otra vez.

Vuelve a ponerse de pie, da un paso y tropieza.

—Vuelve a la cama, Helena.

—No quiero estar en tu cama.

Da otro paso y, esta vez, sus piernas ceden. La atrapo justo antes de que sus rodillas toquen la alfombra.

—Vuelve a la maldita cama.

La coloco ahí y la sujeto cuando intenta levantarse.

—Quédate en la cama o te obligaré a hacerlo —le advierto.

—No dudo que lo harás. ¿Sobre qué más estás mintiendo? ¿Qué más escondes?

—Estuve a punto de perderte, Helena. —Retrocedo, escuchando mis propias palabras.

—Nunca me tuviste, Sebastian.

Sus palabras me golpearon como un puño en el estómago. La observo, froto la barba en mi mandíbula, la veo contener un sollozo.

—Estás cansada. Necesitas dormir para poder pensar con claridad —digo.

Camino hacia la puerta.

—Quiero volver a casa.

—No.

—Déjame ir a casa. Quiero ir a mi casa.

Me vuelvo y doy un paso hacia ella. —¿A casa? —grito. No tenía la intención que mi voz saliera como lo hizo—. ¿Para qué?

Se estremece como si la hubiera golpeado.

Me obligo a detenerme, a alejarme de ella antes de sacudirla para hacerla entender.

—Termina esto. ¡Tú puedes terminar esto! —grita.

—Lucinda es una mentirosa, Helena.

—¡Tú eres el mentiroso, Sebastian!

—No es tan sencillo como parece.

—¡Sólo déjame ir!

Golpeo la pared con el puño. —¡No!

Helena se sobresalta, sus ojos se abren desmesuradamente. Veo el miedo dentro de ellos.

Me tiene miedo.

—¿Por qué no? ¿Por qué no me dejas ir? ¿Por qué quieres mantenerme aquí cuando no quiero ser tuya?

Siento cómo mi mandíbula se tensa. Siento un enorme peso en mis entrañas.

—No lo dices en serio.

—Claro que lo digo en serio.

—Estás cansada. Necesitas descansar. Enviaré a la enfermera para que te dé un sedante.

—No necesito un maldito sedante.

Vuelve a apartar las mantas y esta vez, cuando se levanta de la cama, le rodeo la cintura con un brazo y la obligo a recostarse.

—Enfermera —grito, con la voz de nuevo nivelada.

—¡Suéltame!

—No me presiones, Helena. Ahora no.

—¿Ahora no es un buen momento para ti?

Ella lucha y debo tener cuidado de no lastimarla.

—Necesitas descansar. Mejorar. Entonces hablaremos.

—He terminado de hablar. Quiero irme.

—No puedes irte.

—¡Por favor!

—No me obligues a atarte.

—Eres bueno para eso, ¿verdad?

—Hay cosas que no entiendes. Tienes que confiar en mí...

—¿Confiar en ti? —se ríe, deja de pelear—. No confío en ti. Nunca volveré a confiar en ti.

La enfermera entra en la habitación y toma una jeringa de la bandeja médica en el tocador.

Helena la mira, la observa preparar la inyección.

Se gira hacia mí. —Solo quiero irme a casa —me dice, su voz es más suave, suplicante, con lágrimas en los ojos.

Me siento en el borde de la cama y la pongo en mi regazo, acurrucándola con fuerza contra mí.

Empieza a llorar, a sollozar.

—Lo siento, Helena. Lamento que esto te haya sucedido.

La enfermera se dirige hacia nosotros.

—No quiero eso —dice Helena, mirando la jeringa—. No quiero nada.

Se retuerce en mi regazo, tratando de liberarse. Mis brazos la estrechan contra mí, la mantienen cerca.

Los ojos de Helena están muy abiertos y sacude la cabeza frenéticamente mientras asiento con la cabeza a la enfermera.

—No quiero nada. ¡Por favor!

—Quédate quieta, ahora. Es solo para ayudarte a dormir.

—No quiero dormir.

Pero es demasiado tarde. Mantengo su brazo quieto mientras la enfermera introduce la aguja y el medicamento funciona rápido. Helena ya se está quedando sin fuerzas antes de que el cilindro de la jeringa esté completamente vacío.

—No quiero dormir —dice de nuevo.

Me pongo de pie, la levanto y la acuesto, arropándola. La enfermera se va, cerrando la puerta tras ella.

—Te sentirás mejor cuando te despiertes.

—No lo haré.

—Lo harás. Es solo por un poco más —le digo, apartándole el pelo de la cara mientras ella lucha por mantener los ojos abiertos—. Solo un poco de tiempo.

Camino hacia la puerta.

—¿Sebastian? —me llama, deteniéndome.

Me giro, mi mano en el pomo de la puerta.

—¿Sigo siendo la chica Willow? —está de lado, con los ojos medio abiertos.

—¿Qué más serías?

HELENA

Mi boca se siente como algodón. Hace mucho calor así que empujo las mantas y giro la cara, pero cuando lo hago, lo huelo. Huelo a Sebastian en la almohada. En las sábanas.

Y recuerdo.

Abro los ojos y está oscuro. No como en esa habitación subterránea, sino por la noche.

Y no estoy sola.

La luz de la luna brilla a través de la ventana, iluminando la forma apoyada en la pared, mirándome.

Me lleva unos minutos abrir completamente los ojos, concentrarme. Me siento, pero requiere esfuerzo. Siento que me muevo en cámara lenta cuando miro hacia la mesita de noche, a la taza allí.

Agua. Necesito agua.

Pero tengo problemas para hacer que mi brazo funcione como debería, y termino volcando el vaso, derramando su contenido. Lo veo rodar de la mesita de noche y caer a la alfombra sin sonido.

La sombra se mueve.

Se despega de la pared.

Lo miro y a medida que se acerca, me estremezco. Cuando está lo suficientemente cerca y su rostro está iluminado, veo que es Gregory.

Recoge el vaso, entra en el baño y vuelve un momento después con él lleno. Se sienta en el borde de la cama, lo pone en mis labios y bebo, sin quitarle los ojos de encima.

Cuando el vaso está vacío, lo pone en la mesita de noche, pero se queda mirándome.

—¿Eras tú? —pregunto.

—¿Era yo qué?

—En el barco. ¿Eras tú?

Creo que entrecierra los ojos, pero no puedo estar segura porque está muy oscuro.

—¿Crees que tuve algo que ver en esto?

—¿Lo hiciste?

Resopla, se levanta de la cama y vuelve a apoyarse en la pared. —Si quisiera secuestrarte, todavía estarías secuestrada.

No sé si le creo. Es tan tranquilo, tan relajado. Como si fuera parte de todo esto, pero no. Como si estuviera mirando desde el margen. Esperando.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

Se encoge de hombros. —No estoy seguro, honestamente.

—¿Dónde está Sebastian?

Pone una mano en su mandíbula, frotando la dura línea de esta.

—¿Quieres que te lo traiga?

No puedo decir si está siendo sarcástico, pero niego con la cabeza.

—Mmm. —Camina hacia mí y levanto las mantas—. No sé lo que le dijiste, pero sigue mi consejo y no lo vuelvas a decir.

—¿Por qué seguiría tu consejo?

—Porque las cosas están cambiando, chica Willow.

Trago y creo que oye mi ansiedad ante su aviso.

—Tú, yo y Sebastian, ahora solo somos nosotros. Y las cosas están cambiando.

Me estremezco ante sus palabras. Ante la apenas oculta amenaza. —No entiendo.

—¿Estabas prestando atención en el mausoleo?

—¿De qué estás hablando?

Resopla, sonrío.

—Tienes mala memoria. —Se aleja de la pared y camina hacia la puerta—. Buenas noches, chica Willow. Que descanses.

SEBASTIAN

Mantengo a la enfermera por otras dos semanas y reviso a Helena esporádicamente en ese tiempo, dándole espacio. No me hablará. Ni siquiera me mirará. Al menos ahora come con regularidad y puede caminar, vestirse y ducharse sola.

Gregory está sentado frente a mí en el patio. Estamos bebiendo *whisky* y, mientras mira hacia la noche oscura, lo estudio, mi hermano menor, sus palabras de esa noche en mi estudio, que quiere un trozo de Helena, aún permanecen en mis pensamientos.

Compartimos varias similitudes en las características físicas; ojos y cabello oscuros, la línea de nuestra mandíbula. Tiene la misma altura que yo, con una complexión más o menos igual. También pensamos parecido. Ambos somos calculadores.

La diferencia entre nosotros es que Gregory siempre ha sido el último en el orden jerárquico. Y yo siempre he sido el primero.

Me pregunto si Ethan sería como Gregory si el accidente no hubiese ocurrido.

—Vas a hacer un agujero en el lado de mi cabeza, hermano —dice Gregory, volviéndose hacia mí.

Sonrío, termino mi *whisky* y me sirvo otro.

No espero que deje pasar las cosas cuando se trata de Helena. No espero que se aleje de la tradición de la chica Willow. De ella.

Y puedo entender su motivación.

Empuja su vaso hacia mí y también le sirvo, luego me siento y bebo un trago del líquido ardiente.

—Hay una salida —dice, sin mirarme—. Y ya la conoces.

Sé que es a lo que se refiere. Una salida para Helena. Una forma de que ella siga siendo mía sin romper con la tradición. Con la forma en que las cosas tienen que ser.

—No —digo.

Me mira. —Como quieras.

—Es mía.

Me mira fijamente. —No quiero quitártela. Solo quiero un poco.

Bebo otro sorbo, sin apartar nunca mis ojos de él.

—Lo hemos hecho antes. No veo el maldito problema —dice.

—Ahora es diferente.

—No soy tu enemigo, Sebastian.

¿No lo es?

El aire es tan espeso que podría cortarse con un cuchillo.

Tengo que ser cuidadoso. Con Ethan fuera, tendré que encargarme de Gregory. Siempre supe

que él sería el problema más grande, ¿no?

—Lo hacemos a mi manera —finalmente digo.

Es él quien permanece en silencio ahora.

—Yo pongo las reglas. Lo hacemos a mi manera —digo.

Asiente una vez. Sostiene su vaso. —A tu manera.

Toco mi vaso con el suyo.

—¿Por qué están brindando?

Ambos nos giramos para encontrar a Helena de pie en la puerta, con los pies descalzos medio dentro, medio fuera. Lleva un vestido rosa hasta la rodilla que cuelga sobre ella. A pesar de que ha estado comiendo, todavía está más delgada de lo que estaba cuando llegó aquí. Sus pezones se endurecen en la noche fría y presionan contra el suave algodón. Está desnuda debajo.

—Mi hermano y yo hemos llegado a un acuerdo —digo.

Nos estudia a ambos, como si no confiara en ninguno de nosotros.

—Tengo hambre —dice en lugar de cuestionar mi comentario.

—Eso es bueno.

Empujo la silla junto a la mía con el pie. Está a mi izquierda y frente a Gregory.

Ella se sienta y le hago una señal a la chica que espera cerca.

—¿Qué te gustaría comer? —le pregunto a Helena.

Mira a la chica. —No importa. Cualquier cosa está bien.

La chica me mira y, una vez que le hago un guiño, desaparece.

—¿Tienen que pedir permiso para respirar? —pregunta Helena.

Sonríó. —Te ves bien. Me alegra verlo.

—¿Dónde están Ethan y Lucinda ahora?

—No te volverán a lastimar.

—Pregunté dónde están.

—Si Lucinda es inteligente, está escondida —dice Gregory.

—La encontraremos —digo.

—¿Y luego qué? —pregunta ella.

—Deja que yo me preocupe por eso.

—No los traerás de vuelta aquí, ¿verdad? —pregunta.

—Yo me encargaré de ellos, Helena. No te preocupes.

Lo considera, asiente con la cabeza y se vuelve hacia Gregory.

—¿Le dijiste lo que pienso? —le pregunta.

—¿Sobre qué? —pregunta Gregory.

Ella me mira.

—Lucinda me dijo que me iba a enviar a casa. Me dio esa carta y dijo que la habías estado ocultando. Dijo que Remy me estaba esperando en el barco. Me dio mi pasaporte y me dijo que me fuera, que había arreglado un vuelo, lo cual era una mentira, obviamente.

—Ah, ¿ella miente? —pregunto.

—Todos ustedes mienten. Es un rasgo de la familia Scafoni —responde.

—Algo que tenemos en común con los Willow —digo.

—Solo algunos de los Willow.

—Ya extrañaba esto, ¿lo sabías? —pregunto.

—¿Qué? ¿Irritarme?

Le doy una sonrisa.

—Obviamente, Remy no estaba en el barco. Era Ethan. Pero había un segundo hombre. Fue

él quien me agarró. Quien puso ese trapo de cloroformo sobre mi boca. —Mira a Gregory—. Y recuerdo que encendió un cigarrillo justo antes de que me desmayara.

—Ya te lo dije, Helena, no tuve nada que ver con eso —dice Gregory—. Si quisiera secuestrarte, te secuestraría. Y sé de lo que es capaz mi madre. Vi lo que te hizo. Lo creas o no, no quiero eso para ti.

Miro a mi hermano. Lo observo mirándola y quiero saber lo que piensa. Si ella le cree.

Si yo lo hago.

Nos interrumpe la chica que trae la cena de Helena, un sencillo plato de pasta con tomates frescos, aceite de oliva y un poco de queso parmesano.

—Gracias —dice, recogiendo su cuchillo y tenedor. Parece diferente, más fuerte de alguna manera.

Me acerco y tomo la cuchara, deslizo el cuchillo fuera de su mano y coloco la cuchara en su lugar.

Ella dirige su mirada a nuestras manos.

Me levanto para situarme detrás de su silla.

Me mira con cautela y cierro la otra mano sobre la suya.

Gregory termina su bebida y empuja su silla hacia atrás. —Discúlpeme.

Ninguno de nosotros levanta la vista mientras se retira a la casa. Los ojos de Helena están en su plato mientras muevo sus manos, cogiendo un tenedor lleno de espaguetis y haciéndolo girar contra la cuchara.

—Así —digo, girándolo, sosteniendo el tenedor hacia ella.

Ella mantiene su mirada en la mía por un momento y este gesto, si acepta esto, significa más que ese tenedor.

Helena abre la boca y siento una sensación de alivio. Es extraño y no es lo que espero sentir.

Dejo que saque sus manos de debajo de las mías y le preparo otro bocado.

Abre cuando se lo ofrezco y hace lo mismo con el siguiente bocado y el siguiente.

—Es suficiente. —Dice una vez que el plato está a medio acabar. Coge la servilleta y se la limpia la boca—. Gracias.

Coloco los utensilios en diagonal sobre su plato y pongo mis manos sobre sus hombros, los froto y luego los muevo a sus brazos.

Ella no se aleja.

—¿Era verdad lo que dijiste cuando estábamos en Verona? —pregunta.

La pongo de pie, la giro hacia mí. Le toco la mejilla, acariciando su cara. —Cada palabra.

La beso.

El sabor de sus labios es suave. Como si fuera nuestra primera vez.

Envuelvo un brazo alrededor de su cintura y tomo la parte posterior de su cabeza con el otro y separo sus labios, profundizo el beso, deslizando mi mano hacia abajo para tocar su culo. Todavía está sensible allí, lo sé por cómo respira.

Pero cuando retrocedo, ella niega con la cabeza, envuelve sus manos alrededor de mi cuello, clavando sus uñas en mis hombros.

Duele, el lugar en el que Lucinda me disparó todavía está sensible. Me las arreglé para alterar su puntería lo suficiente como para que la bala no hiciera ningún daño real, pero, aun así, le tomará tiempo sanar. Fue la lámpara con la que me golpeó en la cabeza lo que me dejó inconsciente.

Pero no me importa nada de eso, no en este momento, aparto el tazón de pasta a medio comer, la levanto sobre la mesa y le levanto el vestido, extrañando la sensación de su piel, su

aroma. Necesito estar cerca de ella. Dentro de ella.

Mira hacia abajo, lleva las manos a mi cinturón y lo desabrocha, lo deja colgar allí mientras intenta desabrochar los botones de mis *jeans*. Desliza una mano dentro y me vuelve a mirar.

Tomo un puñado de pelo mientras ella envuelve su mano alrededor de mi polla y la beso, y ella me aprieta la polla cuando tiro de su cabeza hacia atrás.

—Duro —dice contra mis labios, sus piernas envolviendo mi centro mientras la empujo hacia atrás, todavía besándola, empujando mis pantalones y calzoncillos hacia abajo con una mano.

Tiro de ella hacia adelante para que su trasero esté en el borde de la mesa y la miro. Se ha afeitado el coño y echo de menos el triángulo de pelo que me gusta agarrar y tirar, pero esto también me gusta. Me gusta ver la línea de su sexo e inclino la cabeza hacia abajo y la beso.

Lo echaba de menos. Mierda, la eché de menos.

—Fóllame, Sebastian. Hazlo con fuerza. Necesito que lo hagas duro.

Yo también lo necesito. Ahora. Esta noche. Así.

Con una mano en su muslo, le separo la pierna, manteniendo el puño del pelo y observándola cuando empujo hacia el fondo, duro como ella quiere. Duro para que le duela.

Pero, por mucho que quiera meterme en ella, retrocedo y sumerjo mis dedos en su muslo.

—Fuerte. ¡Por favor!

Agarra el cuello de mi camisa, dejando escapar un grito cuando lo vuelvo a hacer.

—Helena —gruño. Ahora tiene una mano en mi cabello y tira—. No podré detenerme.

Empujo de nuevo, sacando el aire de sus pulmones.

—No me importa. Te necesito. Te necesito así. Necesito que estemos así.

Tomo la muñeca de la mano que está tirando de mi cabello y la mantengo sobre la mesa, pongo más de mi peso sobre ella y la miro, mi cara a unos centímetros de la suya mientras la follo. Y cuando acerca su boca para besar la mía, para morderme el labio, la empujo hacia atrás porque ahora tengo que mirarla, verla debajo de mí así, aquí donde nadie la puede lastimar.

Nadie más que yo.

Cierro mi mano alrededor de su garganta al darme cuenta.

—¿Por qué lo quieres así? —Todavía la estoy follando, aún empujo profundo y duro—. ¿Por qué?

—Hazme correrme. Por favor, hazme correrme.

—¿Por qué?

—Porque así es como somos. Por favor, Sebastian. Necesito esto. A ti. Así. —Me acerca más a ella, enterrando su rostro en mi hombro—. Necesito olvidar el resto.

Agarro sus piernas con ambas manos y las abro de par en par y ella está mojada, apretada y gimiendo mientras la follo profundamente, más profundamente de lo que he estado con ella antes y cuando siento su espasmo a mi alrededor, cuando la escucho gritar y se corre yo también me corro, mi cuerpo se tambalea mientras me vacío dentro de ella, dándole todo lo que tengo, cada gramo de mí.

SEBASTIAN

Se duerme fácilmente en mi cama. La observo, acurrucada dentro de mí, pequeña, suave y segura.

Miro el reloj, apenas son las dos de la madrugada.

A diferencia de ella, no dormiré esta noche.

Nunca lo hago esta noche.

Alejando las sábanas, salgo de la cama, con cuidado de no molestarla. Me pongo los *jeans* y un suéter. Las noches son cada vez más frescas, el otoño se acerca rápidamente. Salgo de mi habitación, bajo las escaleras y recojo mis zapatos, que están junto a la puerta. Cojo un juego de llaves y salgo de la casa, dirigiéndome a la orilla del agua.

La arena se siente fría bajo mis pies descalzos y me detengo a escuchar el sonido del agua golpeando contra la costa.

Es tan tranquilo. Tan cómodo y predecible. Siempre es lo mismo, pase lo que pase. No importa el caos en la isla o en mi cabeza.

Y esta noche, hay caos.

La recuperé. Está a salvo.

Después de que Lucinda me disparara, me desperté en mi cama, con el brazo cosido en el lugar donde la bala lo rozó, una herida superficial. Me pregunto si hubiera dado en el blanco, si no le hubiera agarrado la muñeca. Me hubiera matado. Me pregunto si esa era su intención o si la rabia nubló su juicio.

Me pregunto sobre mis reuniones con Joseph Gallo. Con David Vitelli. Me pregunto cuál de ellos se volvió contra mí. Tendrán que ser castigados y ya llegaré a eso.

Pero no esta noche.

Esta noche es para otra cosa.

Y Helena ha vuelto. Ahora duerme en mi cama. Está a salvo.

Lucinda y Ethan se han ido, por ahora.

Me acerco al agua, dejo que corra entre los dedos de mis pies. Me paso una mano por el pelo preguntándome qué me ha pasado en el último mes. Desde que ella llegó a mi vida.

No, esa no es la forma de decirlo.

Ella no vino voluntariamente.

La extraje de su vida y la obligué a entrar en la mía.

Tiene todo el derecho de odiarme, pero no lo hace. Se aferra a mí. Y no puedo sacarla de mi cabeza. De debajo de mi piel. No me canso de tocarla, no puedo acercarme lo suficiente a ella, ni siquiera cuando estoy enterrado en lo más profundo de ella.

Miro el cielo, que está lo suficientemente oscuro esta noche como para ver las estrellas.

Hay luna nueva. Y encaja con el día.

Negro.

Hoy es mi vigésimo noveno cumpleaños.

Cuando la siguiente ola llega a mis tobillos, empapa la parte inferior de mis *jeans*.

Doy un paso atrás. La arena se pega a mis pies húmedos.

Es hora de moverse. Es hora de salir de la isla. Solo por una noche.

Gregory cuidará de Helena.

Me dirijo a uno de los dos barcos, subo a bordo y enciendo el motor. Parece más sonoro por la noche y echo un vistazo a la casa, a mi ventana oscura.

Está dentro, sana y salva. Estará aquí cuando regrese.

HELENA

Me despierto sola a la mañana siguiente. El lado de la cama de Sebastian está frío. Son más de las diez. No suelo dormir hasta tarde, al menos nunca lo hice en casa, pero aquí, el tiempo es todo lo que tengo.

Empujando las mantas, me levanto, me ducho, voy a mi habitación para vestirme. Me sorprende cuando bajo las escaleras y no veo a nadie. Ambos hermanos ya deben haber comido.

Me sirvo una taza de café, le agrego crema y tomo una tostada francesa. Lo llevo a la piscina, que brilla como cien diamantes bajo el sol brillante. Me siento en el borde y dejo que mis pies cuelguen en el agua fría mientras como mi tostada francesa y bebo mi café.

No hay nadie alrededor, ni un jardinero, ni ninguna de las chicas que trabajan en la cocina, preparan o limpian las comidas. La isla es tranquila. Más silenciosa de lo habitual. Es casi inquietante y me pregunto si no estoy sola.

Cuando termino mi tostada y mi café, me levanto y al pasar por la esquina veo que falta uno de los barcos. Vuelvo a entrar y me asomo a la cocina.

Vacía, no hay ni una sola olla en la estufa. Nada se hornea. Ni hay platos sucios en el fregadero esperando a ser lavados.

Camino al estudio de Sebastian y llamo a la puerta. Cuando no hay respuesta, compruebo con la manija, pero está cerrada.

—¿Sebastian?

Nada.

Unos pasos detrás de mí me sobresaltan.

Sé que no es Sebastian. Me doy cuenta cuando entra en una habitación.

Me doy la vuelta y, aunque sé quién será, se me ponen los pelos de punta cuando veo a Gregory acercándose desde fuera. Me pregunto dónde estaba. Lleva *jeans* y una camiseta, pero está descalzo y tiene el pelo alborotado.

—Se ha ido —dice, dirigiéndose a las escaleras, sin apenas mirarme.

—¿Cómo que se ha ido?

Asiente con la cabeza. Sube dos de los escalones.

—¿A dónde?

Se gira hacia mí. —No volverá hasta mañana.

—¿Mañana? No me dijo nada.

Gregory se encoge de hombros. —Tal vez no quería arruinar el ambiente romántico de su noche.

Siento que me sonrojo. ¿Nos escuchó? ¿Nos vio? Ha observado antes.

Una comisura de su boca se curva hacia arriba y exhala brevemente como diciendo que es tan

fácil joderme.

—Tengo trabajo que hacer hoy, así que estás sola —dice, antes de subir las escaleras y desaparecer, supongo, en su habitación.

Miro una vez más hacia la puerta cerrada del estudio y subo a mi propia habitación, para sentarme en el borde de la cama.

Tengo trabajo que hacer hoy, así que estás sola.

¿Qué pensó? ¿Qué me gustaría pasar el rato con él?

Tardo solo unos minutos en ponerme un bikini, el más modesto que puedo encontrar en la docena que Sebastian pidió para mí. Cojo una toalla y vuelvo a bajar.

Nadaré unas cuantas vueltas y despejaré la cabeza. No he hecho ejercicio desde que llegué aquí y eso será bueno para mí.

Antes de salir, tomo una botella de agua del refrigerador de la cocina. Pongo mi toalla en una de las tumbonas y me enrosco el pelo en un moño, asegurándolo bien para que no se interponga en mi camino. Luego me sumerjo.

Ese primer momento en el que me sumerjo por completo es siempre mi favorito, cuando mi cabeza se hunde y el agua está fría y refrescante y el único sonido que escucho es ese gorgoteo del agua.

Doy grandes brazadas, permaneciendo debajo de la superficie el mayor tiempo posible, llegando al otro lado antes de salir a tomar aire y volver a sumergirme.

Esto, para mí, es mi escape. Era lo mismo en casa, cuando iba a la ciudad al centro recreativo con su piscina, en el interior en invierno, y al lago en los meses de verano. Me pregunto si es posible nadar en el mar aquí.

Después de tantas vueltas como para contarlas, rompo la superficie, sin aliento, y me agarro de la pared en el fondo. Apoyo la barbilla en mis antebrazos y miro el mar.

Sé que no puedo nadar en los canales de Venecia, pero debería poder nadar aquí. Estamos lo suficientemente lejos.

Salgo de la piscina, el agua se desliza sobre mí mientras balanceo una pierna y luego la otra. Me pongo de pie y me doy la vuelta para buscar mi toalla y me detengo.

Gregory está sentado a horcajadas en la silla junto a donde están mis cosas, con los codos apoyados en los muslos, los dedos entrelazados y la barbilla apoyada.

Me está observando. Su cabello está mojado y se ha cambiado la ropa, así que supongo que se ha duchado.

—Eres una buena nadadora.

Tengo que pasar junto a él para recoger mi toalla y lo hago rápidamente, pero él agarra la toalla y la retira antes de que la alcance.

—¿Puedo tomar mi toalla, por favor?

Deja que su mirada me recorra abiertamente y yo también miro hacia abajo. El traje es de un bonito tono coral profundo y, aunque es el más modesto, sigue siendo como llevar ropa interior delante de él.

Me extiende la toalla.

La tomo, permito que se abra y la envuelvo a mi alrededor.

—¿Por qué estás aquí? Pensé que tenías trabajo que hacer.

Se echa hacia atrás y me mira.

—Me gusta verte.

No espero eso, y me doy la vuelta para irme porque no sé qué hacer o decir. Pero me agarra la muñeca.

—Siéntate.

—No.

Tira. —Siéntate conmigo.

—Suéltame —digo, mirando hacia abajo hasta donde me tiene agarrada.

—No muerdo, Helena.

Me encuentro con sus ojos. Oscuros, aunque no tanto como los de Sebastian. Los suyos tienen motas de turquesa.

—Solo por un minuto —dice.

Debe sentir que mi determinación se desvanece.

Me siento en el borde de la silla junto a la suya y abrazo mi toalla para cerrarla. Miro rígidamente hacia adelante.

Se relaja, pone sus manos detrás de su cabeza e incluso de espaldas a él, puedo sentir que me observa.

—Yo estaba allí cuando te encontré, ¿sabes?

Me vuelvo para mirarlo. —Lo sé.

—No te veías nada bien.

—Te vi allí. —Lo recuerdo claramente. No sé por qué—. ¿Dónde estaba? —pregunto, dándome cuenta de que no lo sé. Nunca pregunté.

—En nuestro edificio, en el que conociste a Joseph Gallo, ese imbécil. —Su rostro se endurece un poco al mencionar el nombre del abogado y me hace sentir curiosidad.

—Pero yo estuve allí. Es hermoso.

—En la superficie, sí. La habitación donde te tenía se ha inundado muchas veces y ya ni siquiera se puede usar como almacén. En realidad, tienes suerte.

—¿Suerte? No creo que tenga suerte.

—Cuando llueve mucho, esa habitación se convierte en una piscina.

Me encuentro con sus ojos, que son serios. —¿Ella lo sabía?

—Por supuesto que sí.

—¿Podría haberme ahogado? —Me estremezco ante la idea de quedar atrapada mientras el agua se filtra.

—Solo se ha inundado así dos veces.

Como quiera. Una vez hubiera sido todo lo que necesitaría.

—No entiendo sus relaciones. Quiero decir, ella es su madre.

Mira a lo lejos momentáneamente. Cuando se vuelve hacia mí, sigue siendo ilegible.

—La maternidad nunca fue más que una obligación para Lucinda. Le dio hijos a mi padre, tal como se le pedía. Eso es todo.

—Pero Ethan, ella lo ama.

—No confundas el control con el amor —dice, mirándome de nuevo—. Ethan es fácil de manipular.

—¿Qué le sucedió?

—Esa es una historia que Sebastian debe contar.

Recuerdo cuán aterrado estaba Ethan de Sebastian. Como no me tocaría ni siquiera exponiéndose a la ira de su madre.

—¿Sebastian le hizo daño? —pregunto.

Gregory me estudia. —Eres muy curiosa, chica Willow —dice, poniéndose en pie.

—¿Lo hizo? —Yo también me levanto—. ¿O es un juego, Gregory?

Se detiene y me doy cuenta de que es la primera vez que digo su nombre.

—¿Una manipulación? —añado

Se vuelve hacia mí, da un paso hacia mí. Me alejo, miro hacia abajo, enrollando la toalla a mi alrededor.

—¿Una manipulación? —pregunta.

Cuando por fin vuelvo a fijar mi mirada en la suya, su cabeza está ladeada y sus ojos entrecerrados infinitesimalmente.

Me encojo de hombros, me aclaro la garganta y lo rodeo, pero cuando lo hago, me agarra del brazo.

—Respóndeme, chica Willow.

—No soy *tu* chica Willow. No tengo que hacer lo que *tú* digas.

Me pregunto si eso arde.

Quiero hacerle daño. No sé por qué, pero lo quiero.

Él aprieta.

Supongo que él también quiere hacerme daño. Intento ocultar el hecho de que lo hace, pero lo ve y sonrío.

—Respóndeme, chica Willow.

—Eres el hijo de tu madre.

—Eso soy —dice casualmente—. Pero no me conoces. Y no conoces a mi hermano. No como crees.

Me suelta entonces y no soy yo quien se aleja, sino él mientras un escalofrío recorre mi columna.

GREGORY PERMANECE FUERA DE LA VISTA DURANTE EL RESTO DE LA TARDE. ME DUCHO Y ME visto, bajo las escaleras, porque me niego a esconderme en mi habitación, y camino por la isla, manteniéndome en las partes que tengo permitidas, hasta que tengo hambre.

Voy a la cocina a buscar algo de comida y, de nuevo, la encuentro vacía. Por primera vez desde que estoy aquí, preparo mi propio sándwich y como en la pequeña mesa de la cocina. Cuando termino, lavo mi plato y subo a mi habitación cuando me doy cuenta de que la puerta del estudio de Sebastian está entreabierta.

Sonrío, aliviada de no tener que estar aquí sola con su hermano por más tiempo, y me dirijo a ella, pero cuando la abro, está vacía.

¿Estaba aquí? ¿Ha vuelto? Me habría buscado, estoy segura de ello. Además, Gregory dijo que no volvería hasta mañana. Incluso si no me agrada, no tiene motivos para mentir sobre eso.

Entro y cierro la puerta detrás de mí. Puedo oler a Sebastian aquí, su loción para después del afeitado se queda en la piel y la madera.

No hay un teléfono sobre su escritorio y me pregunto si hay un teléfono fijo aquí o si solo usan sus teléfonos celulares. Su escritorio está vacío, exceptuando una computadora portátil y una pila de papeles sostenidos por un espeluznante pisapapeles en forma de cráneo en la esquina.

Después de mirar hacia la puerta, abro la tapa de la computadora portátil. Sé que es estúpido, estoy segura de que necesitaré una contraseña para acceder a ella, y así es. No me molesto en tratar de adivinarlo, sino que la cierro, me recuesto en el asiento, estiro las piernas, trato de no mirar los ojos hundidos del cráneo que parecen mirarme.

Mi rodilla choca con algo áspero y la alejo. Meto la mano debajo del escritorio y me inclino para ver qué es.

Aunque está oscuro, puedo ver un estante improvisado. Hay algo en él y cuando acerco la mano, mis dedos tocan el metal frío y suave. Tardo un minuto en darme cuenta de lo que es, no es hasta que mi mano está envuelta alrededor de la corredera que lo sé.

Con un jadeo, me aparto, haciendo rodar un poco el asiento hacia atrás. Vuelvo a mirar hacia la puerta y respiro con calma.

¿Por qué tiene un arma? ¿Por qué necesita un arma?

Vuelvo a meter la mano y me obligo a agarrarla, a sacarla. La pongo en mi regazo. Solo he visto armas en la televisión. Es extraño verla así, sentir su peso en mi regazo. Conocer el daño que puede causar.

La devuelvo a su escondite, desconcertada por mi descubrimiento, y me levanto. Ya no quiero estar aquí. Salgo y cierro la puerta detrás de mí, regreso a mi habitación y me quedo allí hasta las nueve de la noche, cuando el hambre y el aburrimiento me sacan.

El olor a leña quemada viene del patio y veo la parte posterior de la cabeza de Gregory. Está sentado solo viendo el fuego crepitar mientras bebe un trago. Hay una silla vacía al lado de la suya.

Entro en silencio a la cocina y me preparo mi segundo sándwich del día. Planeo llevarlo de regreso a mi habitación, pero cuando entro en la sala de estar, me llama por mi nombre.

—Helena.

No se da la vuelta, pero debe haberme oído, a pesar de lo silenciosa que intenté ser.

Considero ignorarlo y correr escaleras arriba, pero no puedo pasar los próximos años de mi vida en mi habitación. Tendré que aprender a estar con él. Así que salgo y me siento a su lado. Pongo mi plato en mi regazo y tomo mi sándwich de queso y lechuga, aburrido, pero es lo que me gusta, y le doy un mordisco crujiente. Mastico mientras estudio el fuego.

Gregory se levanta, toma un segundo vaso y me sirve un *whisky*.

Le doy otra mordida.

—Solo tú y yo en la isla, Helena —dice.

Lo miro, trago mi bocado.

—¿Eso te asusta? —pregunta.

—¿Debería hacerlo?

Se encoge de hombros, toma un sorbo de su *whisky* y se vuelve hacia el fuego. —Todo el mundo sale de la isla hoy.

—¿Por qué? ¿Qué sucede hoy? ¿Y por qué estás aquí?

—Bueno, estoy aquí porque tú estás aquí y porque hoy es el cumpleaños de Sebastian.

—¿Su cumpleaños? —Ni siquiera sé qué mes es, mi tiempo se divide en días, mañanas, tardes y noches.

Gregory asiente, se vuelve hacia mí y mira mi sándwich. —Se ve delicioso —dice sarcásticamente, levantando las cejas.

—Lo es. —Le doy un gran mordisco, la lechuga cruje y proceso qué es lo que es tan importante en este día.

Es el día en que su madre se suicidó.

Me pregunto si ella eligió el día a propósito. No puedo imaginar que fuera para lastimar a Sebastian. Supongo que estaba de luto por la pérdida de su hijo.

—¿Por qué no comes carne? —pregunta Gregory.

—Una vez tuve un cordero como mascota.

—Ah. —Sonríe y es una sonrisa auténtica—. ¿Tu querida mami te obligo a comértela?

Mi sonrisa desaparece y creo que podría ahogarme con la comida en mi boca.

—Oh. Tengo razón —dice.

El fuego crepita y un tronco sale del triángulo cuidadosamente apilado. Alcanza el atizador y lo empuja de nuevo a las llamas.

—¿Cómo lo supiste? —pregunto.

—Solo una suposición, considerando...

—¿Considerando qué?

—Considerando que depende de las mujeres de la familia Willow renunciar a sus propias hijas. Es una línea matriarcal.

Tiene razón.

—Nunca había pensado en eso. —Dejo el resto de mi sándwich y tomo el *whisky*. Bebo un sorbo. Arde, pero me gusta la sensación cuando baja—. Supongo que ambos tenemos una muy querida mamá.

Se gira hacia mí. —Si eres tú, ¿lo harás? ¿Colocarás a tus hijas en esos bloques?

Lo estudio y creo que esta es la primera vez que veo al hombre auténtico detrás de la fachada de arrogante e imbécil.

—Si hubieras sido tú, ¿lo habrías hecho? ¿Hubieras tomado a una de nosotras? —Respondo a su pregunta.

Aparta la mirada, se toma un minuto antes de volverse hacia mí para responder. —No lo sé. Sí. Probablemente.

—No. No lo haría —digo sin ninguna duda.

—¿Ni siquiera si se tratara de eso o de perderlo todo? Tu familia sería aniquilada.

—Económicamente. Aniquilada económicamente.

—Por supuesto, pero piénsalo. Digamos que fuera Ethan. Digamos que fuera el primogénito. Si tu madre se negara, ¿crees que Lucinda se apartaría y lo olvidaría? No haría el pago, recuperaría la casa de los Willow y que pase lo que tenga que pasar. —Se inclina hacia mí—. ¿O crees que sería más cruel que eso?

Me estremezco al pensarlo.

—No se lo haré a mis hijas.

Si es que tengo alguna.

Alejo ese pensamiento.

—Supongo que ya veremos cuando llegue el momento —dice, reclinándose en su silla y volviendo a mirar el fuego.

—¿Por qué te quedas aquí? Quiero decir, aquí estás a la sombra de tus hermanos. ¿Eres joven, educado, supongo?

Asiente, sus ojos aún están en el fuego.

—Tienes dinero. ¿Por qué no te vas? Haz algo. Lo que sea. Haz lo que desees.

Se gira hacia mí. —¿Cómo sabes que esto no es lo que quiero?

—¿Te refieres a tomar tu turno con una chica Willow que no está dispuesta?

—No estoy seguro de que no esté dispuesta.

Trago, siento algo en mi vientre, algo inquietante.

Y la próxima vez que habla, su voz transmite un tono de triunfo.

—Hay algo embriagador en ser dueño de una persona, Helena. De alguien como tú.

Busco en sus ojos, intento entenderlo. Es más directo de lo que esperaba. Pero sé que también le gusta joderme y sé que es fácil para él.

—Te observo —continúa—. Te observo con él. Observo tu cara. Veo cómo miras a mi hermano incluso cuando es tu carcelero. Observo también cómo te mantiene —hace una pausa,

respira, sus ojos nunca se apartan de los míos—. ¿Y sabes qué? También quiero eso.

Me estremezco ante sus palabras y no sé qué decir. No sé si debería levantarme, correr y encerrarme en la habitación de Sebastian. No sé si debería decirle que está enfermo. Porque no creo que me esté jodiendo, no en este momento.

—¿Estás celoso de tu hermano?

Niega con la cabeza. —No celoso. No le tengo envidia. Solo quiero un poco.

Mi mente vaga hacia Alexa 2.0 y la analogía de Sebastian del pastel de cumpleaños.

—¿Cómo un pastel de cumpleaños? —No sé por qué lo digo.

Gregory sonríe ampliamente. —Ojalá fuera tan sencillo como un pastel de cumpleaños, Helena.

Termina su bebida y se levanta.

—El fuego se extinguirá por sí solo. Quédate aquí todo el tiempo que quieras. Voy arriba.

No espera a que diga algo y no estoy segura de lo que podría decir. Lo que quiero decir. No mucha gente es tan honesta. Y me sorprende de mí misma cuando me quedo con ganas de más.

HELENA

Desde aquellos días en esa habitación oscura, cuando duermo sola, lo hago con las luces encendidas. Y no duermo bien. Es como si me despertara aproximadamente cada hora para asegurarme de que no estoy de nuevo en ese lugar.

Cuando estoy en la cama de Sebastian, es un poco más fácil, pero no es lo mismo que estar en sus brazos.

—Helena.

Me muevo un poco.

—Helena, despierta.

Alguien me sacude.

—Despierta.

Parpadeo hasta abrir los ojos, los entrecierro a contraluz.

Es Gregory.

Está de pie sobre la cama.

—¿Qué sucede? —Me siento, miro hacia abajo para levantar la manta sobre la camiseta que llevo puesta. La camisa de Sebastian—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la madrugada.

Me froto la cara, miro más allá de él hacia las ventanas, pero las cortinas están corridas y no puedo ver hacia afuera.

—Tenemos que irnos.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Es Sebastian.

De repente estoy alerta. —¿Qué ha pasado?

—Está en mal estado. No quiero dejarte sola en la isla. Prometí que no lo haría.

—¿Lo prometiste?

—Se lo prometí a mi hermano. Vístete. Date prisa.

Retira las sábanas, sus ojos se posan en la camisa que llevo puesta, en mis piernas desnudas.

Recuerdo cuando me puso su camisa aquella vez. Recuerdo lo que dijo Sebastian. Que no quería el aroma de su hermano en mí.

Me pongo de pie, me tambaleo hasta mi habitación y me pongo un par de *jeans* y un suéter que todavía están colgados sobre el diván. Me lavo los dientes rápidamente y me paso un cepillo por el pelo y, cuando termino, Gregory me espera impaciente en la puerta.

Me deja salir primero y bajamos las escaleras. Una vez fuera, prácticamente tengo que trotar para seguirle el ritmo a sus largos y urgentes pasos.

Cuando me lleva al barco, me detengo recordando la última vez.

Lo miro y él debe ver lo que estoy pensando.

—No voy a hacerte daño, Helena. La alternativa es quedarte aquí sola. No puedo dejarte hacer eso.

—¿A dónde vamos?

—A uno de los casinos. Alquila una habitación allí, apuesta, bebe. Gallo estaba allí. Me acaba de llamar, cree que es buena idea ir por él.

—¿Joseph Gallo?

Asiente. —Vamos. Te contaré más en el camino. No quiero dejar a mi hermano ahí así.

Lo dejo que me ayude a subir al barco y un momento más tarde, avanzamos rápido y coloco mis brazos a mi alrededor. A nuestra velocidad, el aire es helado en el agua.

—No te agrada Joseph Gallo.

—No. Es tan escurridizo como una serpiente.

—¿Por qué Sebastian confía en él?

—No lo hace.

—Pero ¿por qué me llevo... por qué fuimos allí a firmar ese ridículo libro?

—Las cosas tienen que hacerse de cierta manera con la chica Willow. Hay reglas.

—¿Reglas?

—Todo está conectado. Vinculado a la herencia.

—¿A qué te refieres?

—Es complicado.

Me rasco la cabeza e intento comprender. Tengo muchas preguntas, pero él no las va a responder.

Las luces de Venecia aparecen a la vista quince minutos después. La ciudad sigue bulliciosa a estas altas horas de la noche y Gregory reduce la velocidad del barco cuando nos acercamos a uno de los antiguos edificios del Gran Canal.

Se detiene con pericia en las escaleras que desaparecen en el agua. Las puertas altas están abiertas y cuando los dos hombres formalmente vestidos que sostienen linternas reconocen a Gregory, sonríen y le dan la bienvenida.

Le entrega las llaves a uno de los hombres y se baja.

—Ten cuidado, las escaleras pueden ser resbaladizas —dice, extendiendo la mano.

La miro. La palma de su mano está hacia arriba, ofreciéndomela.

Me encuentro con su mirada y, después de un momento, pongo mi mano en la suya, me ayuda y en el instante en que estamos adentro sé que solo nos dejaron entrar porque conocen a Gregory, ya que somos los únicos vestidos de este modo.

El casino es más grande por dentro de lo que parece por fuera y esto no se parece a nada que haya visto antes.

De fondo suena una música suave y los camareros están vestidos como los dos de afuera llevando bandejas de bebidas a los hombres y mujeres elegantemente vestidos en las mesas.

Veo a Joseph Gallo al mismo tiempo que Gregory. Está en una mesa de póker donde un grupo se ha reunido para ver el juego. Saluda a Gregory con la cabeza, me mira a los ojos por un instante y luego se hace a un lado para dejarnos ver a Sebastian.

Sebastian lleva un esmoquin. Está tan apretado sobre los gruesos músculos de sus brazos que me pregunto cómo lo contiene, cómo los puntos no se rompen de inmediato.

Está absorto en el juego y en su mano hay un vaso de *whisky*. Desde aquí puedo ver la botella medio vacía a su lado mientras le hace una señal al repartidor para que le dé otra carta.

Gallo se dirige hacia nosotros, susurra en el oído de Gregory.

Gregory hace una pregunta en italiano y, después de que Gallo responde, le entrega una tarjeta de acceso. Gregory me toma del brazo y caminamos hacia Sebastian.

No juego al póker, pero por la ráfaga de molestia que surge de Sebastian cuando otro jugador pone sus cartas, sé que acaba de perder.

Gregory pone una mano en el hombro de Sebastian.

—Hermano —dice.

Sebastian se da la vuelta, pero antes de ver a Gregory, sus ojos se posan en mí.

Se sorprende, luego se complace, entonces, cuando su mirada se posa en el lugar donde Gregory me está sosteniendo, está enojado.

—Helena. —Su voz es ronca y se pone medio de pie, pero tiene que agarrarse al borde de la mesa para estabilizarse.

Gregory le presiona el hombro y Sebastian hace una mueca de dolor, respirando hondo.

Recuerdo el vendaje que vi en su brazo cuando me desperté por primera vez. Nunca le pregunté al respecto.

—Mi hermano ha terminado aquí —le dice Gregory al repartidor.

—No he terminado —le dice Sebastian al repartidor, pero sus ojos están fijos en mí.

Gregory lo ignora, me suelta para recoger las fichas que aún están sobre la mesa.

—Vamos —dice Gregory.

—Dije que no he terminado —dice Sebastian, esta vez, volviéndose para mirar a Gregory mientras se eleva a su altura completa.

Inestable como está, es algo digno de ver. Los dos juntos, nariz con nariz, son algo digno de ver.

Doy un paso atrás y Gregory debe tener el instinto de un guepardo porque se acerca para agarrarme de nuevo.

Los instintos de Sebastian están embotados por el alcohol, pero sigue el movimiento con los ojos, luego los regresa para encontrarse con los de Gregory y, por un momento, estoy segura de que habrá una pelea. Una batalla entre estos dos Goliat.

Sin embargo, Gregory debe saber esto, porque me empuja hacia adelante.

—Llévatela —dice.

Sebastian casi gruñe, y cuando la presión de la mano de Gregory se retira de mi brazo izquierdo, la de Sebastian la reemplaza en mi brazo derecho. Sus ojos, no obstante, nunca se apartan de los de su hermano.

Gregory saca la llave de su bolsillo y mira a ambos lados.

—¿Qué piso? —pregunta, caminando delante de nosotros hacia el ascensor y pulsando el botón para llamarlo antes de que el asistente tenga la oportunidad de hacerlo.

—¿Por qué no lo llevamos de vuelta a la isla? —pregunto mientras se abren las puertas del ascensor y veo nuestro reflejo en el espejo montado en la pared del fondo, yo, pequeña y fuera de lugar entre ellos, estos hombres altos, anchos y hermosos con sus mandíbulas cinceladas, sus cabellos oscuros y sus ojos aún más oscuros.

La agresividad que sale de ellos es tan palpable que casi cruje.

—Porque no quiero sacar a mi hermano ebrio del canal, ¿verdad, hermano? —pregunta, inclinándose hacia el rostro de Sebastian.

—Vete a la mierda, Greg —dice Sebastian.

Gregory sacude la cabeza y se vuelve hacia el hombre sonriendo incómodamente dentro del ascensor. —Vete de una puta vez —dice, prácticamente sacando al hombre—. Podemos apretar el maldito botón —murmura en voz baja—. ¿Piso? —le pregunta a Sebastian.

—Cuatro. —Sebastian se vuelve para mirarme cuando entramos y luego vuelve a ver a su hermano—. ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta—. ¿Por qué está ella aquí?

—No querías que la dejara sola en la isla, ¿recuerdas?

—No necesito niñera... —empiezo.

—¿Por qué estás aquí? —Sebastian vuelve a preguntarle a Gregory.

—Porque Gallo mencionó que las cosas se habían salido de control.

—Gallo puede irse a la mierda.

—¿Qué hizo? —le pregunto a Gregory.

—Estoy aquí —dice Sebastian, acercándose—. Me preguntas a mí. No a él.

Miro a Sebastian. —Me estás lastimando el brazo.

Cambia su mirada hacia él, asiente con la cabeza, me suelta.

—¿Qué hiciste? —le pregunto.

Las puertas se abren y Sebastian se aleja murmurando algo.

Lo seguimos y lo observamos mientras busca en sus bolsillos, supongo, su llave.

—Empezó una pelea. Al otro chico lo sacaron solo porque nos conocen aquí.

—¿Una pelea? ¿Por qué?

—Porque esta noche lo jode.

Gregory empuja a Sebastian y desliza la tarjeta de acceso en la ranura de la puerta. La cerradura hace clic y una luz parpadea en verde. Abre la puerta y entramos.

Sebastian inmediatamente se quita la chaqueta de su esmoquin y la arroja sobre la cama. Se quita la pajarita y se desabrocha los botones superiores y los de las muñecas, luego se quita la camisa por encima de la cabeza. Se frota el punto del brazo que Gregory le apretó y gira el hombro una, dos veces. Miro más de cerca y veo la docena de puntos de sutura.

—¿Qué pasó? —Extiendo la mano para tocar uno.

Me mira. —Nada.

Se aleja, va al baño. Oigo el agua.

—¿Qué pasó? —le pregunto a Gregory.

—La noche en que te llevaron, Lucinda le disparó.

—¿Qué?

—Está bien. Tenemos que lidiar con esto ahora mismo.

Gregory coge el teléfono y pide que envíen café a la habitación.

Camino hacia el baño, pero Sebastian sale antes de que yo entre detrás de él. Se limpia la cara con una toalla que tira un momento después.

Se detiene a mirarme y parece un poco más sobrio, aunque aún no lo suficientemente sobrio.

Lo miro y luce diferente esta noche. Como si estuviera persiguiendo a un demonio y no estoy segura de que esté ganando.

Antes de que pueda hablar, se vuelve hacia Gregory y se acerca a él. —¿Por qué la has traído aquí?

—Ya he respondido eso.

—¿También le dijiste?

Gregory no me mira y, por un momento, me pregunto si le dirá a Sebastian que yo estuve en el mausoleo o si lo mantendrá en secreto. Y me doy cuenta de que tengo un poco de miedo de que se lo diga porque esta noche no es la noche en la que quiero lidiar con un Sebastian enfadado.

Sin embargo, un golpe en la puerta nos salva y Gregory empuja a Sebastian para abrirla. Firma la cuenta y toma la bandeja de café de servicio plateado.

Sebastian se sienta en uno de los dos sillones y toma el café que Gregory le da. Me mira mientras bebe y me siento en un asiento al borde de la cama. Rechazo el café que Gregory me ofrece.

—Puedes irte —le dice a Gregory, sin apartar sus ojos de mí, dejando su taza vacía momentos después.

—No voy a ninguna parte.

Sebastian cambia su mirada hacia su hermano, luego, después de un largo y calculado minuto, vuelve a mí.

—Ven aquí, Helena.

Me levanto, voy hacia él. Separa las rodillas y me señala que me ponga entre ellas.

—Desnúdate.

Los latidos de mi corazón se aceleran y miro hacia atrás a Gregory, que está apoyado contra la pared, mirando. Sus brazos están cruzados sobre su pecho y su mirada es intensa sobre su hermano.

—No —le digo a Sebastian—. No delante de tu hermano.

—Mi hermano quiere su propia chica Willow. ¿Lo sabías?

Se reclina, ladeando la silla un poco.

—Y tiene los ojos puestos en la mía.

Echo un vistazo a Gregory que no se ha movido.

—Ahora desnúdate —dice Sebastian.

Me vuelvo hacia él. —Sebastian...

Golpea la palma de su mano sobre la mesa, haciéndome saltar a mí y a la taza de café.

—Ahora, Helena.

Miro hacia atrás una vez más mientras mis manos tiemblan hacia el dobladillo de mi suéter.

—Tus ojos en mí. No es necesario que lo mires.

Trago y hago lo que dice. Me saco el suéter por encima de la cabeza.

Sebastian asiente y lo tiro al suelo y me quito los zapatos mientras me desabrocho los *jeans*. Los empujo hacia abajo y salgo, dejándolos a un lado, así que estoy de pie con un sujetador negro y unas bragas a juego.

—No pienso que...

—No estás aquí para pensar. Quítatelo. Quítate todo.

Después de dos intentos logro desabrochar mi sujetador y solo vislumbro el reflejo de Gregory en la ventana. Todavía no se ha movido. Me está observando. Quiere mirar.

Sebastian tiene razón. Gregory quiere su propia chica Willow.

Él me quiere.

Engancho dos dedos en la cintura de mis bragas y las deslizo hacia abajo y salgo de ellas.

Sebastian asiente en señal de aprobación. Deja que su mirada vague sobre mí. Se detiene en mi coño y extiende una mano, tocando la piel suave.

—Me gusta esto.

Agarra mis caderas y me acerca, me levanta una pierna, pone mi pie en su muslo y mete su cabeza para lamer la abertura de mi sexo. Una larga, lenta y calculada demostración de propiedad que me hace perder el aliento.

—Estás mojada —dice, inclinándose hacia atrás—. Creo que tener a mi hermano mirando te moja.

Siento el calor en mi cara mientras Sebastian se pone de pie y agarra mis caderas. Me mira y veo el deseo en sus ojos.

Extiendo mis manos, toco su pecho y luego las llevo hasta su cara. Cuando me pongo de puntillas para besarlo, toma un puñado de mi pelo y comienza a enrollarlo alrededor de su puño. Me obliga a echar la cabeza hacia atrás, así que no puedo besarlo, pero tengo que mirarlo.

—¿Lo quieres? —pregunta.

Lo miro a los ojos y sacudo rápidamente la cabeza.

Se ríe. —Mentirosa.

Me hace girar y nos mueve dos pasos, me inclina, sujetándome de las caderas.

Estiro la mano para agarrarme al borde de la cama mientras me da una palmada en la parte interna de los muslos. Abro las piernas y escucho que se baja la cremallera de los *jeans* y miro a Gregory y sus ojos se han vuelto negros y nos está mirando.

—Sí. Así —dice Sebastian—. Míralo mientras te follo.

Me aparto, pero él me atrapa y me obliga a volver a mi posición.

—Detente —intento.

Me agarra del pelo y tira de mi cabeza hacia atrás, haciéndome mirar a Gregory. Siento que los dedos de su otra mano me abren.

—Estás goteando, Helena.

Busco hacia atrás con las manos, agarro su antebrazo, tratando de liberarme, pero él me empuja hacia adelante, fuerza mi cara contra la cama y desliza su polla dentro de mí.

Mi cuerpo se estira para él, pero ese primer instante siempre me quita el aliento y dejo escapar un pequeño sonido.

Me suelta el pelo y sus grandes manos se cierran sobre mis caderas, abriéndome más. Vuelvo a mirarlo y él arrastra su mirada hacia la mía mientras se retira, luego empuja, la fuerza me hace gruñir, y no puedo apartar la mirada de él cuando lo hace de nuevo y otra vez.

Siento que una lágrima se desliza desde mi ojo, sobre el puente de mi nariz y cae sobre la cama.

Sebastian también lo ve y se detiene, se retira y me gira. Me lleva al borde de la cama, me empuja y lo envuelvo con mis piernas. Se inclina sobre mí, me separa los brazos, sosteniéndolos así, con su cara a un centímetro de la mía.

Levanto la cabeza y lo beso. El primero es un beso suave, pero el siguiente es más profundo, y siento que se mueve dentro de mí, lento y profundo y deja de besarme para darme la vuelta de nuevo, esta vez con mis codos y rodillas en la cama y cuando mete un dedo dentro de mi culo, todo lo que puedo hacer es sentir.

Me apoyo sobre la mejilla y parpadeo suavemente, mi boca se abre mientras trato de aspirar aire y Gregory sigue mirándonos. Está mirando, con sus ojos negros y su mandíbula tensa. Su erección empuja contra sus pantalones y yo arqueo la espalda y empujo contra Sebastian, levantándome un poco, preparándome para ser follada, realmente follada.

Lo quiero.

Lo quiero así.

Sebastian dobla el dedo y me agarra por dentro y con la otra mano, me mantiene en mi lugar y folla duro, castigándome con cada embestida, castigándome por excitarme. Por querer esto.

Por querer correrme mientras su hermano observa.

Y cuando lo hago, es éxtasis y cierro los ojos y siento a Sebastian detrás de mí, dentro de mí, y se hincha, y sus embestidas son cortas y duras hasta que se queda quieto y su polla bombea dentro de mí, se vacía dentro de mí y quiero más de él, quiero todo, necesito que me llene y me mantenga así.

Necesito que me conserve.

SEBASTIAN

Veo salir a mi hermano y escucho el sonido de la puerta al cerrarse detrás de él.
Helena se pone de costado, lleva su mirada de la puerta hacia mí.
—Eso fue cruel.

La miro. —¿Dejarlo que nos viera follar fue cruel? Eso lo excita.

Deslizo mi mirada sobre ella antes de entrar en el baño para abrir la ducha.

—Ven aquí, Helena.

Ella obedece. Es dulce cuando es obediente.

Abro la puerta de la ducha. Es lo suficientemente grande para dos y me pongo detrás de ella. Cierra los ojos y sumerge la cabeza bajo el flujo. Aparto la mirada para tomar el paño y el gel de baño.

Es tan hermosa, elegante y húmeda, delgada, pero no suave, delgada y musculosa. No protesta cuando empiezo a lavarla, la follada y el agua me ponen un poco sobrio.

La cosa es que, en este día, es difícil embriagarse y más difícil mantenerse ebrio.

Los moretones que dejó Lucinda casi se han desvanecido, solo quedan unas pocas manchas amarillentas y aún sensibles.

—¿Casi lista para nuevas marcas? —pregunta sarcásticamente cuando la vuelvo para que me mire.

—No haré lo que ella te hizo. No te lastimaré así. Lo sabes.

—¿Por qué no me dijiste lo de hoy?

Coloco mi cabeza bajo el agua y ella me quita el paño para empezar por mis hombros.

—¿Por qué no me dijiste sobre esto? —pregunta, acariciando con sus dedos con delicadeza los puntos que deben salir pronto.

—No eras precisamente habladora cuando regresaste, ¿lo recuerdas?

—¿Te refieres a después de haberme tenido sedada durante dos semanas?

Me vuelvo hacia ella, dejo la tela a un lado y la tomo por los brazos. —Estoy cansado, Helena.

El agua le salpica la cara mientras me estudia, asiente con la cabeza.

Cierro los grifos y agarro una toalla, la envuelvo en ella antes de secarme y envolverme una alrededor de las caderas.

Coge una segunda y elimina un poco de humedad de su cabello.

—Háblame sobre hoy —dice una vez que entramos en el dormitorio.

Retiro las sábanas de la cama y ella se mete. La sigo y apago las luces.

—¿Qué te dijo mi hermano?

—Que es tu cumpleaños.

Se detiene y espero.

Porque sé que eso no es todo.

—Sé que tenías un hermano gemelo. Sé que murió. Y sé lo de tu madre.

Resoplo, me pongo de espaldas y miro al techo. Afuera, una lancha pasa a toda velocidad y alguien grita.

—No se ha olvidado de nada, ¿verdad?

—Es culpa mía. Fui al mausoleo.

Me vuelvo para encontrarla mirándome, su rostro ensombrecido, pero sus ojos brillan.

—Siento mucho que estés sufriendo, Sebastian.

Vuelvo al techo. —¿No te arrepientes de haber roto una regla?

—¿Me vas a castigar?

—No.

Guarda silencio durante mucho tiempo, pero ninguno de los dos está durmiendo.

—La iglesia se negó a celebrar misa por ella. Suicidio.

—¿Crees en Dios?

—Solía hacerlo. Ahora, creo en los fantasmas.

—¿Es por eso por lo que no quisiste estar dentro de la iglesia el día que fuimos a la oficina de Joseph Gallo?

—Sí. —Vuelvo a mirarla y paso mis dedos por su mejilla—. No tengo muchos recuerdos de ella, más bien un sentimiento. Era amable, gentil y cariñosa. Era todo lo opuesto a lo que somos. En cierto modo, ella no pertenecía a nuestra familia, con mi padre. Nunca lo iba a lograr. Era muy sensible.

Ahora pienso en Helena. Ella también es sensible.

—Suenan maravillosa.

—Lo era. —Me pongo de lado y la acerco a mí. Otra vez hay silencio y cierro los ojos.

—¿Sebastian? —pregunta cuando creo que hemos terminado—. Tu hermano. ¿A dónde fue?

—¿Por qué te interesas por él?

—Solo estoy preocupada.

—No deberías. Está bien. Necesita aprender su lugar.

—Vino aquí para ayudarte.

—Te traje aquí para joderme. Para joderte.

—¿Por qué dices eso? Porque por lo que vi, se apresuró a llegar aquí para que no estuvieras solo.

Me estiro y enciendo la luz. Helena parpadea y sus ojos tardan un minuto en enfocarse. Me subo encima de ella, manteniendo la mayor parte de mi peso sobre mis antebrazos.

Quiero ver su cara, sus ojos. No quiero perderme nada.

—No dejes que Gregory te engañe. No lo conoces.

—Qué gracioso, eso es lo que dijo de ti.

—Ten cuidado, Helena.

—Solo quiero saber a dónde crees que fue. Lo que hiciste fue cruel.

—Lo que *hicimos*. —Separo sus rodillas con las mías. Me estoy poniendo duro de nuevo—. Te gustó que te viera. Como la otra vez en la piscina. Te gustó que te tocara.

Le agarro los lados de la cabeza, presiono mis antebrazos contra ella para que no pueda moverse mientras empujo dentro de ella.

Hace un sonido, y sé que está en carne viva, pero no me importa.

—Dilo, Helena. Dime.

Me clava las uñas en la espalda y me duele.

—Te quiero a ti, no a él —dice.

—¿Es eso cierto? —Empujo con fuerza y ella gruñe—. ¿O nos quieres a ambos?

Parpadea, intenta apartar la cabeza y mi siguiente empuje es para castigarla.

—Dilo.

Ella niega con la cabeza y yo entretejo mis dedos en su cabello mojado y aprieto.

—Dilo.

—Solo estoy preocupada por él.

—Mi hermano está bien. Si conozco a Gregory, se está follando a una puta en este momento.

—Estiro un brazo hacia abajo, agarro su pierna, y doblo su rodilla para poder profundizar—.

Eres mía, Helena. No suya. Ni de nadie más.

Es resbaladiza y siento que me engroso dentro de ella a medida que mis embestidas se aceleran, coincidiendo con sus jadeos.

Arrastra las uñas por mi espalda, cierra los ojos y se me rompe la piel.

Sonríó, golpeo suavemente su rostro cuando cierra los ojos.

—Ojos abiertos. En mí. Siempre en mí cuando te corres, ¿entiendes? Solo me miras cuando te corres.

Ella asiente y ambos respiramos más fuerte ahora, una gota de sudor cae de mi frente a su cara y me acerco más, la beso, succionando su labio inferior, nuestros ojos siguen abiertos, aún fijos.

—Me gustas así, Helena. Me gusta tenerte así.

—Me voy a correr. —Susurra y la miro, la siento y cuando las paredes de su coño palpitan alrededor de mi polla, yo también me corro, vaciándome dentro de su coño en carne viva, marcándola con mi semilla, marcándola desde el interior y para siempre, una palabra se repite en mi cabeza una y otra vez.

Mía.

HELENA

A la mañana siguiente, desayunamos en la pequeña terraza de nuestra habitación. Es temprano, pero la ciudad ya está llena de gente.

—¿Me llevarás allí? Siempre he querido verlo.

—Está repleto de turistas. Te llevaré cuando esté más tranquilo.

—No me molestan los turistas. —Muerdo un croissant.

Sebastian se pasa la mano por el cabello aún mojado y se sirve una segunda taza de café.

—Te llevaré. Simplemente no en este momento.

Quiero preguntar por qué, pero hoy tengo otras preguntas. —De acuerdo.

Termino mi jugo y bajo el vaso.

—¿Por qué Lucinda hizo lo que hizo? ¿Secuestrarme? ¿Irse como lo hizo? No lo entiendo. ¿Por qué no esperar a que terminara el año? ¿Para entonces hacerme lo que quisiera? Cuando llegara el turno de Ethan.

—Porque Ethan nunca te iba a tener.

Me quedo momentáneamente aturdida en silencio.

—No entiendo. ¿No es esa la regla? —pregunto.

—Ethan no es hijo de mi padre.

—¿Qué?

—Lo que dije. Por eso fui a Verona. Entonces tuve la confirmación final. No quería usarlo si no tenía que hacerlo. Ethan es más frágil de lo que crees. Ya te lo había dicho.

—¿Qué le sucedió? —Recuerdo cuán aterrado estaba de Sebastian. Como no me tocaría por miedo a él.

—Después de las sesiones de disciplina de Lucinda, yo solía sacar el barco. Una canoa que solía tener. Siempre salía por mi cuenta para lidiar con eso. No quería que ella viera lo que me hacía. Cómo me afectaba. No quería ver a nadie y no quería que nadie me viera.

Se toma un minuto y espero.

—Bueno, las palizas empeoraron después de la muerte de mi padre. No es que hiciera mucho para detenerlas cuando estaba vivo, pero sí que empeoraron. Cuando tenía dieciséis años, hubo una particularmente mala. Todavía tengo las cicatrices. Me sentía avergonzado. Y, para entonces, muy cabreado. Así que invité a Ethan al barco conmigo.

Sacude la cabeza, se pasa la mano por el pelo y mira hacia otro lado como si lo estuviera viendo de nuevo. Como si volviera a esa canoa.

—Ethan no siempre era una mierda. Es decir, lo era la mayor parte del tiempo, pero no siempre. Lucinda lo mimaba, lo adoraba. Le hizo creer que era un rey. Pero no lo era. Y después de la muerte de mi padre, tan pronto como llegué a la mayoría de edad, ella supo que me haría

cargo de la familia. Sabía que su reinado terminaría rápidamente. A veces me pregunto si no quería matarme de verdad. Pero esa es otra historia.

Hay otra pausa más larga.

—De todos modos, Ethan se unió a mí en la canoa y yo remé. No me gusta pensar cuál era mi intención.

Se levanta, entra en la habitación y me da la espalda.

Yo también me levanto y me dirijo a él. Creo que sé hacia dónde va esta historia.

—Eras un niño, Sebastian.

—No, Helena. Él era un niño. Yo tenía dieciséis años. Era lo suficientemente mayor como para saber lo que hacía.

Se sienta en el borde de la cama.

—No tienes que contarme el resto.

—Quiero hacerlo. En realidad, nunca he contado la historia y debería hacerlo. Es mía.

Me siento a su lado, lo observo.

—Ethan no era un buen nadador. Creo que le tenía miedo al agua, pero nunca pudo admitirlo. Así que, cuando estuvimos ahí fuera, demasiado lejos de la isla para que cualquiera nos viera, volqué la canoa.

Baja la mirada hacia su regazo durante un minuto antes de volver a mirarme.

—Lo vi luchar. Lo vi hundirse. Lo vi estirar su mano hacia mí. —Sacude la cabeza, mira al suelo—. Vi cómo sus ojos se cerraban cuando dejó de luchar. Para cuando lo saqué, ya había pasado mucho tiempo sin oxígeno. El daño era irreversible.

—Oh, por Dios.

Se pone de pie, sacude la cabeza. —No, Helena, no hay dios. Ningún dios permitiría que estas cosas sucedieran. Ni a Ethan. Ni a ti. Ni a mi madre. Ni a todas las chicas Willow que vinieron antes.

Me acerco a él, le toco la cara, hago que me mire. —Tenías dieciséis años y abusaban de ti.

—Sabía lo que hacía. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Ethan era inocente. —Vuelve a apartar la mirada—. Así que ahora sabes por qué me tiene tanto miedo. De lo que soy capaz. Creo que una parte de él, una parte subconsciente, lo sabe. Lo recuerda.

Se aleja, se endereza. Inspira profundamente y un momento después, vuelve a ser él mismo. Como si hubiera metido esta otra parte de él en una caja, la hubiera cerrado y le hubiera echado llave.

—Pero todavía hay que lidiar con Gregory. Él es legítimo y tiene derecho a ti.

SEBASTIAN SE MUESTRA SOMBRÍO CUANDO VOLVEMOS A LA ISLA.

El otro barco ya está atracado y me pregunto dónde está Gregory. Si es cierto lo que dijo Sebastian, que fue a buscar a alguien para follar anoche. No sé por qué eso me molesta.

Voy a mi habitación para cambiarme de ropa y recuerdo el sueño de mi tía Helena. En realidad, no estoy segura si fue un sueño y me pregunto cómo lo olvidé; pero ahora, mientras estoy de pie en mi armario, mirando las tablas del suelo, recuerdo lo que dijo.

Me pongo de rodillas y empiezo a buscar la tabla suelta, sabiendo que es una posibilidad remota. Estamos hablando de hace más de setenta años.

Me toma tres vueltas alrededor del lugar antes de encontrarlo. Está en la parte más oscura del armario y tengo que empujar toda la ropa hacia el extremo opuesto del estante antes de ver los

arañazos a lo largo del borde corto de una de las tablas.

Intento clavar mi uña, pero solo termino doblándola hacia atrás. Me levanto, miro alrededor. Necesito algo delgado pero fuerte para meterlo debajo.

Voy al baño y encuentro un peine. Es lo mejor que tengo, pero no es lo suficientemente bueno. No sé dónde está mi navaja.

En mi habitación no hay nada que pueda usar. Supongo que él ha retirado todos los objetos afilados. Pero recuerdo que cuando estuve en la habitación de Lucinda, ella tenía un abrecartas en su escritorio. Salgo al pasillo y, una vez que me he asegurado de que nadie está cerca, me escabullo en su habitación abandonada.

Una violenta oleada de ira me instiga y me toma un minuto controlarme. Quiero lastimarla. Quiero lastimarla como ella me lastimó a mí. Como lo hizo con Sebastian.

Su habitación es un desastre, supongo que nadie ha limpiado desde que se fue.

Me apresuro al escritorio y cuando no veo el abrecartas encima, abro los cajones para buscarlo. Lo encuentro en el último, lo deslizo bajo mi manga en caso de que me encuentre con alguien en el pasillo y suspiro aliviada cuando estoy de vuelta en mi habitación.

De rodillas dentro del armario, coloco el abrecartas entre las lamas y, con un pequeño empujón, levanto la tabla. Tengo un sentido del olfato bastante bueno y mi estómago se revuelve ante el ligero olor a podrido que emana. Desvío el pensamiento y observo la brecha y, en el interior, encuentro un pequeño cuaderno, enrollado y amontonado en el espacio reducido.

Lo saco, me aseguro de que no haya nada más y vuelvo a colocar la tabla del piso.

Me pongo de pie, extendiendo la ropa sobre el estante y vuelvo a mi dormitorio. Después de meter el abrecartas de Lucinda en el cajón de la mesita de noche, me siento en mi cama y abro el cuaderno. Lo hojeo y descubro que algunas páginas han sido arrancadas. Me pregunto si ella lo hizo eso o si fue otra persona. Un vistazo rápido me dice que las entradas son trozos, fragmentos de pensamientos.

Invierno

Cain me dio este cuaderno como regalo de aniversario de tres meses. Como si fuéramos una pareja. Como si yo quisiera estar aquí. Además, sé que me hará pagar más tarde. Siempre lo hace.

Parece como si hubiera estado aquí más de tres meses. Si divido mi tiempo por hermanos, llevo una doceava parte del camino recorrido. Me faltan nueve meses más antes de que Cain me entregue a su hermano Jasper.

No sé cómo sobreviviré esos meses porque Cain es muy cruel. Le produce placer lastimarme. Jasper es diferente. Todavía no sé quién es el más joven, pero Jasper es diferente.

Cain cree que sus hermanos lo obedecerán ciegamente. Harán lo que él les diga. No sabe que Jasper ya me ha tenido. Se lo permití. Se lo permití porque fue tierno.

Es enfermizo, lo sé. Cuando leo eso nuevamente, quiero arrancar esa palabra para hacerla pedazos, pero fue tierno, a su manera.

No puedo pensar en el tiempo en años. Moriré si lo hago. Y me niego a morir en sus manos.

Paso la página, me desplazo por más entradas. Ninguna está fechada, solo tiene anotada la temporada, pero si su tiempo aquí fue como el mío, no sabía la fecha, ni el día, ni el año, ni nada. Conocía la mañana, la tarde, la noche.

Paso a la siguiente página donde la letra es más entrecortada e irregular, no su bonita caligrafía.

Invierno/casi primavera

Me dejó en ese poste de los azotes todo el día después de mis latigazos. Sigo congelada, aún tiemblo. Apenas puedo escribir.

Y lo peor fue que hizo que Jasper lo hiciera.

No sé si puedo perdonar a Jasper, pero ¿cuál era la alternativa? Si no lo hacía o si era amable, Cain amenazó con destrozarme la espalda.

Pero fuimos estúpidos. Descuidados. No es el turno de Jasper conmigo. Sigo siendo de Cain. De eso se trataban estos azotes, de enseñarnos a ambos.

Voy a matar al maldito. Voy a matarlo.

Esta vez duele mucho y el ungüento que Jasper puso aquí hace que la piel abierta arda. Debería haber llorado. Si hubiera llorado, tal vez él habría quedado satisfecho y los azotes habrían terminado antes.

Pero hay una salida. Jasper me dijo que hay una salida. A lo que tendré que someterme, sin embargo, me aterroriza.

Ese pasaje se detiene abruptamente, dejándome con curiosidad. Me desplazo por varias páginas más para ver si hay más, pero no puedo encontrar detalles y tengo que dejar el libro durante unos minutos porque muchas de las entradas son como esta.

Palizas.

Dolor.

Odio.

Me desplazo, hojeando, hasta que una mancha oscura en la esquina de una hoja me llama la atención.

Primavera

Lo haremos esta noche. Jasper tiene los hierros y Benjamín, el hermano menor de los Scafoni, dará testimonio.

Y probablemente me sostenga.

Tengo miedo. Va a doler mucho, pero la alternativa, estoy segura, es la muerte.

Cain se enoja cada día más y sus castigos dejan marcas permanentes ahora.

Hoy, a medianoche, me reuniré con Jasper en el mausoleo. Dios, odio ese lugar. Está embrujado, lo juro.

Y los fantasmas quieren dañarme.

Me mostró la puerta secreta que conduce a la habitación de abajo. Me da escalofríos pensar en ello. Pero él estará allí esperándome y después de esta noche, estaré a salvo. Cain no tendrá más remedio que entregarme a Jasper cuando lleve su marca.

Tengo muchísimo miedo.

Seis días después

Sé que han pasado seis días porque he empezado a contarlo en la parte posterior de la cabecera. Soporté la ceremonia de marcado. Benjamin firmó el contrato como testigo. De acuerdo con las propias reglas de la familia Scafoni con respecto a las chicas Willow, ahora le pertenezco a

Jasper.

Reglas.

Esto es enfermizo. Esta familia está enferma. Estas reglas, lo juro, se han establecido para garantizar su crueldad y asegurar nuestro sufrimiento.

Falta parte de esta página, ha sido arrancada. Y la siguiente entrada son solo unas pocas líneas:

Esta mañana, me desperté con la noticia de que Jasper ha salido de la isla.

Benjamin no me dirá nada.

Me pregunto si está vivo. Si Cain no le hizo daño, o algo peor, por su traición.

Y estoy perdida.

No describe lo que sucedió. Nunca dice lo que hicieron, pero recuerdo mi sueño con ella. Recuerdo el borde de esa marca en la parte posterior de su cuello y cómo intentó cubrirla. ¿Era eso? ¿Una marca de propiedad?

Soporté la ceremonia de marcado.

La idea de marcar el ganado pasa por mi mente.

Es lo que son las chicas Willow. Su propiedad. Bienes vivos y que respiran.

Ganado.

Me arrodillo en la cama, toco detrás de la pesada cabecera de madera. Puedo sentir las crestas, las líneas que talló en la madera para marcar los días.

Al levantarme de la cama, la empujo un poco hacia delante. Debe pesar una tonelada, pero puedo ver los arañazos que dejó la tía Helena. Me hace sentir como si estuviera aquí de nuevo. Aquí conmigo. Como si no estuviera sola.

Volviendo a colocar la cama en su lugar, me siento y tomo el cuaderno para leer el pasaje nuevamente.

¿Hay una habitación secreta debajo del mausoleo? Tengo que ir allí a buscarla. Tengo que averiguar qué hicieron para liberarla de Cain.

Leo algunas entradas más y luego llego a esta:

Verano

Lo hicieron.

No pude escribir el plan aquí porque creo que Cain ha estado leyendo mi diario. ¿Cómo pude haber pensado, por un solo momento, que no lo haría? Esa fue mi propia estupidez. Es exactamente la razón por la que me lo dio.

¡Pero lo hicieron y no importa! Está muerto. Cain está muerto.

Escuché a los hermanos desde mi habitación. Los escuché entrar, escuché la lucha, los gritos amortiguados de Cain. Ni siquiera tardó mucho.

Entré en su habitación después de que se fueron. Parecía que solo estaba durmiendo, pero no respiraba y su color ya era gris, me puse de pie sobre él y sonreír de verdad por primera vez desde que me trajeron a esta isla.

Y luego hice algo terrible.

Tomé la daga que tiene en la mesita de noche. Lo sé porque me la puso en la garganta muchas veces. Le gustaba eso cuando me tomaba. Le gustaba asustarme. Lo hacía correrse al maldito enfermo.

Bueno, esta noche, tomé su cuchillo y puse su mano en la mesita de noche y le corté el dedo y ni siquiera me importó mancharme de sangre. Me acusarán de matarlo de todos modos. No me importó.

Lo llevé de vuelta a mi habitación y desprendí la piel como si estuviera pelando una patata y la tiré por el inodoro, llevé esos huesos sanguinolentos y húmedos a mi lugar secreto y los escondí.

Y ni siquiera me importa lo que me hagan. No me importa porque ahora tengo un pedazo de ellos.

Esta es mi victoria, aunque no sea libre, porque mi tiempo aquí no ha terminado. Ni por asomo.

Es el último pasaje del libro, a pesar de que alrededor de un tercio todavía son páginas vacías.

Dejo el cuaderno y me froto la cara. Siento que voy a vomitar. Me pregunto si podría hacerlo. Si pudiera cortarle un dedo a Sebastian. Si pudiera lastimarlo.

No creo que pudiera.

No quiero.

¿Eran los hombres Scafoni de generaciones pasadas más crueles que los de hoy? Un hermano se enfrenta a él y así es como reacciona. El hecho de que el derecho de un hermano pueda ser desafiado por otro, eso solo sienta las bases para que una familia se vuelva contra sí misma.

Si pienso en Lucinda y en lo que le hizo a Sebastian, en lo que Sebastian le hizo a Ethan, es brutal. Luego está la competencia entre Gregory y Sebastian.

Esta familia está enferma.

Están podridos y pudriéndose por dentro.

Y no entiendo por qué no me repelen. Me asquean.

Por qué me atraen.

En lugar de esconder el libro en las tablas del suelo, lo meto entre el colchón y el somier y me acuesto. Estoy cansada. Entre los eventos de anoche y esto, estoy agotada.

Me acuesto de lado un rato solo viendo la brisa soplar suavemente las cortinas. Y cuando cierro los ojos, sueño. Sueño con mi tía Helena, pero no estoy segura de si es ella o yo. Veo a través de sus ojos, abriendo la puerta entre mi habitación y la de Sebastian.

Gregory no me ve cuando entro para verlo sostener una almohada sobre la cara de Sebastian.

No me escucha cuando me acerco. De hecho, no hay ningún sonido, ni siquiera cuando tira de la almohada y veo que no es Sebastian en absoluto, sino alguien más, otro hombre que se parece a ellos.

¿Cain?

Estoy confundida mientras veo marcharse a Gregory. Y tengo que forzar mis piernas, no dispuestas, a llevarme más y más cerca.

Siento que mi boca se estira hasta convertirse en una amplia sonrisa, pero me siento mal. Siento que voy a vomitar.

La piel de mi mano, cuando llega al cajón de la mesita de noche, es como un pergamino, manchado y viejo, las uñas amarillentas mordidas y dentadas.

Abro el cajón y dentro está mi navaja. Lo saco, pero es como si me estuviera resistiendo, como si mi brazo estuviera luchando contra sí mismo, pero el tirón es muy fuerte y estoy demasiado débil y cuando la otra mano, la mía, toma la mano del muerto y la lleva a la mesita de noche, las lágrimas caen sobre esa mano muerta, incluso cuando los dedos están extendidos.

La navaja está abierta, aparto la mirada y me dirijo al hombre de la cama y cuando lo veo, cuando veo a Sebastian, grito.

Grito, y grito, y grito hasta que me despierto sobresaltada, levantándome de mi propia cama, la habitación oscura, completamente negra. La brisa fresca de antes ahora es fría, gélida.

Enciendo la lámpara y me froto la cara.

Fue un sueño. Solo un sueño.

SEBASTIAN

—¿Te importaría decirme qué carajo fue lo de anoche?

Empujo otro tronco en la chimenea antes de girar para responder a mi hermano. El otoño se acerca rápidamente y me gustan estas temperaturas más frías.

Me enderezo, me vuelvo hacia él. Me tomo mi tiempo para mirarlo. Conozco a Gregory desde que era un bebé. Siempre me agradó más que Ethan, pero eso es probablemente porque Lucinda lo quería solo un poco más que a mí.

Pero no *conozco* a mi hermano.

—Podría preguntarte lo mismo —digo, volviéndome, sirviéndome un *whisky*.

—¿No has tenido suficiente? —me pregunta Greg cuando levanto la botella, preguntándole si quiere.

—Nunca es suficiente, hermano. ¿Te sirvo uno o no?

—Sí.

Le entrego su vaso y nos quedamos bebiendo, con los ojos fijos en el otro, la tensión casi es palpable.

—Lo de anoche fue para asegurarme de que supieras que es mía.

—¿También intentarás sacarme de este asunto? ¿Como hiciste con Ethan?

Noto la acusación implícita en la última parte de ese comentario y siento que mis ojos se estrechan.

Nunca le he contado a nadie los detalles de lo que sucedió con Ethan. Nadie lo sabe, excepto Helena. Nadie lo vio. Lucinda me acusó, pero no había pruebas.

¿Pero Gregory? Nunca ha preguntado.

Y sé que, por muy silencioso que sea, lo ve todo. Siempre lo ha hecho.

Me vuelvo hacia el fuego, doy un sorbo a mi bebida. —Ya sabes lo que habría pasado si se la hubiera entregado.

—No estoy diciendo que hiciste algo incorrecto, pero no soy Ethan. O Lucinda. Y estás equivocado. —Se sienta en su lugar en la mesa—. No la quiero —termina—. No como crees.

—Veo cómo la miras —le digo, acercándome a la mesa.

Dirige su mirada hacia mí mientras me siento. —Sí, bueno, cuando te la follas delante de mí, ¿cómo quieres que la mire? Soy humano, Sebastian. Soy un hombre. Además, llegamos a un acuerdo. Y no me voy a ir la próxima vez.

—Anoche estaba mal —digo a modo de disculpa por algo, no sé qué.

—¿En serio? Pero no soy el enemigo.

Bebo un largo trago de *whisky* antes de encontrarme con su mirada.

—Gracias por cuidarla.

Asiente. Sin embargo, todavía está enojado. Puedo verlo en su rostro. Pero ambos oímos el chasquido de los zapatos desde el interior de la casa y nos damos la vuelta para encontrar a Helena saliendo. Lleva *jeans* ajustados y un suéter gris encima y tiene las mangas hasta las palmas de las manos.

—Hace frío —dice, y camina para pararse de espaldas al fuego.

La veo, y ella tiene cuidado de mantener sus ojos en mí.

Gregory, por otro lado, la mira directamente, tomando su bebida. Me pregunto si se estará acordando de lo de anoche.

Ella sobre sus manos y rodillas siendo follada.

Ella corriéndose.

—Podemos comer adentro si tienes frío —le ofrezco.

Niega con la cabeza. —No, está bien. Me gusta aquí. Solo me sorprende lo rápido que enfría. —Se acerca para tomar asiento y se aclara la garganta antes de encontrarse rápido con los ojos de Greg y parpadear aún más rápidamente.

Gregory se reclina en su asiento, con una comisura de la boca curvada hacia arriba. Sus palabras se repiten en mi cabeza.

No me voy a ir la próxima vez.

Me levanto para servir vino para todos y la cena está servida. Es probablemente una de las comidas más incómodas y silenciosas que hemos tenido desde que Helena ha estado en la isla.

Cuando terminamos, también hemos vaciado dos botellas de tinto, gran parte de ellas en el vaso de Helena. Quiero que esté relajada esta noche para lo que tiene que pasar.

Cuando la chica viene a limpiar, le digo que no tomaremos postre. Hablo en italiano y, aunque Helena no entiende, Gregory sí, y me mira.

Helena se estremece, abrazándose a sí misma.

—Entremos —digo, poniéndome de pie, sacando su asiento.

Una vez en la sala de estar, sirvo *whisky* para cada uno de nosotros.

Helena nos mira a ambos cuando le ofrezco un vaso.

—Mejor me voy a la cama —dice.

—Es temprano. Quédate.

Ella abre la boca para replicar, pero empuja el vaso hacia ella.

—Te quedarás.

Examina mis ojos, toma el vaso con cautela y bebe un sorbo.

Gregory está sentado en un extremo del sofá, recostado, relajado.

Me siento en el otro extremo.

Helena permanece de pie incómoda.

—Aquí. —Señalo el espacio entre nosotros.

—¿Qué haces? —pregunta ella.

—Ofreciéndote un asiento.

Guarda silencio.

—Siéntate —digo.

Se sienta.

—Bebe tu trago.

—No me gusta.

—Bébelo de todos modos.

Lo hace. Lo bebe todo y sostiene su vaso vacío. —¿Feliz?

Lo tomo, lo dejo a un lado y me encojo de hombros.

—¿Y ahora puedo irme? —pregunta.

—No.

Nos miramos a los ojos y sé que ella sabe lo que viene. Lo que quiero que suceda. Y tiene miedo.

Extiendo la mano, le tomo la nuca con una mano y la acerco para besarme.

Empuja contra mi pecho y mantiene los labios bien cerrados.

Me aparto, la miro, con mi mano todavía en su nuca, sujetándola por el pelo. Bebo mi *whisky* y le doy la vuelta, empujándola hacia mi hermano.

—No la beses en la boca.

Gregory asiente.

Ojalá pudiera ver su cara. Veo la de él. Y es tan indescifrable como siempre.

Toma un largo trago de su *whisky* antes de bajar su vaso y estirar la mano para colocarla donde estaba la mía. Él la atrae hacia él y ella empuja hacia atrás, más fuerte de lo que lo hizo conmigo. Toma un puñado de su pelo y, con la otra mano, desabrocha el botón superior de sus *jeans*.

Ella lo agarra del brazo, pero él tira de su cabeza hacia atrás, cerrando su boca sobre su garganta y ella deja escapar un sonido desesperado.

Gregory se aleja, con los ojos oscuros, escudriñando su rostro antes de devolvérmela.

—¿Qué haces? —pregunta, poniéndose de pie.

Yo también me levanto, sujetándola del pelo con una mano, bajándole la cremallera de los *jeans* con la otra y deslizándola mi mano dentro para acariciarle el coño.

Me acerco y froto una vez. —Solo quiero ver si estás mojada —susurro lo suficientemente alto como para que mi hermano lo escuche.

Gregory se levanta, va al carrito de licores y se sirve más *whisky* antes de volver a sentarse, con las rodillas abiertas, reclinado, con el brazo sobre el costado del sofá mientras bebe un sorbo, sin apartar los ojos de ella.

—¿Lo está? —pregunta.

Vuelvo a frotar, veo cómo sus ojos se abren de par en par, veo cómo el color enrojece sus mejillas. Sonrío.

—Oh, sí. Deberías sentirlo tú mismo.

Saco la mano y la empujo hacia mi hermano.

—Sebastian —empieza.

—Calla, chica Willow.

Se vuelve hacia mí. —¿Qué haces?

—Calla o te amordazaré y realmente me gustaría poder usar tu boca.

Gregory la agarra por la cintura de sus *jeans*, robándole la atención.

Ella deja escapar un pequeño grito cuando él tira de ellos y de sus bragas hasta la mitad del muslo. Sus ojos se posan en su coño desnudo por un momento antes de ponerse de pie y caminar hacia ella, cerrando su gran mano sobre su sexo.

Su respiración es corta y cuando él envuelve la otra mano alrededor de su nuca, la suelto y tomo mi propio vaso para terminar mi bebida antes de rellenarlo.

Los veo. Lo veo besarle la sien, la mejilla, la línea de la mandíbula, todo menos la boca. Lo veo frotar su clitoris. Veo cómo cambia su rostro, cómo abre la boca, cómo se empuja contra su mano.

Dejo mi vaso a un lado y me quito el suéter.

Greg la vuelve hacia mí y se inclina para quitarle los *jeans* y las bragas antes de levantarse

para sacarle el suéter por la cabeza, desabrochar el sujetador y desnudarla.

La atraigo hacia mí, la beso, acaricio su coño mientras Gregory se quita la camisa y le besa la nuca, la curva de su hombro, su espalda.

Recojo su cabello y lo levanto, inclino su cabeza para que su oreja esté cerca de mi boca. — Cuando te corras, solo te corres conmigo, ¿entiendes? Y solo me miras a mí.

Ella asiente, con los ojos muy abiertos.

—Desabróchame los *jeans* —le digo.

Lo hace, con sus dedos un poco torpes.

—Ahora sácame.

Ella mete la mano, toma mi polla y la saca, sus ojos hambrientos se clavan en los míos.

—Buena chica. Haz lo mismo con mi hermano.

Se da la vuelta, es un poco más indecisa con él.

Él se inclina, le aparta el pelo de la oreja y le acaricia la nuca. —No muerdo —susurra, tomando el lóbulo de su oreja entre sus dientes, sonriendo mientras contrarresta lo que acaba de decir.

Ella jadea, con las manos en su pecho, temblando mientras bajan por su abdomen para desabrocharle los *jeans*.

Envuelvo mi mano a su alrededor para frotar su coño, tomando su clítoris entre mi pulgar e índice y besando su hombro.

—Así es. Lo estás haciendo bien —digo.

Gregory tiene una sonrisa unilateral en la cara y espera pacientemente mientras ella le baja los *jeans* y mira hacia abajo a su polla lista. Lo toma y se lame los labios.

Le pongo una mano en el hombro y la empujo hasta que se pone de rodillas, ella abre la boca y lo toma y Gregory le pone una mano en la parte superior de la cabeza como si la estuviera bendiciendo.

Él cierra los ojos y deja salir un suspiro.

Me muevo para sentarme en el sofá, recogiendo mi *whisky*, bebiendo, viéndola chupar su polla, viendo cómo él ahueca la parte posterior de su cabeza y la retiene mientras empuja más profundamente.

Ella se resiste, empujando contra sus muslos.

La mano de Gregory empuña su cabello y la mantiene en su lugar.

—Tranquilo, hermano. La mía es la primera polla que chupó.

—Entonces, es *casi* virgen —dice Gregory, saliendo de su boca, sentándose en el sofá y recogiendo su bebida.

Helena permanece arrodillada entre nosotros.

—No la haces correrse a menos que yo diga —le digo a Gregory—. Y no la besas en la boca. Jamás.

—Entendido. —Deja su bebida—. Levántate —le dice.

Helena me mira y yo asiento. Se pone de pie.

—Ahora ven aquí.

Obedientemente, ella se acerca a él.

Él la agarra por las caderas y la acerca más, usando sus pulgares para abrir los labios de su coño mojado. Inclina la cabeza y lame y ella jadea y agarra sus hombros para permanecer de pie.

Con un tirón, la tiene sentada a horcajadas sobre él, con las rodillas a ambos lados de sus muslos. Se lleva un pezón a la boca y ella sigue sosteniéndose con sus hombros, mirando la parte superior de su cabeza y un momento después, él se echa hacia atrás para mirarme.

—Folla su coño. Quiero su culo.

Me levanto, me muevo detrás de ella y envuelvo su cabello alrededor de mi puño, la giro para mirarme, la beso mientras mi hermano la tira hacia abajo, y en el momento en que se enfunda sobre ella, le robo la exhalación, me la trago.

—Es estrecha, hermano —dice Greg, con voz ronca.

—Lo es. Estrecha y mojada. —Amaso su pezón, girándolo entre mis dedos. Cuando su respiración se entrecorta, lo aprieto—. Si te corres en su polla, te castigaré, ¿entiendes?

Ella asiente con la cabeza y Greg sonríe.

Desaparezco en la cocina, vuelvo un momento después con la botella de aceite de oliva y me quito los *jeans* y los calzoncillos.

Gregory la sujeta por las caderas y cae de rodillas en el suelo.

Me arrodillo detrás de ella, escuchándola mientras froto aceite de oliva por toda mi polla y sé que le cuesta mucho no correrse ahora mismo. Puedo oírlo en la forma en que respira, en los sonidos húmedos de su coño.

—Pronto, Helena —digo.

Vuelve la cabeza hacia atrás y me besa. —No puedo. Por favor.

Niego con la cabeza. —Será mejor que no lo hagas. —Con eso, cierro mi boca sobre la suya y unto aceite de oliva en su pequeño culo apretado.

Ella lloriquea. Suplica de nuevo.

—Carajo, se va a correr —dice Greg—. Puedo sentirlo.

Le doy una palmada en el culo a Helena mientras le meto un dedo resbaladizo en él.

—¿Estás lista para tomarnos a ambos?

Asiente porque está al límite.

Se inclina un poco hacia adelante, ofreciéndome su culo mientras agarra los hombros de Greg.

Presiono un segundo dedo para esparcir el aceite dentro de ella. Miro a mi hermano, le doy un gesto con la cabeza y él se retira y cuando lo hace, empujo hacia adentro y ella grita de dolor, o de placer, o de ambos.

Greg le acaricia la cara, la observa un momento antes de girarla, besando su cuello justo debajo de la oreja mientras empujo más profundo, y ella grita de nuevo, su culo apretado estrechándose en mi polla.

—Déjame entrar, Helena. Relájate.

Estiro la mano, froto su clítoris empapado y un momento después, ella tiene su primer orgasmo y empujo mientras lo hace, y ella echa su cabeza hacia atrás sobre mi hombro y veo sus uñas clavándose en los hombros de mi hermano y sus ojos están cerrados y se está viniendo tan fuerte que no podré aguantar por mucho tiempo.

—Joder.

Estoy completamente dentro y me mantengo allí durante un minuto, disfrutando del ceñido apretón de su culo antes de retirarme un poco mientras Greg empuja dentro de su coño.

Helena se está desmoronando, suplicando más, suplicando que nos detengamos, aferrándose a Gregory, buscándome y la follamos duro y rápido y nunca está vacía, no hasta que ambos nos corremos dentro de ella, su coño y su culo tensos, tomándonos a los dos, estremeciéndose con su propio orgasmo hasta que se desploma hacia adelante sobre el hombro de Gregory, sus brazos caen a los costados, flácidos e inútiles.

HELENA

Gregory se retira primero y cuando lo hace, siento que la ráfaga de semen, suyo y mío, se desliza fuera de mí.

Parpadeo, su mirada es intensa, muy intensa.

Es hermoso cuando se corre. Sus ojos se suavizan. Es la única vez que lo hacen.

Lo vi, solo un poco. Sé que Sebastian dijo que solo lo mirara a él, pero tenía que hacerlo.

Sebastian se desliza fuera de mí y tengo que aferrarme a Gregory cuando lo hace. Estoy muy sensible ahora mismo. Todo palpita y sé que, si me tocan de nuevo, estallaré.

Me doy la vuelta en los brazos de Sebastian, me encuentro con sus ojos mientras se pone de pie y me levanta con él. No puedo leerlo. Nunca puedo leerlo. Vuelvo mi cara en su pecho, la piel suave sobre el músculo duro. Inhalo su aroma, siento su fuerza mientras él, sin decir una palabra, camina hacia las escaleras y comienza a subirlas.

Cuando abro los ojos, es para mirar hacia atrás y ver a Gregory allí, mirándonos.

Su mirada se encuentra con la mía y la sostiene, solo por un momento, antes de desviarla y salir, y todo lo que puedo pensar es que está solo. Incluso después de esto, sigue solo.

Sebastian me lleva a su habitación, me acuesta en su cama.

Empiezo a levantarme. —Necesito ducharme.

Sacude la cabeza, se desliza a mi lado. —Me gusta el olor del sexo en ti. Me gusta saber que mi semen todavía está dentro de ti.

Me inclino, lo beso, pero él retrocede.

—Lo sé —dice.

—¿Sabes qué?

—Sé que miraste hacia atrás. Lo miraste.

Él lo ve todo.

—Y lo miraste cuando te corriste.

—Quería verlo correrse. Es hermoso. Como tú.

Y solitario, me parece.

Eso me parece cada vez más.

Sebastian no dice nada, y me siento, apoyando la espalda contra la cabecera y el dolor me recuerda cómo me tomó. Cómo me tomaron ambos.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunto.

Él escudriña mis ojos, y yo, los suyos.

—Follar —dice, su tono es más duro. Se levanta y va al baño. Oigo correr el agua y vuelve un momento después secándose. Permanece de pie.

—No se trata solo de follar.

—¿Qué es entonces?

—No lo sé. Está solo, Sebastian.

—¿Quieres ir con él?

—No.

—Bien.

—Pero está solo.

—Lo miraste cuando te corriste.

No respondo, pero lo que veo en sus ojos refleja mi propia confusión. Como si estuviera desgarrado de alguna manera.

—¿Por qué lo miraste?

—Quería ver.

Su frente se arruga, está tratando de entender.

—Castígame —digo.

Permanece quieto por mucho tiempo.

—Castígame por eso.

Parece que lo analiza durante mucho tiempo hasta que finalmente asiente y se sienta en el borde de la cama.

—Ven aquí, Helena.

Me deslizo fuera de la cama y me acerco a él, me paro entre sus rodillas. Me toma de las manos, me mira durante mucho tiempo y siento que las lágrimas se acumulan detrás de mis ojos. Sin embargo, no sé por qué.

Lo que hicimos, él lo quería. Yo lo quería. Pero esto, él mirándome así, Sebastian el más cruel y el más tierno. No entiendo mis sentimientos por él. No entiendo esta confusión de emociones, esta guerra dentro de mí.

—Castígame —repito, las lágrimas me calientan la cara.

Me atrae sobre su regazo para que mi torso descansa sobre la cama y mis piernas cuelguen de sus muslos. Cruza sus piernas para atrapar las mías entre las suyas y lleva mis dos muñecas a una de sus manos a la parte baja de mi espalda. Luego frota una mejilla, después la otra y cuando golpea la palma de su mano sobre una, jadeo y creo que necesito esto.

Es una limpieza. Una especie de arrepentimiento.

Y tal vez él también lo necesita.

Baja la mano una y otra vez, dos en una mejilla y dos en la otra, y duele más de lo que creo que debería y, aunque no quiero luchar, aunque quiero tomarlo, todavía tiene que apretar las piernas para mantener las mías atrapadas y la mano que me agarra las muñecas es firme, solo cuidadosa de los hematomas.

Las nalgadas son ruidosas. Más ruidosas que mis gritos, que son más bien quejidos.

Me muerdo el labio para tomarlo y no sé si cuando lloro es porque me duele o porque lo necesito, necesito dejar salir las extrañas emociones que tengo dentro.

Y sé que cuando me castiga, no es solo por querer a su hermano, o por verlo correrse, o por dejar que me vea.

Es porque él también quería esto. Porque me entregó a su hermano.

Cuando estoy muy cansada para luchar más y mis brazos y piernas se ponen flojos, se detiene.

—¿Es suficiente?

Asiento.

Estoy agotada y solo quiero que me abraze y cuando me levanta para acunarme contra él,

pongo mi cara en su pecho y lloro. Dejo salir sollozos profundos y tranquilos. No entiendo el motivo. No entiendo todas estas emociones confusas.

Cuando finalmente ha terminado, me enderezo, me siento y él sigue mirándome. Con sus manos a cada lado de mi cara, usa sus pulgares para secar mis lágrimas antes de besarme. Y cuando ahueca la parte posterior de mi cabeza, su toque es suave.

—Eres mía. Incluso cuando él te folla, eres mía.

Asiento. —Ya lo sé. Lo sé.

Está duro, lo siento entre mis piernas y cuando levanta mis caderas y me baja sobre él, todo lo que puedo hacer es aferrarme a él, nuestros ojos fijos, cerca, tan cerca.

Esta follada no es urgente. Es él reclamándome, follándome donde su hermano me acaba de follar. Donde su hermano acaba de correrse dentro de mí. Me folla profundo y lento, y cuando se corre, le toco la cara y lo miro. No puedo apartar la mirada y no me corro. Solo lo veo y lo que siento es retorcido. No tiene sentido.

Cuando permanece quieto y me sostiene, paso mis dedos por su cabello.

—Eres hermoso —digo.

Él sonríe un poco y cuando dormimos esa noche, ambos estamos aferrados el uno al otro, desnudos, la habitación huele a sexo, a nosotros, el suave latido de su corazón me adormece, su delicado aliento en la parte superior de mi cabeza, sus brazos me rodean, me envuelven.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, SON CERCA DE LAS ONCE CUANDO ME LEVANTO. DESPUÉS DE UNA ducha, bajo las escaleras, tratando de ignorar el recuerdo de la noche anterior en mi cabeza.

No sé lo que siento. Un poco avergonzada por todo. Con un poco de resaca por el vino y el *whisky*. Muy sensible por la follada.

Las nalgadas no fueron un castigo en absoluto. Fue una purga.

Me siento diferente esta mañana, pero no es más ligera. Recuerdo lo que me dijo Gregory cuando me trajeron de vuelta a la isla. Que solo éramos nosotros ahora. Que las cosas estaban cambiando.

No puedo pensar en la ocasión en la que Sebastian me entregará a Gregory. Cuando perteneceré a Gregory. No creo que pueda soportarlo, Sebastian aquí con nosotros, pero yo, lejos de él. No en su cama. Ni en sus brazos.

Esto que siento no tiene sentido, porque estar con ellos anoche, me gustó. Estuvimos cerca. Muy cerca. Y luego, Sebastian y yo...

Estoy tan confundida y la palabra que sigue apareciendo, esa palabra para describir lo que siento, no puede ser cierto.

Niego con la cabeza.

En este momento, solo tengo que concentrarme en cómo voy a superar la mañana. Cómo voy a ver a Gregory a los ojos.

Pero en el momento en que salgo, encuentro una nota dirigida a mí sobre el plato en mi lugar. Lo cojo, lo despliego.

Helena:

Gregory y yo estaremos fuera de la isla para una cita. Estás sola por el día. Tenemos una fiesta esta noche. Necesito que estés lista a las ocho en punto para una cena tardía. El vestido se enviará más tarde hoy. Lleva el cabello recogido.

S.

Bien. Supongo que me siento aliviada, al menos por el momento.

Desayuno tranquilamente y paso la tarde nadando y leyendo. Incluso me duermo junto a la piscina y para cuando llegan las siete, estoy un poco aburrida, así que subo las escaleras para prepararme.

El vestido es un bonito vestido blanco, largo hasta el suelo, sin tirantes, con una falda fluida y una larga abertura que llega un poco más arriba de la mitad del muslo. En el cuerpo y parte de la falda hay mariposas en varios tonos de turquesa y azul marino, algunas con las alas abiertas, otras descansando, todas hermosas.

Las sandalias de tacón alto que vienen con el vestido son tan cómodas como esperaba, y todo el atuendo es hermoso, incluyendo los pendientes de diamantes y la pulsera que van con ellas.

Por primera vez en lo que parece una eternidad, me maquillé, delineé mis ojos con negro y me arreglé el cabello en un elegante moño. Me veo diferente a lo habitual. Más grande y sofisticada.

Bajo las escaleras con la esperanza de tomar una copa para calmar mis nervios porque sigo pensando en lo de anoche.

La sala de estar está oscura y no enciendo ninguna luz, pero en el momento en que tomo la botella de vodka, alguien se aclara la garganta detrás de mí.

Mi espalda se endurece y me sobresalto.

Se me pone la piel de gallina y mis pezones parecen endurecerse en la habitación repentinamente fría.

Antes de que pueda moverme, Gregory está detrás de mí. Me quita la botella y me sirve un vaso.

—¿Hielo?

Niego con la cabeza. Huelo su loción para después del afeitado y está tan cerca que puedo sentir su aliento en mi nuca desnuda.

Me tiende el vaso.

—Gracias —digo, tomándolo, sus dedos calientes contra los míos.

Me sorprende cuando se aleja, volviendo a su asiento. Me doy la vuelta y me quedo donde estoy. Necesito la distancia.

Deja que su mirada me recorra. —Te ves bien.

—Gracias.

—¿Tuviste un buen día? —pregunta, haciendo girar el líquido ámbar en su vaso.

Asiento. Bebo un gran trago. Casi me ahogo.

Debe notarlo porque se ríe. —¿Te pongo nerviosa, Helena?

No me llamó chica Willow. Eso es bueno, ¿no?

—No —digo.

—¿Segura?

Asiento. —¿Dónde está Sebastian? —pregunto.

—Ven aquí —dice en lugar de responderme y da palmaditas en el asiento a su lado.

—Estoy bien.

—Ven aquí. —Su tono vuelve las palabras en una orden y voy. Me siento a su lado—. No te preocupes, no puedo tocarte cuando Sebastian no está en la habitación.

—¿Es por algún tipo de acuerdo que tienen?

—Sí.

—Me alegra que me hayan preguntado.

—¿Por qué tendríamos que preguntarle a nuestra chica Willow?

Ah. Ahí está.

—*Mi* chica Willow —retumba la voz de Sebastian.

Me sobresalto y jadeo.

Sebastian está de pie en la entrada de la habitación usando un esmoquin.

—*Tu* chica Willow —dice Gregory, poniéndose de pie. Sin embargo, no parece desconcertado.

—No lo olvides, hermano.

—Nunca me dejarías, hermano.

Me levanto también. —¿Cuál es la fiesta?

—Algo que organiza Gallo.

—¿Joseph Gallo? ¿Por qué vamos? Ni siquiera te agrada.

—No confío en él. Agradar no tiene nada que ver con eso.

—Entonces, ¿por qué vamos?

—Porque nos invitó.

—¿Por qué tengo que ir yo?

—Porque te ves bonita de mi brazo. Vámonos.

Extiende su mano.

Voy hacia él, la tomo. En la puerta, me pone un abrigo alrededor de los hombros que hace juego con el vestido.

—Luces preciosa.

—Gracias.

Salimos al barco, y esta noche viajo en el interior mientras los hermanos van afuera, Gregory fumando un cigarrillo. Me trae recuerdos de la noche en que Lucinda me secuestró, así que aparto la mirada.

Pero cuando atracamos en el mismo lugar donde Sebastian y yo vinimos cuando tuve que firmar ese estúpido libro de contabilidad, dudo.

—¿Dónde es la fiesta?

—En nuestra propiedad —dice Sebastian, obviamente esperando para decírmelo hasta el último minuto.

—No quiero ir allí. —Me alejo de él.

Gregory hace un ruido y baja del barco hacia el muelle.

—Ambos estamos aquí contigo, Helena. No va a pasar nada.

—Por favor. No creo poder.

Sebastian me toma la mano, la mantiene con fuerza en la suya. —Te prometo que no voy a permitir que te pase algo.

—No tengo opción, ¿verdad?

No responde. No tiene que hacerlo.

Con Gregory a un lado y Sebastian al otro, nos dirigimos al edificio y me pregunto cómo Lucinda y Ethan me trajeron sin que nadie viera. Hay que caminar un poco desde el muelle.

A medida que nos acercamos, me dan más náuseas, y cuando subimos las escaleras, Sebastian tiene que arrastrarme hacia arriba.

Las puertas se abren a un espacio bellamente iluminado y a la suave música de ópera que se escucha en el fondo.

La reunión es pequeña, tal vez cuarenta personas, y colocaron con formalidad una larga mesa de comedor. El dorado y el blanco son aparentemente el tema y reconozco a la recepcionista que nos recibió la última vez.

Acabamos de tomar tres copas de champán de un camarero que pasaba cuando Joseph Gallo se dirige hacia nosotros.

Me pongo rígida y deslizo mi mano en la de Sebastian.

Él la aprieta.

—Sebastian. Gregory —dice, estrechándoles la mano, sonriendo ampliamente—. Y Helena. Es un placer volver a verte.

No le ofrezco mi mano.

—Helena, ¿por qué no vamos a buscar algo de comida? —dice Gregory, tomándome del brazo.

Miro a Sebastian, pero tiene los ojos fijos en Gallo.

—Vamos —dice Gregory.

Lo dejo que me lleve. Me vuelvo hacia él y parece relajado, toma un canapé y lo mastica, reemplazando su copa de champán ya vacía por algo más fuerte.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Gallo tiene la única llave de esa habitación en la que Lucinda te puso.

—¿Él lo sabía?

—Posiblemente más que eso. Observa con atención.

Lo hago. Puedo ver desde aquí al hombre mayor perder la calma, nervioso tal vez por primera vez en su vida. Sebastian se mantiene erguido, orgulloso y poderoso, una fuerza que se debe tener en cuenta.

—¿Crees que sabe dónde están Lucinda y Ethan?

—No estoy seguro —dice Gregory, comiendo otro bocado de algo.

—¿Cómo puedes comer en este momento? —pregunto, volviéndome hacia él.

Encoge los hombros. —Tengo hambre.

Se nos acerca una mujer, es mayor, pero muy hermosa y elegante, y miro a Gregory, que parece poner los ojos en blanco.

—Jacqueline, te ves encantadora, como siempre —dice, tomando la mano que le ofrece y besándola.

La mujer sonríe, ladea la cabeza y me mira de reojo. Pero ella no está interesada en mí.

—No te veía desde hace mucho tiempo, Gregory. Te he echado de menos.

—He tenido una huésped, esta es Helena Willow. De los Estados Unidos.

—Oh. Encantada. —Puedo ver en su rostro que es todo lo contrario. Ella se vuelve hacia Gregory y sigue sus ojos hacia Sebastian y Gallo. Sonríe—. Tu hermano se ve excepcional. Iré a saludarlo, ya que pareces ocupado con tu huésped.

Gregory la agarra del brazo. —Yo no haría eso ahora.

Ella lo mira, confundida por un momento. Él le dedica una sonrisa.

—Te veré más tarde esta noche, Jacqueline.

Con eso, la despide, y yo me vuelvo hacia él. —¿Te la follas o algo así? ¿No es un poco mayor para ti?

—Algunos podrían decir que eres un poco joven para mí.

—Solo soy unos años más joven que tú.

—Ella solo es unos años mayor.

—Además, no soy *para* ti.

Se inclina hacia mí y me acaricia el trasero. —No recuerdo que me alejaras cuando estabas corriéndote sobre mi polla anoche.

Odio que su comentario me ponga nerviosa, que me deje sintiéndome avergonzada y perdida.

—¿Por qué te dio unas nalgadas? —pregunta, su expresión cambia, poniéndose serio.

Me siento enrojecer. De nuevo.

—Las nalgadas son ruidosas. Tengo oídos —dice.

—No es asunto tuyo.

—Dímelo de todos modos.

Miro sus ojos oscuros, tan parecidos a los de Sebastian y a la vez tan diferentes. —Le pedí que lo hiciera.

—¿Por qué?

—Porque te miré cuando me corrí.

Guarda silencio, está considerándolo. Supongo que no espera que sea tan directa como él puede serlo. —¿Por qué lo hiciste?

Niego con la cabeza, me encojo de hombros y miro el centro de su pecho por un segundo. —No lo sé. Era justo donde yo estaba mirando.

—Mentira.

Muevo mi mirada a sus ojos. —¿Qué quieres que diga?

—La verdad.

—¿Y cuál crees que es?

—Te gusta que te vea. Te gusta mirarme. Y te gusta que te follemos los dos.

No sé cómo responder a eso. Después de todo, es la verdad. Gregory dice la verdad.

—La diferencia es que duermes en su cama —dice.

—Soy suya.

—¿Por qué tienes que serlo o porque quieres serlo?

—Ambos.

—¿Y qué hay de mí? ¿Y como me miras?

Su mirada se desplaza hacia algún lugar más allá de mí, y me doy vuelta para encontrar a Sebastian acercándose con Gallo a cuestas. Nos mira a ambos antes de indicarle a Gregory que debemos seguirlo, y me salvo de tener que responder.

Sebastian y Gallo se adelantan a nosotros subiendo las escaleras y Gregory sigue con su mano en la parte baja de mi espalda.

Cuando llegamos a la oficina de Gallo, abre la puerta y todos entramos. Se mueve detrás de su escritorio y abre un cajón. De su interior saca un CD o DVD. Sebastian lo toma y se lo guarda en el bolsillo.

—¿Hay copias?

—No.

—¿Lo viste?

Gallo me mira, niega con la cabeza.

Sebastian se acerca al hombre mayor, lo toma por el cuello y lo levanta.

Teniendo en cuenta todo lo que he pasado con Sebastian, esto es lo más violento que lo he visto y es sorprendente.

—Te tiraré por la puta ventana si descubro que tuviste algo que ver con esto.

—No lo hice. Te lo dije. Fui yo quien te dijo dónde estaba, ¿recuerdas?

¿Lo hizo?

—Eso no prueba tu inocencia.

—¿Cuántas veces quieres que lo diga? Le pregunté a la chica y me dijo que Lucinda le había pedido una copia de la llave para guardarla. Ella no conocía mejor a tu madre...

—Madrastra.

—Tu madrastra puede ser persistente. Solo me molesté en mirar el video cuando me di cuenta de que faltaba mi llave.

—Llevas tus llaves contigo.

—Esa no. No es necesario. Nadie baja allí.

—Bien.

Sebastian suelta al hombre mayor y este se tambalea hacia atrás, se endereza y se ajusta el cuello.

—Sal de aquí —dice Sebastian.

Observamos cómo Gallo se va, cerrando la puerta detrás de él.

—Realmente quería verte tirarlo por la ventana —dice Gregory. Está sentado en una de las sillas, casual, con el tobillo cruzado sobre la otra rodilla.

Sebastian se apoya en la parte delantera del escritorio, cruza los brazos y mira de Gregory a mí.

—¿De qué hablaban ustedes dos abajo?

—Nada —digo muy rápido.

Entrecierra los ojos. Sabe que estoy mintiendo.

—Le preguntaba por qué le diste unas nalgadas anoche.

—¿Qué? —Comienza Sebastian, sin sonar sorprendido—. ¿Te masturbaste al pensarlo, hermano? —pregunta, dando un paso hacia Gregory.

—No fue necesario —dice Greg, poniéndose de pie y dando un paso hacia su hermano para que estén frente a frente—. Ya estaba satisfecho.

—Debería tirarte a *ti* por la puta ventana. —Sebastian agarra la camisa de Gregory.

—Me gustaría verte intentarlo. —La respuesta de Gregory coincide con la de Sebastian y los dos dan la vuelta en círculo.

—¿Qué hacen? —pregunto, tratando de interponerme entre ellos—. ¿Tienen algún tipo de concurso de mear?

Ninguno me mira y yo pongo una mano en cada uno de sus puños.

—¿Necesitan marcar su territorio o algo así? —Continúo, intentando separarlos.

—Ya establecimos territorio —dice Sebastian, sus ojos en su hermano.

—Yo también pensé que ya lo habíamos hecho —dice Gregory—. Pero sigues incumpliendo nuestro acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —pregunto.

Nada.

—¿Qué acuerdo? —pregunto nuevamente.

Por un momento, creo que van a pelear, y creo que sí, uno de ellos tirará al otro por la ventana.

Pero entonces Gregory dice algo en italiano y Sebastian exhala.

Me mira momentáneamente porque lo que Gregory acaba de decir disipa las cosas.

Se liberan y me encuentro exhalando.

—¿Qué acuerdo? —Vuelvo a preguntar un momento después.

—Tú, Helena —responde Greg, mirando a su hermano—. Tú eres el acuerdo.

SEBASTIAN

Miro a Helena, luego a mi hermano y en ese momento lo odio. Lo odio por lo que propuso. Porque hay una salida. Una forma de que Helena sea mía. Para que esto termine sin romper la tradición. Sin consecuencias para la próxima generación de hijos Scafoni.

Pero eso no me agrada. De ninguna manera. Incluso si ella estuviera de acuerdo, no lo permitiría.

Sin embargo, mi polla se pone dura al pensarlo. Esa es la parte más enferma de esto. Y mi hermano lo sabe.

—¿Qué dijo? —Tiene sus manos en las solapas de mi chaqueta.

Cuando no respondo, sino que mantengo la mirada en mi hermano, ella se vuelve hacia él.

—¿Qué dijiste? —le pregunta.

La mirada de Gregory me está lanzando dagas.

¿Lo quiere? ¿Quiere eso para ella?

—Nos vamos —le digo, tomándola del brazo. Tropieza cuando la conduzco hacia la puerta.

Mira a Gregory una vez que estamos en el pasillo y eso me molesta.

Me detengo.

—¿Quieres volver? —pregunto, dándole una sacudida.

—No. Por Dios. ¿Ni siquiera puedo mirarlo sin que pienses que lo quiero?

—Lo conozco, Helena.

—Son hermanos, Sebastian. Eso significa algo porque, por lo que puedo ver, se necesitan el uno al otro.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo.

Bajamos las escaleras sin que se caiga y cuando estamos afuera, se detiene.

—Al menos déjame quitármelos.

Se agacha para quitarse las sandalias. Como zapatillas de cristal. Como si fuera Cenicienta.

Cuando volvemos al barco, me detiene. —No puedes dejarlo allí.

—Volverá. Siempre lo hace. Simplemente no logro deshacerme del hijo de puta.

—Sebastian, no lo dices en serio.

—¿Cómo sabes que no es en serio? —grito. El aspecto de su cara es aturdido y me paso la mano por el cabello, inhalo profundamente—. Mierda. —Niego con la cabeza—. Entra y siéntate. Dame algo de espacio. Necesito calmarme.

Para mi sorpresa, hace lo que le dije y entra. Sin embargo, es probable que sea el frío tanto como cualquier otra cosa. Debe haber dejado caer su abrigo cuando estábamos en la oficina de Gallo.

Antes de Helena, Gregory y yo no peleábamos. No éramos mejores amigos ni nada, pero no

peleábamos. No así. Esto de la chica Willow, está abriendo una brecha entre nosotros y es como un eco de las palabras de Lucinda durante la noche de la cosecha.

Es la historia repitiéndose.

Ocurre en todas las generaciones.

Cuando finalmente volvemos, Helena sube las escaleras y yo salgo al patio. Después de quitarme la chaqueta y la pajarita, apilo leña en el fuego y la enciendo antes de sentarme con mi *whisky*. Miro la silla vacía de mi hermano.

Helena regresa unos minutos más tarde con *jeans* y un suéter de manga larga. Está descalza y cuando se sienta, se mete las rodillas debajo de sí misma.

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Tienes razón. Somos hermanos. Y estoy permitiendo que esto se interponga entre nosotros.

—Esto. Yo.

Asiento. Bebo. Le ofrezco mi bebida.

Niega con la cabeza.

—Simplemente creo que está solo, Sebastian. Creo que está solo.

—Ustedes dos son amigos.

—No es así. Al principio pensé que era un idiota. Quiero decir, todavía lo es, la mayor parte del tiempo. Pero cuando hablo con él, también creo que se siente solo. No lo sé, tal vez me equivoco.

No se equivoca. Lo sé.

El sonido de pasos que se acercan rápidamente nos alerta a ambos de su llegada.

Miro hacia arriba para encontrar a Gregory con la corbata desabrochada, la frente arrugada y sosteniendo el abrigo de Helena. Se ve extraño en su mano, el femenino y bonito abrigo de cachemir.

Tomo el *whisky* y le sirvo un vaso.

Helena se levanta, toma el abrigo de Gregory.

—Subiré y los dejaré hablar.

—Quédate —digo.

Mi hermano toma su vaso y se sienta.

Helena nos observa, se sienta en medio con la espalda cerca del fuego. Sus pequeñas uñas de los pies están pintadas de un rosa apagado. Me pregunto cuándo hizo eso.

Pasan unos minutos antes de que empecemos a hablar. Ambos miramos al fuego, no al otro, ni a Helena. Y ninguno de nosotros menciona lo que acaba de pasar. Lo que ha estado sucediendo desde hace un tiempo.

—¿Le crees a Gallo? —pregunta Gregory.

—No lo sé. Tiene sentido que Lucinda intimidara a la chica para que le diera una copia de la llave. Solo me pregunto qué habría sucedido si no se hubiese dado cuenta de que faltaba su llave en primer lugar. ¿Qué habría sucedido si la chica la hubiera devuelto y él nunca se hubiera dado cuenta?

Desde mi periferia veo que Helena me está observando. Sabe de lo que estoy hablando.

—No creo que tuviera la intención de matarla —dice Gregory. Se vuelve hacia Helena—. Lo siento.

—Quién sabe con ella. Está lo suficientemente loca y no tenía nada más que perder. No después de intentar dispararme.

—Quitarte del camino antes de que compartieras tu información y desenmascararas a Ethan. De que eliminaras cualquier derecho que él tenga sobre la herencia Scafoni.

—No lo iba a desenmascarar. Ese era el punto, por eso fui a verla en primer lugar.

—Sí, bueno —comienza Gregory, vaciando su vaso—. Lucinda tiene historia con las chicas Willow.

Helena se estremece.

Me vuelvo hacia Greg, coloco mi mano sobre su hombro. La siguiente parte la digo en italiano. No quiero que Helena lo entienda. —Estoy de acuerdo con lo que acordamos. No quiero que vuelvas a sugerir la alternativa.

Helena se anima, su frente se arruga molesta.

Gregory asiente y bebemos un segundo vaso.

Miro a Helena.

—Quiero ver —digo.

Su piel se sonroja y su mirada se dirige a Gregory, que está mirando el fuego.

—Las mismas reglas. Sin besos en la boca —le digo a Greg, luego me dirijo a ella—. Y si te corres, te castigaré. —Sé que no es justo, pero no me importa.

Su garganta funciona mientras traga, y Gregory toma un sorbo más antes de ponerse de pie. Helena lo mira y me gusta esta diferencia de tamaño. Es tan pequeña junto a nosotros. Tan frágil.

Él extiende su mano.

Ella la estudia durante un largo minuto antes de colocar la suya más pequeña dentro y levantarse para pararse sobre sus pies descalzos.

Greg la lleva a la mesa larga.

Me recuesto en mi silla, cruzo un tobillo sobre la otra rodilla.

Él empuja ruidosamente una silla fuera del camino y tira de Helena para que se pare frente a ella. No se molesta en desnudarla, solo empuja su suéter hacia arriba, desliza las copas del sujetador debajo de sus tetas y arrastra sus uñas por ellas antes de girarla para que esté frente a mí y la empuja para que se incline sobre la mesa.

Luego, sin ceremonias, le baja y le quita los *jeans* y las bragas, y empuja su rodilla con una de las suyas para que separe las piernas.

Ella se sale de los *jeans* y las bragas y obedece, y él la mira y sé lo que ve. Su culo perfecto; redondo y completo, sus largas y delgadas piernas.

Antes de tocarla, se quita la chaqueta y la arroja sobre el brazo de la silla que acaba de apartar, luego se quita la corbata y la deja caer encima. Se desabrocha los botones superiores de la camisa y la saca de los pantalones antes de desabrocharse el cinturón, dejándola abierta mientras separa más sus rodillas y se coloca entre ellas, se inclina sobre ella durante un momento, tomando sus brazos y estirándolos hacia ambos lados.

Ella gira la mejilla y él la besa primero allí, luego en el cuello.

—Tus ojos en mi hermano —susurra lo suficientemente alto como para que lo escuche.

Ella hace lo que él dice, y sostengo su mirada azul medianoche, con mi polla dura cuando ella se lame los labios, anticipándose.

Va a ser muy difícil para ella no correrse.

Gregory se endereza, pone sus manos en su culo y la abre. La mira, y me lo imagino viendo su culito bonito, su coño que, por la mirada en su rostro, ya está mojado. Él pasa sus dedos sobre su clitoris a través de su coño y si conozco a mi hermano, está untando sus jugos en su culo.

Helena se mueve de un pie a otro y arquea la espalda. Agarra los lados de la mesa.

—Recuerda, Helena. Si te corres, serás castigada.

Hace un sonido, asiente, aparta la mirada por un minuto.

—Lo sabremos —agrego, en caso de que ella piense que no lo haremos.

Gregory resopla, se desabrocha los pantalones y envuelve su polla con su mano.

Veo su cara mientras él la unta con sus jugos, frotándose contra su clítoris, su coño, su culo, y sé en el instante en que se desliza en su coño y me cuesta mucho no agarrar mi propia polla y bombearla mientras veo a mi hermano follarse a mi chica Willow.

Al principio se mueve lentamente, sacando cada embestida, haciendo que arquee la espalda y gima cada vez que se retira.

Gregory la mantiene abierta y está viendo cómo su polla desaparece en ella, observándola estirarse para tomarlo. Bombea así durante unos minutos, bajo y profundo, antes de deslizar una mano debajo, haciéndola lloriquear cuando toma su clítoris y lo frota mientras la folla con más fuerza.

Me pongo de pie, me desabrocho los botones superiores de la camisa, me ajusto los pantalones. Me acerco a ella, me inclino, tomo su nuca y la acaricio.

Su respiración es irregular y el sudor se ha acumulado en su frente y le sonrío. —Recuerda, cariño, no te corras.

—No es justo —dice y aprieta los ojos cuando Greg le da una palmada en el culo.

Me enderezo y contemplo la vista de él follándola, de su polla estirándola, una mano sosteniéndola en su lugar, el pulgar de esa mano ahora rodeando su culo.

—Su culo no —digo. Es mío.

Él me mira, asiente, y vuelvo a dirigir mi mirada al rostro de ella, y escucho el sonido familiar que hace cuando se corre. Ella se corre en la polla de mi hermano y él la folla más fuerte por eso y un momento después, él también se corre, metiéndose profundamente en ella, vaciándose dentro de ella, llenando a mi chica Willow.

—Lo siento —comienza ella, mirándome—. Lo siento.

Pongo mi mano sobre su cabeza, presionando su mejilla hacia abajo.

Gregory se retira, mete su polla en sus calzoncillos y se cierra los pantalones. Ambos vemos cómo el semen gotea de su coño y por sus muslos y, mierda, estoy jodidamente duro.

—Lo siento —intenta de nuevo.

Miro a Greg, luego a ella.

—¿Qué vamos a hacer contigo, chica Willow?

HELENA

Me quedo como estoy, inclinada sobre la mesa, desnuda de la cintura para abajo, y casi de la cintura para arriba. Siento que el semen gotea por mis muslos mientras están detrás de mí mirándome.

—No fue realmente justo —repito, sin mirar atrás, sabiendo que no importa. Él sabía que me correría.

—Shhh. —Sebastian se vuelve a sentar—. Quédate ahí —me dice.

Greg coge su bebida y lo sigue para sentarse y toma un sorbo.

—Me siento responsable —le dice a Sebastian.

Me da la espalda, pero casi puedo escuchar la sonrisa engreída en su voz.

—No fue justo —vuelvo a intentarlo desde mi lugar en la mesa, la brisa nocturna enfría mi culo desnudo.

—La vida no es justa —dice Gregory.

—¿Cómo me vas a castigar?

—Voy a dejarlo en manos de mi hermano —dice Sebastian.

Gregory se vuelve hacia mí con una sonrisa en su rostro. —Pensaré en algo especial.

Mi mirada se ve interrumpida por la orden de Sebastian. —Ve a tu habitación, Helena.

Me sorprende esto y me desanima un poco que me despidan como a una niña.

—Ahora. Necesito hablar con mi hermano a solas.

Los miro a ambos y supongo que debería estar agradecida de que me haya dejado ir. Aunque un vistazo a Gregory me dice que mi castigo no será olvidado.

Sin una palabra, me voy.

—Helena —dice Sebastian, deteniéndome cuando llego a la puerta.

Me vuelvo.

—Prepárate para mí para cuando suba.

Me muerdo el labio, asiento y subo las escaleras. Realmente no pensé que no me iba a follar esta noche, ¿verdad? Y, sinceramente, ¿no quiero que lo haga?

Lo primero que hago es ducharme y me tomo mi tiempo. Antes de acostarme, recupero el diario de la tía Helena de debajo del colchón y releo esos pasajes finales.

Cuando tenga la oportunidad, tendré que volver al mausoleo y ver si puedo encontrar la puerta que conduce a la habitación de abajo. No sé qué encontraré, no sé por qué es importante, pero lo es.

Lo guardo en su escondite y me acuesto de lado, tirando de la manta sobre mí y cerrando los ojos. No apago las luces. No lo he hecho desde que regresé de ese cuarto oscuro, no cuando estoy sola.

Cuando me despierto, es debido al frío repentino que hace porque me quitaron el edredón.

Abro los ojos para encontrar a Sebastian de pie a mi lado. Todavía está completamente vestido y absorbe mi cuerpo desnudo.

—¿Dejaste las luces encendidas a propósito?

—Ya no puedo dormir si está oscuro. Al menos no cuando estoy sola.

Asiente y se saca la camisa por encima de la cabeza. Miro la cicatriz.

—Eso debe haber dolido —digo.

También la mira, luego me devuelve la mirada. —No es nada.

Me siento. —¿Qué te dijo Gregory en la oficina de Gallo? Dijo algo en italiano que te hizo parar. ¿Qué fue?

Suspira, dirige su atención a quitarse el resto de su ropa. —Nada que importe.

—Parecía importante.

—¿En serio? —pregunta, cerrando su mano sobre mi tobillo y tirando de mí para que me acueste en la cama antes de hacerme girar sobre mi vientre y llevarme hacia él—. Esto es lo que importa ahora mismo —dice.

Miro hacia atrás para encontrarlo arrodillándose entre mis piernas al lado de la cama mientras envuelve sus brazos alrededor de mis muslos y fuerza mi espalda a arquearse. Me mira así, extendida y abierta para él.

—¿Limpiaste el semen de mi hermano?

Me sonrojo, pero asiento.

—¿Te gusta que te folle mientras miro? —pregunta, bajando la cabeza para lamer mi coño.

Me muerdo el labio y agarro las sábanas.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Eres una chica sucia, Helena —dice, lamiéndome en tramos lentos y largos, jugando con mi clítoris, haciéndome querer.

Se pone de pie, pone sus manos en mi trasero y me abre, me toca el culo con un dedo. —Esto es mío —dice mientras me pone de rodillas.

Lo miro. Sin embargo, él no me está mirando a la cara.

—Nadie te folla el culo excepto yo.

—¿Por qué me compartes con él? Te molesta.

—¿Te molesta a ti?

Lo pienso. —No lo sé. Pensé que lo haría.

—Antes compartimos chicas. Lo hicimos varias veces. Fue más fácil en ese momento.

—¿Más fácil compartir?

Asiente.

—Entonces no lo hagas. No me compartas con él.

Sostiene mi mirada mientras empuja su polla dentro de mí. Es muy rápido y no estoy lista. Me duele un poco.

—Me gusta mirarte cuando lo tomas.

Embiste de nuevo.

—¿Siempre me vas a castigar después de que me obligues a follar con él? —Porque eso es lo que está haciendo. Ahora me está castigando.

—¿Después de que yo te obligue? Creo que te gusta.

Me alejo. Solo lo logro porque no espera que lo haga. Me levanto de la cama, me paro casi frente a frente con él.

—No lo vuelvas mi responsabilidad. Eres mi dueño, ¿recuerdas? Y le dijiste que me follara.

No sé por qué estoy tan enojada de repente. ¿Tal vez porque hay verdad en sus palabras? Tal vez sea porque lo quiero.

Me gusta tenerlos a ambos. Así es. Pero al mismo tiempo, Sebastian compartiéndome con su hermano, abre un espacio entre nosotros. Una barrera. Y esto no tiene sentido para mí. Es lo que pensé antes. Lo que sentí. Cuando estuvimos en Verona y me habló como lo hizo. Cuando me hizo el amor. No podía aceptarlo porque lo que sentía, lo que *siento*, no puedo sentirlo por él.

Pienso en mi tía Helena, recuerdo lo que leí en su diario. Ella también estaba enamorada de uno.

Enamorada de uno.

¿Qué me pasa? ¿Qué pasa con nosotras, las chicas Willow?

—Vuelve a la cama, Helena.

—No tengo ganas de follar. —Niego con la cabeza, todavía en mis pensamientos, y camino alrededor de él, pero captura mi brazo y me detiene.

—Dije que volvieras a la cama. En cuatro. Tu culo hacia mí.

Intento liberarme. —No estoy de humor.

—¿De repente no estás de humor? —pregunta, tomando mis brazos ahora y apoyándome contra la pared—. Antes estabas de humor —dice, empujándome bruscamente contra ella.

—Basta.

Me levanta, eleva uno de mis muslos por encima de su cintura y me empala en su polla.

Las rosas grabadas en el papel pintado presionan su patrón en mi espalda.

—¿Estabas de humor para follarte a mi hermano, pero no a mí? —Embiste de nuevo. Tiene una mano alrededor de mi cadera, clavando sus dedos en mi piel, y con la otra, sostiene mi muñeca contra la pared por encima de mi cabeza mientras me aferro a él con mi brazo libre.

—Le dijiste que me follara. Dijiste que querías ver.

—Y te corriste, al igual que te correrás ahora. Porque tu coño está lo suficientemente mojado. —Sus ojos están fijos en los míos mientras empuja rápido, duro y profundo.

—¿Cuál es tu problema? —pregunto a través de respiraciones entrecortadas mientras me aferro a él—. Lo quieres, quieres ver cómo me folla y estableces una ridícula regla de que no correrme. Incluso le das permiso para castigarme. ¿Qué significa eso?

—Cállate, Helena.

—No, Sebastian, porque si eres dueño de mí, también eres dueño de esto. Eres dueño de lo que me pasa.

—Dije que te callaras.

Él intenta besarme la boca, pero aparto mi cara y termina machacándose la boca contra mi mejilla.

—¿Sabes qué creo? —empiezo.

Me suelta la muñeca y me agarra la mandíbula, me obliga a mirarlo.

—¿Qué crees?

Puedo escucharnos, escuchar los sonidos húmedos de la follada, mi resolución se desvanece.

Voy a correrme pronto.

La ira se transforma en tristeza que se instala dentro de mi vientre.

—Creo que hay algo malo en las chicas Willow —digo en voz baja.

Mueve su agarre para sostener mi culo y, con su polla todavía dentro de mí, me lleva a la cama y me acuesta. Se para al borde de ella y empuja mis rodillas hacia arriba para follarme profundamente, acercando su cara a la mía.

—¿Qué es eso malo con las chicas Willow? —pregunta.

Me aferro a él, mis manos sobre sus hombros y cuello. Clavo mis uñas en su piel, en su cicatriz. Hace una mueca de dolor. Sé que le duele, pero también sé que lo excita.

—Que lo queremos. Así. Que yo te quiero. Como quiera. Después de todo, te quiero.

Me besa la boca y me abro para él y siento que mis uñas rompen la piel, siento el calor de la sangre en la punta de mis dedos.

—Mierda, Helena.

—Creo que todas tenemos esta enfermedad. La enfermedad de la chica Willow.

Él retrocede un poco y envuelvo mi mano alrededor de su nuca y lo acerco, lo beso con fuerza, uso mis dientes. Su polla se hace más gruesa dentro de mí.

Separa más mis piernas y yo empuño su pelo corto, tirando para lastimarlo porque me voy a correr. Me corro de nuevo, y él me siente y me observa.

Ambos estamos enfermos, supongo. Nuestras familias están enfermas.

Toma un puñado de mi pelo y me obliga a mirarlo y me oigo gemir, y su polla se siente muy bien.

Monto el orgasmo hasta el final, y él todavía me está follando, todavía me está observando.

—No importa lo que pase —digo, tomando sus últimas embestidas mientras empieza a palpar dentro de mí, llenándome, magullándome por dentro y por fuera—. No importa lo que pase, nosotras *queremos* a los malditos Scafoni.

HELENA

Después del desayuno a la mañana siguiente, tengo la oportunidad de escaparme. Sebastian está en su estudio con la puerta cerrada y Gregory fuera de la isla. Me llevo el abrecartas de Lucinda mientras me dirijo al mausoleo. Me digo a mí misma que es solo en caso de que necesite abrir una cerradura.

Tomo el mismo camino que la última vez, excepto que hoy llevo *jeans*, suéter y zapatillas, así que, aunque haga calor, mis brazos y piernas están protegidos.

La misma sensación pasa sobre mí cuando me acerco al edificio oscuro y gris, y solo me permito ralentizar mis pasos cuando me encuentro con el ojo vigilante del ángel.

Le doy el dedo y me enderezo mientras empujo la puerta para abrirla y entrar.

El frío repentino me hace estremecerme. Odio aquí.

La linterna roja arde y la forma en que entra la luz del sol hace que el espacio sea casi más espeluznante hoy.

Pero no tengo que estar aquí mucho tiempo.

Solo necesito encontrar esa puerta y bajar, lo que seguramente será aún más espeluznante, y averiguar qué hicieron con la tía Helena. Averiguar qué pensaba que la liberaría a pesar de que estaba aterrorizada de lo que fuera.

A primera vista, no la veo. Me toma dos vueltas completas alrededor del lugar para darme cuenta de que hay una pequeña abertura entre dos de las paredes. Es estrecha y está cubierta de telarañas.

Me pongo el suéter en la mano, las retiro y casi salto cuando siento lo que estoy segura es una araña corriendo por el dorso de mi mano. Me asomo por el espacio oscuro, pero esto no puede ser algo. Es demasiado estrecho. Apenas podría pasar yo. No hay forma de que un hombre pueda deslizarse por aquí. Ni Sebastian ni Gregory podrían hacerlo.

Sacudo la cabeza, limpio las telarañas y salgo a la luz del sol para reconsiderarlo. Respiro profundamente por la nariz, dándome cuenta de que solo respiro en jadeos cuando estoy allí. Es como si pudieras saborear a los muertos.

El ángel sigue mirando, pero juro que ahora se burla de mí.

Es entonces que noto el camino alrededor del mausoleo. Está cubierto de malas hierbas, lo que explica por qué no lo vi antes.

Empiezo la caminata alrededor del edificio, estudiando las paredes. No sé por qué espero una entrada oculta, una puerta secreta o algo, pero casi en la parte trasera del edificio hay otra entrada con puertas como las de la parte delantera. No está oculta en absoluto. Hay una cadena pesada y oxidada que se teje a través de las barras, pero el candado cuelga abierto.

El óxido se desprende cuando lo toco, tiro de la cadena a través de las barras, tratando de

hacer el menor ruido posible, pero no lográndolo. Sin embargo, estoy lo suficientemente lejos de la casa como para que no oigan, y no lleva mucho tiempo porque parece que alguien ha estado aquí recientemente.

Una vez que lo libero, abro la puerta. Cruje aún más fuerte que las de la entrada principal y las escaleras de piedra conducen directamente a la oscuridad.

Doy un paso hacia abajo y siento en mi bolsillo el abrecartas y sigo diciéndome a mí misma que los fantasmas no son reales, a pesar de que sé que lo son.

El anillo en mi dedo arde. Juro que se está adhiriendo a mi piel.

Quizás sea Cain Scafoni.

Quizás quiere recuperar su dedo.

El pensamiento me da fuerza y doy otro paso.

El olor a decadencia es fuerte aquí. Sin embargo, solo son hojas, tierra y humedad. No es que yo alguna vez haya oído cuerpos humanos en descomposición, aunque imagino que debe ser peor.

Pero no puedo ir más lejos. No es práctico. Al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Necesitaré una linterna. Hay una oscuridad total.

Cuando me doy la vuelta, subo corriendo las escaleras irregulares, tropezando una vez y lastimándome la rodilla contra una piedra implacable, apresurándome, ignorando el dolor, porque de repente, es como cuando era una niña en casa y mis hermanas y yo nos retábamos a bajar a la antigua bodega, muy fuera de nuestros límites, y yo era la única lo suficientemente valiente para hacerlo. Recuerdo correr una vez que estaba completamente abajo y jurar que sentía algo que intentaba agarrarme los tobillos, que intentaba arrastrarme hacia la oscuridad.

Me estremezco ante el recuerdo.

Estoy segura de que es mi imaginación, pero así es como me siento ahora, y mi corazón se acelera cuando vuelvo a salir al sol, sobre el césped muerto.

Tan rápido como puedo, cierro la puerta y tejo la cadena a través de ella y vuelvo corriendo al camino que me llevará lejos de aquí. Lejos de este lugar embrujado, aunque sé que tendré que volver.

Mi respiración vuelve a la normalidad cuando me acerco a la casa, pero cuando encuentro a Gregory apoyado contra la pared mirándome, mi corazón comienza a latir de nuevo.

—Pensé que te habías ido —digo lo más casualmente posible, sin mirarlo mientras trato de pasar por la casa porque estoy segura de que puede ver la culpa en mi rostro.

Me agarra de la muñeca, me detiene. Miro hacia dónde él está mirando y luego lo veo recoger algunas telarañas que todavía se aferran a mi manga.

—¿Dónde estabas, chica Willow? —pregunta, mirando hacia abajo, hacia donde mis *jeans* deben haberse roto cuando tropecé en las escaleras. No me di cuenta de que mi rodilla estaba sangrando.

Me aclaro la garganta e intento mantener su mirada. —Me caí. —Es verdad.

—Eso veo. ¿Dónde te caíste?

—Oh, por ahí. En los terrenos. —Por supuesto, estaría en los terrenos. ¿Dónde más? Es una isla y necesito callarme.

Eleva las cejas.

—Será mejor que me cambie. Que me ponga una venda en la rodilla.

Asiente. No cree que haya estado *por ahí*.

Me alejo un paso.

—Te ayudaré —dice.

Camina a mi ritmo y me detengo a mirarlo. —¿Qué?

—Te ayudaré.

—¿Por qué?

Me mira, sonrío de una manera que dice que está tramando algo, como si no lo supiera ya, y me hace un gesto para que suba las escaleras delante de él.

Camino, y una vez que estoy en mi habitación, cierra la puerta y me mira.

—Quítate los pantalones para que podamos ver esa rodilla.

—Soy perfectamente capaz de...

—Relájate, Helena, solo te estoy jodiendo. De hecho, vine para darte algo.

—¿Darme algo?

Da un paso hacia mí. —Bueno, más bien te lo presto. —Mete la mano en su bolsillo y, para mi sorpresa, saca un teléfono móvil. Él me lo ofrece.

Lo miro con cautela. Estoy segura de que todavía me está jodiendo.

—¿Y eso para qué? —pregunto.

—Pensé que querrías llamar a casa. No has hablado con tu familia desde que estás aquí.

Casi estoy salivando ante la perspectiva, pero con él, sé que debo ser cautelosa.

—Pero si no quieres... —comienza a guardarlo.

—Espera.

Me mira y sonrío. Levanta una ceja.

—¿Cuál es la trampa?

—No eres una persona muy confiada, ¿verdad, Helena?

Cambio mi peso a un pie y pongo mis manos en mis caderas. —Te conozco, Gregory.

—Tú *crees* que me conoces, Helena.

—¿Cuál es la trampa? —repito.

Me tiende el teléfono. —Sin trampas. Tienes diez minutos. Oh, espera, una cosa. No quiero que llames a un novio.

—No tengo novio y lo sabes. —Lo tomo de él, teniendo cuidado de no tocar su piel—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Por qué no? —pregunta, pero cuando creo que se va a ir para darme privacidad, en su lugar se coloca en mi cama, estira las piernas, pone las manos detrás de su cabeza y comienza a silbar una melodía.

Abro la boca, pero como si esperara lo que voy a decir, habla primero.

—A caballo regalado, no le mires el diente, Helena. —Revisa su reloj—. Nueve minutos.

Voy al baño y cierro la puerta. No tengo que pensar a quién voy a llamar.

No me interesa perder el tiempo llamando a mis padres. En cambio, sentada en el borde de la bañera, llamo a Amy, mi hermana menor. Casi he perdido la esperanza cuando, en el quinto timbre, justo antes de que la llamada vaya al buzón de voz, ella contesta.

Mis ojos se llenan con el sonido familiar de su voz y no puedo hablar de inmediato. Tiene que preguntar dos veces quién es para que yo responda.

—Soy yo, Amy. Soy Helena.

—¿Helena?

Las lágrimas fluyen por mi cara y estoy asintiendo como una idiota. —Sí. Soy yo.

—Helena. ¡Oh, Dios mío, Helena! No pensé que tendría noticias tuyas. —Hace una pausa—. No mientras estuvieras... allí.

—Oh, Amy, es tan bueno escuchar tu voz. ¿Cómo estás?

Hace una pausa. —Helena, ¿sabes que... recibiste mi carta?

—El obituario. Sí. —Asiento, aunque no hay nadie—. Sí, lo sé. No lo supe hasta dos semanas después, pero ahora lo sé.

—Ojalá hubiera podido llamar.

—Está bien. Está bien, Amy. Te agradezco que hayas enviado la carta.

Hay un silencio incómodo.

—¿Cómo es él? —finalmente pregunta—. ¿Cómo son ellos?

—Él está bien. —Omito el “ellos”.

—¿Te están... lastimando?

—Estoy bien. Sebastian está bien.

—Sé por qué lo hicieron. Por qué mamá y papá hicieron esto, quiero decir. Me dijeron, finalmente, después de que estaban hartos de mí. Sé de dónde viene el dinero. Sé por qué estamos haciendo reparaciones en la casa. Por qué papá compró un auto nuevo.

Al escuchar esto, quiero llorar. Eso es lo que vale mi vida.

Cosas.

Cosas materiales.

—Incluso me han inscrito en St. Joe's.

—Oh, Amy, eso es genial. —Mi corazón se está hundiendo y el optimismo en mi voz siente forzado. Ella debe notarlo.

—No, Helena, no lo es. Estás pagando por ello con... con... piel.

No puedo evitar el resoplido y ella lo escucha.

—Me voy. No seré parte de esto —dice.

—Fácilmente podrías haber sido tú, Amy.

—¿Y te habrías quedado? ¿Sabiendo la verdad?

—No. —No necesito pensar mi respuesta. Sé que no lo haría.

—Además, sabía que serías tú. En cuanto te vio, lo supe. Estaba en sus ojos. Solo eras tú, Helena.

¿Por qué el que diga eso me hace detenerme?

Un golpe en mi puerta y Gregory asoma la cabeza, toca su reloj y estoy de vuelta en el presente.

—No tengo mucho tiempo para hablar, Amy.

—¿Tienes que irte?

Asiento, aunque sé que ella no puede verlo. —Solo, por favor, no hagas nada imprudente. Coge el dinero y ve a la escuela. Seguirás estando lejos de la casa, de ellos. Es importante. Tienes que pensar en tu futuro.

—No puedo hacer eso, Helena. Además, ¿qué hay de tu futuro? ¿Qué te sucederá después? ¿Lo mismo que le sucedió a la tía Libby o incluso a la tía Helena?

—La tía Helena estaba bien.

—Ella no estaba bien. No del todo.

Pienso en lo que Sebastian dijo sobre ella, cómo no estaba bien, no al final. Pienso en lo que le pasó. En el anillo en mi dedo.

—¿Y qué harás, Amy, si no vas a la escuela?

—Vivir con integridad. Además, no dije que no iría a la escuela. Simplemente no voy a seguir estos términos. Es dinero de sangre, Helena, no importa lo bueno que digas que es contigo. —La escucho resoplar y sé que está tratando de ocultar sus lágrimas.

Gregory entra en la habitación ahora. —Ya es hora.

—Amy —empiezo.

Gregory tiende su mano.

—¿Puedo llamarte de nuevo? —pregunta—. Guardaré el número.

Miro a Gregory y me doy cuenta de la trampa. Ahora tendrá acceso a la persona a la que elegí llamar, mi hermana más cercana.

Y tal vez decida llevarse a su propia chica Willow.

—Bórralo, Amy. Y bloquéalo. Encontraré otra forma de llamarte.

Gregory me observa, su expresión es indescifrable. No enojado, solo nivelado.

—Helena...

Pero ella no termina porque él coge el teléfono y cuelga. Lo guarda en su bolsillo.

—¿Quién es Amy?

Intento recuperar el teléfono. —Dame eso. —Quiero borrar su historial, borrar su número. No es que importa. Sabe que es Amy. Encontraré alguna forma de acceder a ella si eso es lo que quiere.

Me atrapa el brazo con facilidad.

—¿Qué crees que voy a hacer con el número exactamente? ¿Llamarla? ¿Invitarla a una cita? ¿O temes que tome a mi propia chica Willow?

—Ella no es tuya. No puedes tocarla. ¡Te mataré si la tocas!

—¿Me matarás? —Hace una pausa, finge estar herido—. Solo estaba siendo amable. No volveré a cometer ese error. —Se gira para marcharse.

—Espera.

Se detiene.

—Estoy agradecida. Solo...

Vuelve a mí.

—No le vayas a hacer algo. —No sé si se trata de una pregunta, una declaración o qué.

—Me alegro de que hayas podido hablar con ella, Helena —dice en lugar de responder a mi pregunta.

—¿Puedo volver a llamarla pronto?

—Ya lo veremos. Limpia eso.

Con eso, sale de mi habitación y me quedo mirando la puerta, confundida por sus motivos, preocupada por mi hermana, sin que me guste este nuevo secreto entre Gregory y yo.

SEBASTIAN

—E stás muy alegre hoy —le digo a Gregory mientras se concentra en su segunda porción de pasta.

—Siempre estoy alegre —dice—. Tú eres el melancólico. Deberías animarte, hermano.

Normalmente es tan alegre como Lucinda, y Helena está más callada de lo habitual, analizando a mi hermano cada vez que él no la está observando. Casi puedo ver su mente funcionando.

—¿Qué hiciste hoy, Helena?

Gregory toma su último bocado de comida, coloca sus utensilios en diagonal sobre su plato y se sienta, limpiándose la boca y observando a Helena.

—Solo caminé un poco. Nadé y leí.

—¿Cómo está tu rodilla? —pregunta Gregory.

Helena se sonroja. —Está bien.

—¿Qué le pasó a tu rodilla? —pregunto.

—Nada. Simplemente me caí y me la raspé. Se veía peor de lo que era cuando la viste —dice, dirigiendo la última parte a Greg.

—¿Cómo está tu hermana? —pregunto.

Helena tose, ahogándose con el bocado que estaba tragando, y deja caer su tenedor. Se cubre la boca con la servilleta.

Cuando pasa el ataque de tos, empuja su silla hacia atrás para recoger el tenedor.

—Déjalo —digo.

Se endereza cuando una chica viene a sustituir su tenedor por uno nuevo.

Me tomo mi tiempo para tragar mi comida. ¿Qué esperaba de esta prueba? ¿Pensé que me lo diría? No, no era así. Tal vez esperaba que lo hiciera. Pero esto es más que eso.

Miro a mi hermano que la está observando. No me gusta cómo la mira, pero tengo que ser cuidadoso y mesurado.

Helena está esperando mi reacción. Mastico otro bocado de comida antes de centrar mi mirada en ella.

—Esa llamada debe haber sido una parte más importante de tu día que tu caminata. ¿Se te olvidó acaso?

Cambia su mirada a Gregory y luego a mí. —¿Sabías?

—Le pedí a Gregory que te diera el teléfono para hacer la llamada —le contesto.

—¿Fue una prueba? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—¿Solo para mí o también para él?

—Oh, también fue para mí, Helena. No hay duda —dice Gregory.

Helena empuja su silla hacia atrás. Se pone de pie. —Bueno, entonces supongo que te debo un agradecimiento.

—Siéntate.

—He terminado. No me gusta que jueguen conmigo.

Pasa junto a mi silla, pero la agarro de la muñeca y empujo mi silla hacia atrás para tirarla hacia mi regazo.

Gregory se levanta, desaparece dentro por un momento, supongo que para despedir al personal. Regresa y vuelve a sentarse, sonriendo ampliamente.

Mantengo las muñecas de Helena en mis manos detrás de ella.

—Cuando digo siéntate, tú te sientas —le digo.

No responde nada, pero se retuerce un poco. Ella no se irá, no hasta que yo lo permita. También lo sabe. Y sé que, de una manera jodida, a ella le gusta. Me pregunto si encuentra seguridad en ello. Me pregunto si sabe, quizás a nivel subconsciente, que está a salvo conmigo, incluso cuando la castigo.

—¿Qué dijo Amy? —le pregunto en el cuello.

Gregory cruza un tobillo sobre la otra rodilla y bebe lo último de su vino. Le da a Helena un guiño.

—¿Por qué no me dijiste que solo estabas siendo el chico de los recados de tu hermano? —le pregunta.

Lo veo irritado por eso.

—No preguntaste —dice con los dientes apretados.

—¿Qué dijo Amy? —pregunto nuevamente. Los dejaré discutir esa otra parte más tarde. Eso era parte del objetivo de este ejercicio, después de todo.

—Mis padres le contaron sobre el dinero. La inscribieron en la escuela.

—¿Qué más?

—Se va de la casa. No aceptará el dinero.

—¿Por qué no?

—Porque tiene integridad, Sebastian —gruñe Helena, girando la cabeza lo suficiente como para verme por el rabillo del ojo—. Algo que les falta a los hermanos Scafoni. No me gusta que jueguen conmigo.

—Entonces aprende a ser honesta. Debes saber que sé todo lo que sucede aquí, tanto si crees que lo hago como si no. No te interpondrás entre mi hermano y yo.

—No es mi intención. Nunca lo ha sido.

Pero está sucediendo. Ya hay una pequeña fisura entre nosotros que me temo que es solo el comienzo.

Me encuentro con la mirada de Gregory y sé que, con el tiempo, si seguimos las reglas, tendré que entregársela. Ella le pertenecerá.

El pensamiento hace arder mis entrañas y necesito manejar esto, y esta es la única manera.

Intercambiando sus muñecas en una de mis manos, bajo la cremallera de su vestido.

Hace un sonido, un pequeño gemido, pero permanece como está mientras deslizo una manga, luego la otra fuera de sus hombros y hasta el pliegue de sus codos. Luego hago lo mismo con los tirantes de su sostén, luego lo desengancho y lo dejo caer para exponer sus senos.

Los ojos de Gregory se mueven momentáneamente hacia abajo para captarlos antes de volver a los suyos.

—Levántate —digo.

La agarro mientras lo hace y asiento con la cabeza a Gregory que se acerca, desliza sus manos a lo largo de sus piernas para agarrar sus bragas y arrastrarlas hacia abajo y fuera. Luego, cambiando el agarre, dejo que el vestido y el sujetador caigan al suelo antes de volver a sentarla desnuda en mi regazo.

Gregory la mira.

—Abre las piernas para mi hermano.

Tengo que darle un empujón, pero lo hace, moviéndolas tan amplias como las mías, solo las puntas de sus pies en el suelo.

Gregory mira la línea de su sexo mientras ella se retuerce. No lo detengo cuando se inclina hacia adelante, le frota el coño con dos dedos y luego los unta en su muslo.

—Creo que le gusta esto —dice.

—Creo que tienes razón. Huelo su excitación desde aquí —digo, inclinándome cerca de su oreja antes de ponerla de pie, entregándosela a mi hermano.

Le agarra las muñecas, las mantiene a los lados, le besa el vientre, le besa más bajo, antes de voltearla, devolviéndomela.

Me llevo su pezón a la boca antes de tirar hacia atrás, arrastrándolo entre los dientes hasta que gime.

Greg se pone de pie, empuja los platos fuera del camino, enviando a uno a estrellarse en su prisa. La levanta, la sienta en el borde de la mesa y se inclina cerca de ella para que tenga que recostarse. Se saca la camisa por encima de la cabeza y agarra sus piernas, ensanchándolas, de pie entre ellas.

Puedo ver que quiere besarla. Está tan, pero tan cerca.

Pero en su lugar le besa el cuello, luego baja, el hueco de su clavícula, su pecho, entre sus pechos, el óvalo de su ombligo. Está de rodillas, con las manos en sus muslos mientras se inclina para lamerle el coño, saboreándola mientras ella cierra los ojos y se inclina más hacia atrás.

Al principio, veo su lucha.

Ella pone las manos en su cabeza, intentando empujarlo mientras se vuelve hacia mí.

—¿Es esta otra prueba?

Ella lo empuja, pero él coge las muñecas y las separa.

Empuña sus manos, pone un pie sobre la mesa con la intención de alejarse, pero termina abriendo más las piernas.

—¡Por favor!

—Hermano —digo, con los ojos fijos en los suyos desesperados.

Se retira, se pone de pie y se limpia la boca. Se sienta en su silla, se desabrocha los *jeans*, los empuja hacia abajo y empuña su polla.

Me levanto, tomo a Helena del brazo y la quito de la mesa.

—¿Qué haces? —pregunta en un susurro.

Toco su mejilla con una mano.

—¿Qué *estamos* haciendo? —pregunta.

Tengo que mantener el control de esto, de él. De ella. Esta es la única manera. Es la única manera de mantenerla mía.

Y por mucho que no quiera, le doy la vuelta y la pongo de rodillas ante mi hermano.

—Chúpaselo, Helena.

No se da la vuelta, pero vacila, y solo cuando la mano de Gregory en la parte posterior de su cabeza la empuja ella se lo lleva a la boca.

Me arrodillo detrás de ella, me quito la camisa, me desabrocho los pantalones. Agarrándole el culo, la abro y cuando la toco, siento lo mojada que está.

Por mucho que ella luche contra esto, también lo quiere y parte de mí quiere castigarla por ello. Odiarla por ello. Pero no lo hago.

En cambio, me deslizo dentro de su coño mojado y me inclino hacia adelante sobre su espalda.

—Ahora te puedes correr, pero asegúrate de que cuando mi hermano lo haga, tragues cada gota. No desperdicies ninguna. ¿Entiendes?

Ella asiente, y yo me enderezo, mirándola, su bonito y húmedo coño extendido de par en par conmigo dentro de ella, su pequeño culo tan tentador.

Greg agarra un puñado de pelo y comienza a follarle la cara y cuando lo hace, igualo sus embestidas, duras, rápidas y profundas y en ese momento, ella se corre, y las palpitaciones de su coño me lleva al borde y le lleno el coño mientras mi hermano se vacía en su garganta y por un solo momento, me permito creer que esto puede funcionar.

Nosotros tres.

Así.

Siempre y cuando ella sea mía para dar.

Mía para compartir.

Mía para quedármela.

Pero a medida que la felicidad del orgasmo se retira, esa fantasía desaparece.

Sé en mi interior que esto no terminará bien.

Que esta chica Willow nos destruirá a mi hermano y a mí.

HELENA

Duermo sola esa noche. Me voy a mi habitación después y me doy una larga ducha y no sé por qué, pero lloro un poco.

No entiendo por qué Sebastian hizo lo que hizo. Poniéndome a prueba con esa llamada. Compartiéndome.

Y me preocupa Amy.

Todo esto está jodido y cada vez se vuelve más y más jodido.

Al final de la tarde siguiente, Gregory me busca en mi habitación. No he visto a Sebastian en todo el día.

—Ven conmigo, chica Willow.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

—No tienes elección.

—¿Qué? ¿Tienes otra prueba para mí? ¿Tú y tu hermano planearon una anoche?

Inhala profundamente y exhala. —Esto no es una prueba.

—Sí, bueno, no confío en ti.

—Eso no es nuevo. Vamos.

—¿Por qué?

—Se te debe un castigo, ¿recuerdas?

Siento que mi cara se vuelve blanca.

—Relájate, Helena. No voy a hacerte daño. —Se sienta en el borde de la cama—. Solo quiero un poco de compañía, ¿de acuerdo?

La forma en que me mira, hay algo en sus ojos que está tan herido. Es como un perrito perdido y me convence cada puta vez.

¿Por qué esto siempre me debilita?

Continúa. Sé que lee mi cara. —Pasas unas horas conmigo y puedes considerarte absuelta. Casi indoloro, aparte de tener que soportar mi compañía.

—¿Unas horas haciendo qué?

—Ya lo verás. Te prometo que lo disfrutarás. —Sonríe, lo que quiero creer es una sonrisa genuina—. Te daré cinco minutos —dice y se marcha—. Ponte un bikini. Puede ser uno de los últimos días favorables para nadar.

Se va, y a regañadientes me pongo un bikini. Me pongo unos shorts y un suéter ligero encima. Me pregunto si Sebastian conoce el plan de Gregory para mi castigo, y no sé por qué, pero le creo cuando dice que no es una prueba.

Gregory revisa su reloj cuando bajo las escaleras. —Justo a tiempo.

—¿Sebastian sabe de esto?

—No te preocupes por mi hermano. Vámonos.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras lo sigo hacia el extremo más alejado de la playa. No responde hasta que llegamos a nuestro destino y lo veo.

—Paseo en canoa.

Me detengo.

Parece que la canoa no se ha usado en años. Me pregunto si esta es la que Sebastian sacó ese día cuando la volcó. El día que casi mata a Ethan.

Por la expresión en la cara de Gregory, él sabe lo que estoy pensando. Me pregunto si Sebastian le contó la historia de lo que realmente sucedió ese día.

Veo cómo empuja ramas y hojas muertas y se endereza, noto los músculos de sus brazos y espalda flexionarse mientras trabaja.

Cuando se vuelve hacia mí, me sonrojo.

—¿Es seguro? —pregunto para distraerlo o a mí misma, no muy segura de cuál.

—Eres una buena nadadora —dice, sin responder a mi pregunta mientras la arrastra al agua.

Se quita las chanclas y las arroja a la canoa. Lleva shorts y una camiseta y camina hacia el agua, arrastrándola detrás de él.

—Gregory, ¿estás seguro de que es confiable?

—No te preocupes —dice, mirándome—. No la volcaré.

Sabe lo de Ethan. Debe saberlo. ¿Está verificando si lo sé o no? ¿Por qué es importante? ¿Tal vez no le gusta que me dijera su hermano?

Suspiro, me quito las chanclas y lo sigo hacia el mar turquesa.

El agua se siente fresca en mis pies y tobillos y también lanzo mis chanclas a la canoa. Una vez que estamos un poco más lejos, se detiene y me señala para que entre.

A regañadientes, lo hago.

Nos aleja un poco más antes de subir y recoger el remo para remar.

—Es hermoso aquí —dice—. Pacífico.

Lo es. El único sonido es la brisa y el agua que choca tranquilamente contra la canoa.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunto, dejando caer una mano para sumergir los dedos en el agua. Estamos sentados uno frente al otro, la isla a mi espalda.

—En realidad no.

—¿Por qué hemos venido hoy?

—Hay una pequeña cala donde se puede nadar. Pensé que podría gustarte.

Lo escudriño. No creo que solo esté haciendo esto por mí. Cuando se trata de nosotros tres, Gregory tiene un plan.

Pero, de todos modos, también Sebastian. ¿No fue ayer una prueba de eso?

—¿Sebastian lo sabe?

—Claro.

—Oh.

Él rema en silencio y miro a mi alrededor, sintiéndome incómoda, pero tratando de relajarme. De disfrutar de la belleza. Además, puede que sea auténtico. Tal vez necesito escucharme a mí misma, a lo que le dije a Sebastian, que Gregory está solo. Eso es todo.

—¿Dónde te caíste ayer? —pregunta, mirando mi rodilla raspada.

Me encojo de hombros. —En ningún lugar en especial. Solo me tropecé con una roca.

Asiente. —¿Y había telarañas alrededor?

—Supongo que caí en una telaraña.

—Ya veo.

Quiero cambiar de tema. —¿Cuánto falta para llegar a la cala?

—No está lejos.

—¿Por qué no me dijiste que Sebastian arregló que llamara a mi hermana? ¿Por qué me tendiste una trampa?

—¿Aunque sea consideraste que fue él quien te tendió una trampa? ¿O quizás a ambos?

—¿Por qué lo haría?

—Porque puede.

—Ambos pueden. Estoy atrapada en medio y no es donde quiero estar.

—¿No? Porque tengo la sensación de que te gusta cuando estás entre nosotros.

Desvió la mirada. Sé que se refiere al sexo y no puedo negar lo que dice, pero esa parte es diferente.

—Tal vez fue su manera de asegurarse de que no confíes en mí —dice.

—No confío en ti.

Veo un cambio imperceptible en sus ojos, casi un momento de vulnerabilidad. Aunque ha desaparecido en un instante y tal vez no estuvo ahí en absoluto. Tal vez fue mi imaginación.

Me aclaro la garganta. —¿Qué le dijiste a Sebastian esa noche en la oficina de Gallo? Dijiste algo en italiano que no entendí.

—Deberías preguntarle.

—Lo hice. No me lo dirá.

—Quizás hay un motivo para ello. Además, no me corresponde decírtelo.

—¿Corresponde?

—Eres *su* chica Willow, ¿recuerdas? Ambos siguen recordándome eso. Como si lo fuera a olvidar.

Lo observo, intento averiguar lo que está pensando, lo que está planeando.

—¿De quién es esta canoa?

—De Sebastian.

Ya lo sabía, ¿no?

—No la ha sacado desde el accidente. ¿Te habló de eso?

Asiento.

—Él confía en ti. ¿Eres digna de confianza, Helena?

—¿Qué quieres, Gregory? ¿De qué se trata esto?

Se encoge de hombros y señala detrás de mí.

Me doy la vuelta y descubro que nos estamos acercando a una pequeña isla o más bien a una gran roca. Veo cómo rema hacia ella, y al rodear la pared de roca, veo la pequeña y bonita playa de arena escondida allí.

Rema más cerca, lo más cerca que podemos antes de salir, y arrastra la canoa sobre la arena.

—No sabía que había algo así aquí —digo.

Se sienta en la arena y da palmaditas en el espacio a su lado.

—¿Sebastian sabe que estamos aquí? —pregunto de nuevo.

—No te preocupes por mi hermano. —La misma respuesta.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me has traído aquí?

—Nunca respondiste a mi pregunta de la otra noche.

—Tú no contestas ninguna de las mías.

—Está bien, una por una. Yo iré primero. Hazme una pregunta.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué le dijiste a Sebastian?

—Le dije que conocía la salida.

—¿La salida?

Asiente.

—¿Te refieres a una salida de esto?

—Eso son dos preguntas.

—En realidad no...

—Mi turno.

—Espera, eso no es justo. No puedes simplemente...

—Te dije la otra noche que la vida no es justa. ¿Cómo es que aún no te has dado cuenta de eso? ¿Tú de todas las personas, chica Willow?

Miro hacia el agua. —Voy a nadar. —No espero permiso y soy plenamente consciente de que no olvidará hacer su pregunta, pero al menos puedo ganar algo de tiempo.

Me quito los shorts y el suéter y camino hacia el agua. No me sigue, pero lo siento mirándome mientras me sumerjo bajo la superficie y nado lejos de la isla. Abro los ojos bajo el agua. Es muy claro aquí, pero la sal me pica los ojos, y aunque es poco profunda aquí, se profundiza rápidamente. Un bonito pez plateado se aleja cuando me acerco y me gustaría tener gafas de natación. Tal vez le pida a Sebastian que me traiga otra vez a hacer esnórquel.

Estoy flotando bocarriba en el agua, con los ojos cerrados. Mis oídos están debajo de la superficie, por lo que no lo oigo hasta que está tan cerca que me está tocando.

Me sobresalto y entro en pánico.

Envuelve un brazo alrededor de mi cintura y me lleva a la superficie.

Suspiro, empujo el cabello hacia atrás desde mi cara.

—¡Estoy bien! ¡Puedo nadar sola!

Pero no me suelta. Mantiene su brazo bloqueado alrededor de mí.

—Mi pregunta —dice.

Lo miro, veo cómo el turquesa del mar ilumina esas motas en sus ojos.

—¿Y qué hay con como me miras? —pregunta.

Sé que es a lo que se refiere. Fue justo lo que me preguntó en la fiesta de Gallo cuando nos interrumpieron.

Pero no quiero responder, así que lo empujo y me escabullo debajo de su brazo, nadando de regreso a la playa, lejos de él.

Pero está a mi lado en un momento y no hay a dónde ir y cuando me siento en la arena, se sienta a mi lado.

—Hiciste un trato. Respondí tu pregunta.

—Eso es debatible.

—Ahora es tu turno.

Lo miro, pero antes de poder hablar, lo hace él.

—Quiero besarte, Helena —dice. Extiende la mano para empujar el pelo que está pegado a mi cara—. Me deja lamer tu coño. Me deja follarte. Pero no puedo besarte y tengo muchas ganas de besarte.

Niego con la cabeza y acerco mis rodillas a mi pecho.

—Solo un beso. Eso es todo.

Vuelvo a negar con la cabeza y mantengo la mirada en el agua.

Pone su mano en mi mejilla, me gira para mirarlo. —¿Por qué no quieres o porque le tienes miedo?

—No le tengo miedo.

—Entonces no quieres.

—¿Por qué haces esto? ¿Es otra prueba?

—No es ninguna prueba. Te doy mi palabra. Contesta mi pregunta. ¿Qué hay con como me miras?

—¿Qué esperabas? ¿Qué me traerías aquí y yo... yo... qué? —Empiezo a levantarme, pero él me coge la muñeca, deteniéndome.

—Contesta mi pregunta, Helena.

—¿Por qué? ¿Por qué es importante?

—Es importante. Es importante para mí.

—No te amo —las palabras salen antes de que pueda pensar en ellas o procesar lo que estoy diciendo.

Lo silencian.

Nos silencian a ambos.

Escucho lo que acabo de decir.

Cuando finalmente habla, su tono es diferente. Es duro. —¿Lo amas a él? —pregunta con los dientes apretados.

—Quiero volver.

—Contéstame.

—Recibes una respuesta como yo.

Me examina y el dolor está en guerra con la rabia y sé que esta última está ganando por la forma en que sus ojos se oscurecen.

—Quiero volver a la isla. Ahora. —Me pongo de pie.

Se pone de pie. —Sabes que casi mata a su hermano, ¿no?

—Fue un accidente.

—No crees eso.

Me detengo, miro hacia abajo. No, sé que no es verdad. Sé que no fue un accidente.

Niego con la cabeza y lo miro. —Sé lo que realmente sucedió, pero también sé que era un niño.

—A los dieciséis no se es un niño. No en nuestra familia.

—¿Cuál es tu problema? Te ama. Y te defendí de él.

—No necesito que me defiendas. Eso no es para lo que estás aquí. Pero no te preocupes, estarás a salvo de mí. Si tiene las pelotas para hacerlo.

—¿Hacer qué? —Me viene a la mente el diario de mi tía, la ceremonia de marcado.

Se aleja. —Te llevaré de vuelta a la isla como quieres, Helena.

—¿Hacer qué, Gregory? —pregunto de nuevo, negándome a moverme.

Regresa, coge mi brazo y se acerca. —Quizás no quieras saberlo, chica Willow. —Me arrastra a la canoa, recogiendo nuestra ropa olvidada en el camino y echándola a la canoa.

—Sube.

—No quería lastimarte.

—No me lastimaste. Sube.

—Gregory...

—¡Súbete al maldito bote antes de que te deje aquí!

Salto ante su tono y subo a la canoa, él la empuja, luego sube y comienza a remar de vuelta a la isla, sin decir ni una palabra, con los ojos ardiendo.

SEBASTIAN

E stoy tumbado en la cama de Helena leyendo cuando entra en la habitación. Se sorprende y se detiene.

Su cabello está mojado y lleva un bikini, cargando su ropa. Está sin aliento.

—¿Dónde estabas? —pregunto.

Sus ojos se posan en el cuaderno que estoy leyendo. —¿Qué haces? —Ella se adelanta, va a arrebatármelo de las manos.

Lo aparto y me levanto. —La criada lo encontró escondido entre el colchón y el somier cuando estaba cambiando las sábanas. ¿Desde cuándo tienes esto?

—No importa. No es asunto tuyo.

—Bueno, en realidad, sí, es asunto mío.

Se pasa la mano por la frente. —No puedo lidiar con esto en este momento. —Entra en el baño y cierra la puerta.

La abro. Está de pie junto al lavabo, la ropa que cargaba es un montón en el suelo. Está mirando su reflejo, pero no estoy seguro de que esté viendo algo en absoluto.

—¿Te importa decirme qué carajo está pasando?

Abre los grifos, se lava la cara. —Necesito una ducha.

—¿Por qué?

—Porque tu hermano me acaba de llevar a una isla a nadar y estoy salada por el agua. ¿De acuerdo?

—¿Cuál isla?

—Una cala. No es una isla.

Siento cómo mi mandíbula se tensa. —¿Qué hizo?

—Nada.

—No parece que no haya sido nada.

—Simplemente olvídale.

Voy al lavabo, cierro los grifos. —¿Te tocó?

Me mira. —Siempre es lo mismo. Dejaste que me tocara, Sebastian. ¿Recuerdas? Más de una vez.

—Y recuerdo que te gustó —digo, agarrándola de los brazos, sacudiéndola—. Recuerdo haberte oído correrte. De hecho, no puedo sacar el sonido de mi cabeza.

—¿Sabes qué? Me gustó, me gustó que me follara. Me corrí. Y quizás debería haberlo dejado hacer lo que quería...

—¿Qué quería?

—Besarme. Solo besarme. Eso es todo.

La libero y cuando vuelve al dormitorio, la sigo.

—Besar es diferente. Íntimo —digo.

—¿Cómo es que follar es menos íntimo? Quiero decir, entiendo que esté confundido. Me pones ahí afuera y luego me traes de regreso. Me cuelgas ahí afuera, luego me vuelves a traer. Y no sé qué es lo que quieres. Qué es lo que haces por obligación. —Se deja caer sentada en la cama—. Ni siquiera sé qué es lo que quiero.

Me levanto y la observo. —Yo lo controlo. Solo puede tocarte cuando yo digo. Solo puede tocarte como yo digo. Yo lo controlo.

—Pero no puedes controlar las emociones, Sebastian. No funciona así, ni siquiera para ti. Puedes intentar organizarnos como quieras en tu estúpido juego y aún no puedes controlar lo que sentimos. ¡Nadie puede!

—Dúchate, cámbiate y quédate en tu habitación. Necesito hablar con mi hermano.

Alza la mirada para verme. —¿Qué vas a hacer?

—Eso será entre él y yo.

—Tienen tantos secretos, tanto *entre tú y él*. Entonces, ¿por qué siempre soy quien está en el medio? ¿Por qué siempre soy yo de quien tiran de un lado a otro, dividida hasta el punto de romperse?

Me tomo un minuto para responder. Conozco este disco rayado.

—Es lo que sucede. Lo que hace la chica Willow. —Camino hacia la puerta, pero me detengo y me doy la vuelta—. Aquí también —digo, levantando el cuaderno—. Con tu tía. Solo que entonces, con consecuencias extremas. No permitiré que eso nos pase a mi hermano y a mí.

—Lo quieres todo. Me quieres. Lo quieres a él. No va a funcionar. ¿No lo ves? Alguien va a salir herido. Tal vez todos nosotros.

Mierda.

Me paso una mano por el cabello.

—Necesito encontrar a mi hermano.

Niega con la cabeza y se da la vuelta.

Salgo por la puerta y bajo las escaleras. Dejo caer el libro en mi escritorio antes de salir de la casa y encuentro a mi hermano exactamente donde creo que lo encontraré.

—¿Qué coño pensabas que estabas haciendo sacando esa cosa? ¿Llevándola contigo? —pregunto.

Gregory está sentado en la parte superior de la canoa al revés fumando un cigarrillo. La ha vuelto a guardar donde yo la había dejado ese día hace años. La última vez que la saqué.

Da la última calada a su cigarrillo antes de dejarlo caer al suelo, enterrándolo en la arena. Se pone de pie, me mira.

—No te preocupes por eso —dice, caminando hacia mí, y luego pasa junto a mí—. Ella está de vuelta, sana y salva. Yo no volqué la canoa.

Lo agarro del brazo y lo detengo. —¿Qué diablos significa eso?

—Por favor. No soy estúpido. Ethan nunca fue un buen nadador y tú lo sabías. ¿Querías castigar a Lucinda? ¿Qué hiciste en su lugar? Destruiste cualquier posibilidad de que Ethan tuviera una vida normal.

—Como si él te importara una mierda.

—No se merecía lo que le pasó.

Mierda. Tiene razón. —No lo hice... No fue así.

—¿No? ¿Cómo fue?

Lo suelto, miro hacia el agua, me paso una mano por el pelo. —Lo que le hice a Ethan —

empiezo con los dientes apretados—, fue un error. Uno por el que he pagado.

Al oír eso, se ríe. —¿Has pagado? ¿Cómo has pagado exactamente?

Lo sigo con la mirada mientras gira en círculo a mi alrededor.

—Porque desde mi punto de vista, solo una persona pagó y esa fue Ethan —dice—. Y ni siquiera se da cuenta.

—No sabes nada. No sabes lo que fue para mí.

—Ya es bastante malo que casi mataras a tu hermano. Oh, lo siento, no es tu hermano. Supongo que eso hace que esté bien.

—Jódete.

—No, tú jódete. Primogénito Scafoni. Qué buena broma, ni siquiera eres eso. Y, sin embargo, lo tienes todo. Todo lo que quieras, mientras que el resto de nosotros pagamos por ello.

—¿Cómo pagas, Gregory?

Solo me mira durante mucho tiempo y creo que veo cómo paga. Veo lo que ve Helena. Lo que ella sigue intentando decirme. Esa soledad.

Tal vez sea eso lo que la atrae hacia él.

—Mierda. ¿Qué está sucediendo? —No le pregunto a nadie.

Me siento en la canoa y me paso una mano por el pelo.

—La cagué, Greg. No tengo ninguna excusa. No voy a inventar ninguna. La cagué. Cuando pienso en lo que pasó, en lo que quería hacer, en lo que le hice, a Ethan, me da asco. Me doy asco.

—Sí, bueno, eso no es lo suficientemente bueno, ¿verdad? No cuando miras a Ethan.

Miro al suelo. Tiene razón. —Y ahora la estoy cagando. Con ella. Contigo.

—Simplemente no lo entiendo. Dios o el karma o algo así debería encargarse de ti. Debería hacerte pagar. Pero aquí estás, el rey del mundo. Lo tienes todo y, además, ella *te* ama. ¡A ti!

Levanto la vista justo a tiempo para verlo parpadear, sacudir la cabeza.

—Después de todo, ella *te* ama. Un verdadero trabajo ese. Maldita masoquista hasta la médula. Son perfectos el uno para el otro.

Me pongo de pie.

—¿De qué estás hablando? —pregunto.

Se vuelve hacia mí. —Como si no lo supieras.

—Helena.

—Al menos llámala la puta chica Willow. Al menos, finge que eso es todo lo que ella es para ti, por mi bien.

—La han herido. Lo que hizo Lucinda...

—A la mierda lo que hizo Lucinda. A la mierda. Ella es la puta chica Willow. Es lo que se supone que debe suceder. Se supone que no debemos enamorarnos de ella. La tomas y la rompes. Es la regla. Y lo será cuando sea mi turno.

—Greg. —Pero todo lo que escucho en mi cabeza es: *Se supone que no debemos enamorarnos de ella.*

Helena se equivoca. No está solo.

Está enamorado.

O al menos cree que lo está.

—No. Vete a la mierda, Sebastian. Solo vete a la mierda, y ella, y todo. Me dejaste tener pedazos de ella mientras mirabas. Me dejas tocarla, pero quieres que te mire cuando lo hago. La castigas cuando me mira. La castigas cuando se corre y no es en tu polla. ¿Sabes qué? Tiene razón. No es justo.

—La compartí contigo, carajo.

—Para mantenerme bajo control. ¿Crees que no lo sé?

Me dirijo hacia él y él hacia mí. Una repetición de la otra noche.

—Porque la querías —digo.

—¿Y tal vez ella me quería? ¿Aunque sea un poco? ¿Es eso lo que te quema?

Empuño mis manos.

—No soportas escuchar eso, ¿verdad? Bueno, no me hagas más favores, *hermano*. Quédatela. Por ahora. Es la regla. Pero cuando llegue mi turno, si no has grabado tu marca en su piel, y no me digas que pensar en eso no hace que tu polla se endurezca porque seguro se lo hace a la mía, bueno, digamos que también cumpliré las reglas. La tomaré. Y la romperé y ambos desearán que hubieras sido tú quien lo hubiera hecho, porque cuando termine con ella, no quedará nada. Nada.

HELENA

Gregory se ha ido cuando bajo las escaleras más tarde esa noche. Su lugar no está listo para la cena y falta uno de los barcos. Sebastian parece ir en su segunda botella de *whisky*, sentado allí mirando el fuego, rellenando su vaso.

Me deslizo en el asiento junto al suyo. El asiento de Gregory.

—¿Dónde está?

No aparta la mirada del fuego, solo se encoge de hombros.

—¿Pelearon? —pregunto.

—Sí.

—¿Por mí?

—Por muchas cosas. —Se vuelve hacia mí, me regala una sonrisa que es la más triste que he visto en mi vida—. Y tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Ethan. Tú. Yo. —Niega con la cabeza—. Debe odiarme. Y merezco su odio.

—No, no es así —me pongo en contacto con él, toco su mano.

Es como si ni siquiera lo sintiera.

—También tienes razón, Helena. Todo esto nos destruye tanto como a ti.

—Sebastian...

—La chica Willow. Tomarla. Este pacto insensato nos lleva a nuestra destrucción tanto como a la suya. —Coge la botella de *whisky* para servirse un poco más, salpica el líquido sobre la mesa—. Sabes que dejamos de hacerlo una vez.

—Tal vez sea suficiente —digo, tratando de quitarle la botella. Ya ha tomado mucho.

La tira hacia atrás. —Yo diré cuándo es suficiente.

—Sebastian...

—Dos generaciones no lo hicieron. Fue entonces cuando empezamos a morir. Fue entonces cuando el primogénito comenzó a morir.

—¿De qué estás hablando?

—Solíamos ser cuatro. La chica Willow serviría a cuatro hermanos durante cuatro años. Pero cuando no tomaron a una chica, fue como si maldijéramos nuestra propia línea.

—No puedes creer en eso.

Encoge los hombros. —Está documentado, en realidad. Desde el principio. Si los hijos Scafoni no cumplen con su parte del trato, son castigados. Es para perpetuarlo. Para nunca olvidar nuestro deber.

—Sebastian, sabes que eso no tiene sentido.

—Timothy y yo, siendo gemelos, es la primera vez que ocurre. Tal vez, ya que hemos estado

tomando a las chicas Willow... Tal vez la maldición haya terminado. Quizás hayamos pagado.

—¿Maldición? —¿No oye lo ridículo que suena eso?

—Tal vez mis hijos sobrevivan.

Resoplo, niego con la cabeza. —¿Para continuar con esta enfermiza tradición? —Me levanto, me alejo—. ¿Para destruir más vidas?

—Ustedes también nos destruyen, recuérdalo. —Deja el vaso sobre la mesa y se levanta—. Camina conmigo.

No me da otra opción, sino que me toma la mano, teje nuestros dedos y caminamos.

—¿A dónde vamos? —pregunto, retrocediendo cuando no responde, cuando me doy cuenta de a dónde me lleva—. ¿Sebastian?

—Al mausoleo.

Me detengo. —¿Por qué?

—Sabes por qué.

Intento liberarme. —No. No quiero ir allí.

—Ya has estado allí. A pesar de que te dije que no estaba permitido.

No respondo, no espera que lo haga.

—Quiero mostrarte algo —dice.

—No me gusta ahí, Sebastian.

—No te va a pasar nada, Helena.

La forma en que me mira, no sé si es el licor o qué, pero es intenso y un poco aterrador, en realidad.

—Vamos mañana. Durante el día.

Casi se ríe de eso. —Son fantasmas, Helena. No pueden tocarte.

Continuamos, porque no tiene sentido discutir con él. Si él quiere que yo esté ahí, voy a estar ahí. Me llevará pateando y gritando si tiene que hacerlo.

Veo el resplandor de la luz roja a medida que nos acercamos al claro y juro que el ojo visible del ángel brilla a la luz de la luna.

Sin embargo, pasamos por la entrada de la habitación principal, como sé que lo haremos. Me conduce por el lateral del edificio y saca el teléfono, ilumina la puerta de la entrada de la parte trasera.

El candado está tirado en el suelo. Me pregunto si se habrá caído después de que hui de aquí. Si cree que fui yo, no dice nada, pero saca la cadena y abre ambas puertas de par en par. Ilumina con su luz el interior.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Lo que leíste en el diario de tu tía Helena.

Me toma la mano, la del anillo. —Esto no te pertenece.

Vuelvo a sentir esa extraña sensación, ese ardor en el lugar donde el hueso de Cain Scafoni rodea mi dedo.

—Pertenece a la tierra —dice—. Aquí.

Retiro mi mano. —Todavía no.

Todavía no. Pero más tarde, cuando esto haya terminado. Cuando este legado ya no sea así, cuando termine de una vez por todas. Cuando lo termine.

Porque seré la última chica Willow.

Lo sé.

Aunque me cueste la vida, sé que seré la última.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Todavía no —repito en voz baja.

Sebastian me analiza y asiente, y me pregunto si está pensando lo mismo. Que lo enterraremos cuando esto termine. Cuando realmente haya terminado.

—Sebastian —digo, deteniéndolo cuando da un paso hacia las escaleras que conducen bajo tierra y hacia esa oscuridad total.

Se gira hacia mí.

—¿Quieres que esto se acabe? —pregunto.

Su frente está arrugada, lo ha estado toda la noche. Como si estuviera sumido en sus pensamientos y tal vez en su luto.

Asiente una vez, luego se da la vuelta y alumbra con la linterna del teléfono la boca de esta oscura caverna antes de desaparecer en ella.

—Ven —llama.

Doy un paso vacilante, con el corazón acelerado, preguntándome cómo lo había hecho antes, cómo fui allí. Me aterra la energía que emana de ella, así como ese olor húmedo de una boca podrida.

—Helena. —Vuelve a subir y puedo ver una parte de su cara y su mano extendida—. Ven.

Alcanzo su mano y me estremezco, pero doy un paso adelante, luego otro y pronto estamos bajando a este lugar abandonado, y con cada paso, la temperatura baja, hasta que se siente como un frío y húmedo día de invierno.

Cuento los pasos, son trece.

De mala suerte.

Algo corre por el suelo y grito, y si no fuera por Sebastian que me sostiene, me daría la vuelta y volvería corriendo a subir esas escaleras y saldría de ese condenado lugar. A la noche y al santuario de la casa.

—Es una rata. Solo una rata.

—¿Has estado aquí antes?

—Sí —dice, y alumbra la habitación con la linterna. Es más grande que la de arriba y veo a lo largo de las paredes más antepasados de los Scafoni. Caminamos hacia una y en uno de los pocos lugares donde todavía puedo leer la inscripción, veo que se remonta al siglo XVIII.

—Tendremos que añadir un piso —dice, y no estoy segura de si está bromeando.

—Esto es espeluznante. ¿Podemos irnos?

—Todavía no.

No me suelta la mano y estoy agradecida por eso, ya que me guía por la habitación y veo a lo largo de las paredes donde se deben haber colocado antorchas en un punto para proporcionar luz.

Pero no es eso lo que me llama la atención. Es la gran losa en el otro extremo, la que está frente al altar como esperando su sacrificio.

Nos acercamos y Sebastian me libera para limpiar las telarañas, pero son demasiado gruesas y varios centímetros de polvo o suciedad se asientan sobre cada superficie plana.

—Aquí también debería haber una luz de santuario. Como arriba.

Busca con la linterna en el suelo mientras intento no escuchar el sonido de ratas u otros animales y me abrazo.

—¿Hemos terminado? —pregunto.

—Ven aquí —dice.

Me acerco a él y me tiende el teléfono. —Sostenlo.

Se agacha y estira la mano para tirar de lo que parece ser un pesado cofre casi sepultado por el polvo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Sus músculos trabajan mientras lo libera y luego se levanta para mirarlo.

—Tu tía, lo que escribió sobre la ceremonia de marcado. —Se acerca y lo abre—. No sabía que el hermano del medio la había marcado como suya.

—¿Marcado?

Asiente. Abre la pesada tapa. Dentro hay varios objetos, ninguno de los cuales puedo distinguir o nombrar. Sebastian, sin embargo, se agacha de nuevo y lo examina, en busca de algo.

—La culparon por el asesinato de Cain, pero fueron sus hermanos, al menos según su diario. Lo que tiene sentido. No puedo imaginar que ella hubiera sido lo suficientemente fuerte como para asfixiarlo.

Encuentra lo que está buscando. Cuatro cosas.

Se endereza y las coloca en el altar.

—¿Qué son? —pregunto, pero creo que lo sé.

Coge el primer hierro. Tiene aproximadamente treinta centímetros de largo. El mango es de metal tejido con algunos centímetros de madera desgastada y tiene tres puntas que terminan en una forma plana casi circular, pero no del todo. Hay marcas, casi cuatro compartimentos.

Pone esa primera y coge la segunda, la descarta también y cuando llega a la tercera, coge esa.

—Esta es mía. —La sostiene para que la vea.

—¿Qué es eso?

—El escudo de armas que viste en la puerta principal, ¿notaste que había tres más pequeños a lo largo de la base de la puerta?

Niego con la cabeza. No había mirado tan de cerca.

—Mira esto aquí —señala una marca de algún tipo con forma de medialuna. No significa nada para mí—. Segundo al nacer. Es mío. Este de aquí —dice, señalando a otro—. Este es de Ethan, y este es de Gregory. Dependiendo de tu lugar en el orden jerárquico, tienes un símbolo. —Recoge el último—. Este habría sido de Timothy.

—¿Por qué me muestras esto? ¿Para qué se utilizan?

—Se transmiten de generación en generación. Cada hermano tiene el suyo. Eso es lo que me dijo Gregory en la oficina de Gallo. Lo que estaba preguntando.

—No entiendo.

—Claro que sí. Pero lo explicaré de todos modos. Mira, hay una salida. Tu tía la tomó. Si uno de los hermanos quiere quedarse con la chica, ella tiene que aceptar que la marque como suya.

Esto es una locura. Parece de la Edad Media.

Soporté la ceremonia de marcado.

—Tiene que ser su elección. No se puede forzar. Esta habría sido la marca que mi tío abuelo habría quemado en la piel de tu tía Helena para reclamarla. Ves, es otra forma en que las Willow nos destruyen. Destruyen a nuestra familia.

—Nos secuestran. No tenemos opción.

—Te daré una opción, Helena.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Lo quieres?

—¿Qué?

—¿Lo quieres? ¿A mi hermano?

—¿Volvemos a esto?

—Porque él te reclamará. Él me lo dijo. Es por eso por lo que te he compartido, esperando que no llegara a eso. Esperando que estuviera lo suficientemente feliz como para olvidarlo. Para olvidarte.

—¿Qué?

—Te alejará de mí cuando llegue el momento.

—No lo haré.

—No será tu elección. No en ese momento. Nunca más. Por eso te la estoy dando ahora.

—No puede obligarme.

Se ríe abiertamente. —¿En serio? Mira a tu alrededor. ¿Dónde estás? Podemos obligarte a hacer lo que queramos.

No tengo respuesta.

—Te tomará y te romperá. Lo juró.

—Él no... me haría daño.

—No lo conoces.

—Eso es lo que dice de ti.

—A menos que te marque como mía.

Lo escucho. Y aunque entendí de qué se trataba, es diferente escucharlo decirlo. Escucharlo en voz alta.

—¿Me marcarás?

Sebastian asiente.

—¿Con eso?

No asiente ni responde, pero lo veo en sus ojos.

Sacudo la cabeza, retrocedo y subo corriendo las escaleras, tropezando, agarrándome de la piedra sucia y húmeda. Una vez que estoy afuera, corro a casa. Pienso en lo que vi en el cuello de mi tía Helena durante mi sueño. Era el borde de la marca. Explica por qué, sin importar qué tan caliente estuviera, usaría cuellos altos.

Por qué siempre mantenía su cuello cubierto.

No había querido mostrar su vergüenza.

Que amaba a un monstruo Scafoni.

Lo amaba lo suficiente como para dejarlo grabar su marca en su piel.

SEBASTIAN

Cuando éramos pequeños, mis hermanos y yo bajábamos a esa parte más antigua del mausoleo a jugar a retarnos. Nos asustábamos los unos a los otros. Gregory en particular era bueno en eso. Aunque Ethan era mayor que él, Greg aún podía ganarle.

Lucinda nos atrapó una vez. Tenía diez u once años y todavía lo recuerdo muy bien. Carajo, ese es un recuerdo que desearía poder olvidar.

El mausoleo estaba prohibido para nosotros. Una de las pocas cosas que lo estaban. Sin embargo, nunca dejamos que eso se interpusiera en nuestro camino. Era uno de los mejores lugares para jugar, especialmente después del anochecer.

Solo nos encontró porque habíamos sido lo suficientemente estúpidos como para encender una de las antorchas que habíamos encontrado para iluminarnos. Fue la primera vez que veíamos bien el lugar y recuerdo el hedor de la rata que se estaba descomponiendo en la esquina. Habíamos encontrado algunos palos y estábamos pinchando varias partes de ella.

Nunca olvidaré el sonido de sus tacones mientras bajaba las escaleras: pasos lentos y calculados, nuestro miedo aumentando con cada uno.

Eso era parte de tratar con ella. Le gustaba asustarnos. Incluso se lo hacía a Ethan y Gregory desde el momento en que pudieron caminar.

Me culpó, por supuesto. Eso no era nada nuevo. Pensé que solo me azotaría, como siempre lo hacía. Me dolía muchísimo, pero sabía los riesgos para entonces y me llené de valor cuando llegó el momento de tomar mi castigo.

No le permitiría que me acobardara. No le permitiría pensar que tenía una ventaja sobre mí, ni siquiera cuando dejaba caer un azote tras otro. Nunca lloré. Nunca hice un sonido. Y eso, probablemente, solo empeoró las cosas para mí.

Pero esa noche, Lucinda se puso creativa.

Dirigió a mis hermanos por las escaleras, pero cuando llegó el momento de pasar por la puerta, se detuvo y se volvió hacia mí. Con solo una sonrisa en lugar de palabras, cerró la puerta lentamente y tejió esa cadena, deleitándose en colocarla, saboreando el miedo en mi rostro.

—Duerme con los muertos esta noche, Sebastian. Ve si les gusta cuando los molestas.

Nunca olvidaré sus palabras. Todavía me estremezco ante el recuerdo y entiendo que Helena duerma con las luces encendidas. Lo hice durante mucho tiempo después de eso porque esa antorcha que habíamos encendido duraba aproximadamente una hora y todavía tenía la larga y negra noche por delante.

Había estado tan asustado, que, en un momento, me había meado.

Sin embargo, ya no tengo miedo, o estoy demasiado ebrio para preocuparme. Me tomo mi tiempo para recoger los hierros. Son más pesados de lo que pensarías. Me abro paso en la

oscuridad y subo las escaleras. Trece. Los he memorizado. También sé que el olor a tierra se aferrará a mi ropa y llenará mis fosas nasales durante horas o días.

Regreso a la casa, dejo caer los hierros sobre la mesa en el patio y me siento. No les quito los ojos de encima mientras bebo *whisky* directamente de la botella.

Quiero que esta noche termine.

Que hoy no hubiese pasado.

Quiero borrarlo.

Cuando finalmente me levanto, golpeo mi rodilla contra la pata de la mesa. Murmurando una maldición, entro, subo las escaleras hasta la habitación de Helena.

—Helena. —Me escucho a mí mismo, escucho cómo sueno.

O no me oye o finge no hacerlo y voy a apostar por esto último. Oigo la ducha en su baño.

Debe querer quitarse el hedor del mausoleo. Yo también.

Me quito la ropa y la dejo caer al suelo. Sin golpear, entro al baño.

Se sorprende de verme, lo que supongo que me sorprende porque a estas alturas tiene que saber cómo funciona.

Abro la puerta de la ducha y entro, le quito la esponja de las manos y la tiro a un lado.

—¿Por qué corriste?

—No me gusta ese lugar.

—Sí, bueno, tampoco es mi favorito. —La miro desnuda, su piel brilla mientras el agua se desliza sobre ella. Ahueco su pecho, lo peso. No me canso de ella.

—¿Quieres hacerme eso? —pregunta.

Miro su cara y reconozco que he superado cualquier cosa que se parezca a estar remotamente sobrio. Mis reacciones son lentas, como mínimo.

La empujo contra la pared y deslizo mi mano hacia abajo para acariciar su coño.

—¿Quiero poner mi marca en ti?

Estoy duro. Mi hermano tenía razón. La idea de marcarla me endurece la polla.

Alcanzando detrás de ella, apago el agua y la miro mientras le froto el coño. Bajo la cabeza para meterme un pezón en la boca.

—¿Eso quieres? —pregunta de nuevo cuando no contesto de inmediato.

—No me canso de ti, Helena —le digo, besándola—. Quiero todo de ti. Nunca he querido nada ni a nadie tanto como te quiero a ti y solo... parece que no puedo acercarme lo suficiente.

Traga, desliza sus manos sobre mis brazos, hasta mis hombros.

—¿Quieres lastimarme así?

—Lastimarte me excita. Pero también a ti. —Le pellizco el clítoris y se estremece, pero se lame los labios y arquea la espalda—. Punto.

La levanto en mis brazos para llevarla al dormitorio. La acuesto en la cama y me subo encima de ella.

—Dijiste que las Willow tienen una enfermedad, bueno, creo que los Scafoni estamos igual de enfermos.

Me meto en su coño, mirándola mientras lo hago. Me gusta ver su cara así, verla tomarme mientras se ha estirado demasiado.

La beso.

—¿Cuál es tu enfermedad? —pregunta.

—Te quiero. No puedo dejar de pensar en ti. —Le agarro el pelo y jalo su cabeza hacia atrás—. Estás bajo mi maldita piel y estoy destruyendo a mi familia por ti.

Me observa, sus ojos enormes clavados en los míos como si estuviera conteniendo la

respiración.

—¿Quién pensó que solo serían las Willow las que sufrirían? —Sacudo la cabeza, pienso en lo ridículo de todo esto. Me pregunto si siempre ha sido así entre la chica Willow y su amo Scafoni—. Soy humano. Y te quiero. Quiero que me quieras. Mierda. Tal vez incluso te amo de alguna manera enferma y retorcida.

Amor.

Le agarro el pelo y fuerzo su cabeza hacia atrás. No quiero que se pierda la siguiente parte.

—Deberías correr como perseguida por el diablo, Helena, porque cuando pienso en ti, con la espalda desnuda, lista para tomar mi marca, se endurece mi polla.

Ella empuja contra mí, obviamente sorprendida por lo que acabo de decir. Agarro sus muñecas, las sostengo en una de mis manos y empujo con fuerza.

—Te dije que es enfermizo. Retorcido.

—Sebastian, estás ebrio.

Asiento, empujo una vez más antes de salirme, levantarme de la cama, tropezando hacia atrás.

Ya no quiero follar. Esto es más que eso. Esta noche. Este día. Todo esto.

—Mi hermano tiene razón. Karma, o Dios, o algo debería castigarme. Dios sabe que me lo merezco por las cosas que he hecho.

Se sienta, coge un camisón de debajo de la almohada y se lo desliza sobre la cabeza.

Miro hacia abajo a la pila de ropa en el suelo. —Ese olor nunca saldrá. Tendremos que quemarla —digo, caminando hacia la puerta que conecta nuestras habitaciones. Me toma dos intentos poner la mano en el pomo de la puerta y abrirla.

—Sebastian. —Helena está a mi lado.

—Vuelve a tu cama, Helena.

—No.

No sé si es el alcohol o el día, pero apenas puedo pararme y caigo en la cama.

—Ve a la cama. Te lo digo. Déjame solo —digo.

Se sube a mi lado, me envuelve con sus brazos. —No.

Me las arreglo para ponerme de lado para mirarla. —Estoy tan jodidamente cansado, ¿sabes?

—Lo sé.

Toco su cara solo con las yemas de los dedos. —Voy a lastimarte. Deberías volver a tu habitación. Aléjate de mí.

Nos miramos durante mucho tiempo y ella se acerca para tocarme la mejilla.

—No me lastimarás —dice, acomodándose contra mi pecho—. Y no puedo dormir sin ti.

MI CABEZA PALPITA CUANDO ME DESPIERTO. HELENA SE HA IDO Y EL RELOJ DE LA MESITA DE noche me dice que es de tarde.

Me lleva un minuto sentarme.

Entro en el baño, me trago dos ibuprofeno y luego me decido por dos más. Enciendo la ducha y me coloco debajo del agua. Recuerdo lo que sucedió anoche, lo que dije, y no sé si es una bendición o una maldición que nunca olvido ninguna maldita cosa. Ni una.

Cuando termino, me pongo un par de *jeans* y bajo las escaleras con el pecho y los pies desnudos. Veo a Helena antes de que ella me vea. Tiene un fuego encendido y está sosteniendo uno de los hierros para la marca.

Mierda.

Los dejé afuera. ¿Por qué demonios los saqué de esa tumba? Debería enterrarlos.

—¿Qué haces? —pregunto.

Ella se sobresalta y se gira. Sus ojos me escanean, flotando sobre mis hombros y estómago antes de volver a los míos.

—¿Cómo te sientes? —pregunta con una pequeña sonrisa engreída.

—Es jodidamente grosero responder una pregunta con otra pregunta —murmuro y entro en la cocina para tomar una taza de café, ya que ya han retirado el desayuno. Bebo un sorbo grande y preparo tocino y huevos antes de regresar al patio a esperar la comida. Me siento en mi lugar en la mesa.

—¿Por qué lo tienes?

—Estaba aquí. Este es el tuyo, ¿verdad? —pregunta, sacándolo del fuego, señalando la media luna. Está muy caliente, es naranja brillante.

—Maldita sea, Helena —digo poniéndome de pie, quitandoselo. Salgo a la piscina y meto la marca en el agua y la escucho silbar y echar humo.

Helena aparece detrás de mí. —¿Eso es lo que quieres hacerme?

La miro.

—¿Terminará con las cosas? ¿Le pondrá fin al legado de la chica Willow?

—No. Incluso si te salva, esta tradición continuará.

Se da la vuelta y niega con la cabeza. —Pero todavía te endurece la polla pensar en quemar esto en mi piel.

Dejo caer el hierro aún humeante en el suelo junto a la piscina. —Estaba jodido anoche. Dije algunas estupideces.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

—No lo sé. Creo que fue la verdad, Sebastian.

—Tengo dolor de cabeza, Helena. Déjame en paz.

Alguien se aclara la garganta y baja mi plato.

Helena se sienta en la silla vacía de mi hermano. No pensé que realmente lo echaría de menos.

Me siento en la mía y cojo mi tenedor.

—¿Por qué bebiste tanto?

—Porque ayer fue un completo día de mierda.

—¿Por tu hermano?

—No es su culpa. Es mía. Es toda esta situación.

—¿Por qué me llevaste allí? ¿Por qué me mostraste esos hierros?

—No lo sé. Yo no te haría eso, Helena. Incluso si lo quisieras.

—¿Incluso si eso significa entregarme a tu hermano?

Mi mandíbula se tensa.

—Si dijera que sí...

—No.

—Pero si dijera...

—Dije que no, carajo. No está en discusión.

—¿No es este el punto? En última instancia, ¿no se reduce a esto?

Me froto los ojos, la cara.

—Bien. Respóndeme otra pregunta y te dejaré en paz —dice.

Asiento.

—¿Por qué me pusiste a prueba? Con la llamada telefónica.

Suspiro profundamente. —No fue tanta prueba, Helena. Podía ver cosas entre tú y mi hermano y no me gustó. Eso es todo.

—Sabías que me enojaría con él porque no me dijo que lo sabías.

Asiento.

—¿Qué hay de él? ¿También querías que él se enojara contigo?

—Creo que te ama —digo en lugar de responder a su pregunta.

Se sorprende, lo veo.

—Eso no es posible —dice.

—¿Por qué no? ¿No sería más sorprendente si no lo hiciera? Quiero decir, tú eres quien me dice todo el tiempo que es solitario.

—No solitario. Solo.

—No importa. Esto, toda esta situación; él como es, con nosotros todo el tiempo, yo compartiéndote con él, tendría que ser un robot para no enamorarse de ti o al menos pensar que está enamorado de ti.

—No. Te equivocas. Él no me ama. Este es un concurso de meadas. Él me quiere porque tú me tienes. Quiere su propia chica Willow.

—¿Te tengo? —pregunto, mi mente repentinamente despejada como el día.

Me estudia, pero no responde.

—Porque te quiero, Helena. Lo que dije anoche. Yo también lo recuerdo. Y sigo pensando que deberías huir de mí. De cualquiera de nosotros. Porque cuando esto termine —comienzo, sacudiendo la cabeza mientras pienso, apartando mi plato antes de volver mi mirada a la suya—. Cuando esto termine, todavía te querré. Te amo. Y te advierto que corras como perseguida por el diablo porque tienes razón. Esto no va a terminar bien para ti. Ni para mí. Para ninguno de nosotros.

Se acerca para poner su pequeña mano sobre la mía.

—Me tienes, Sebastian. Y como anoche, no me puedes obligarme a ir a ningún lado. Te necesito. Te amo.

Sus ojos se llenan y la miro.

—Esto es lo que sucede. Esto es con lo que nadie cuenta. Creo que mi tía Helena amaba a tu tío. Creo que mi tía Libby puede haber amado a tu padre. Tan jodido como es, esta es la parte más triste de todo esto.

SEBASTIAN

La siguiente semana es la más tranquila que he pasado en esa isla. Incluso de niño, siempre ha sido agri dulce. Tanta tragedia, mucho duelo, odio y muerte. Pero esta semana se siente diferente.

Se acerca el otoño y el aire fresco se siente bien después del calor de las últimas semanas. El cambio será bueno. Necesitamos el cambio, Helena y yo.

Pero siento la pérdida de mi hermano de forma más intensa de lo que pensé. Creo que ella también, pero ninguno de los dos habla de eso. Gregory no ha llamado y todos los mensajes que he dejado han quedado sin respuesta.

También pienso en Ethan. Durante años, he dejado que lo que sucedió se quedara en el fondo de mi mente, su presencia era un recordatorio constante de lo que había hecho y, en cierto modo, eso era suficiente castigo. Pero ahora no pienso en mi propio castigo. Tengo una deuda con Ethan. Le debo una vida mejor que una bajo las reglas de Lucinda.

—¿Puedo volver a intentarlo con mi hermana? —pregunta Helena mientras bebo lo último de mi café.

Asiento y le entrego mi teléfono.

Ha estado intentando localizar a Amy durante la última semana, pero, al igual que mis llamadas a Gregory, van directamente al buzón de voz. Una llamada a casa confirmó que Amy había hecho lo que amenazaba con hacer. Se marchó. Nadie sabe dónde está y su teléfono ha estado desconectado.

Al cabo de unos segundos, Helena termina la llamada, decepcionada. Esta vez no deja ningún mensaje. Vuelve a colocar el teléfono sobre la mesa.

—Probablemente no quiere que tus padres la rastreen. Estoy seguro de que está bien. —Sin embargo, no lo sé—. Salgamos de aquí un rato. Hagamos un viaje. Sería bueno tener un cambio. Estar cerca de las personas.

—Vaya. Nunca pensé que dirías esa última parte —dice.

—¿A dónde quieres ir?

Antes de que ella tenga la oportunidad de responder, mi teléfono vibra en la mesa entre nosotros. Ambos miramos la pantalla.

Es Joseph Gallo. Lo recojo.

—Joseph.

—Tengo noticias —dice sin saludar. Desde esa noche en su oficina, ha trabajado duro para demostrarme su lealtad y creo que quizás lo juzgué con mucha severidad.

—¿Lucinda?

—Sí. Recibí una llamada de ella. Parece que necesita fondos.

Sonríó. —Me imaginé que esa sería la forma de hacerla salir.

Congelé sus cuentas y las de Ethan cuando desaparecieron. Solo entonces me di cuenta de que ella le había estado robando. Retiraba dinero de su cuenta y lo ponía en la suya. Robándole a su propio hijo.

—Siempre puedes confiar en que Lucinda será Lucinda. ¿Dónde está?

—En las afueras de Filadelfia.

—¿Qué está haciendo ahí?

Pero lo recuerdo en el momento en el que hago la pregunta.

Su familia tenía una finca allí que fue declarada en ruinas hace algunos años, mientras mi madre todavía estaba viva. Tengo algunos recuerdos vagos de conversaciones al respecto y de mi padre diciéndole a Lucinda que lo olvidara, que no invertiría dinero en esa casa arruinada.

—De un vistazo a sus estados de cuenta bancarios, ha estado reconstruyendo la casa Ayer durante años, Sebastian.

Ayer es su apellido de soltera.

—¿Cómo no sabíamos esto? Para reconstruir una casa de esa escala se requiere un capital significativo.

—Lo hacía de una forma muy inteligente; con incrementos lo suficientemente pequeños como para que no notaras que los fondos salían de la cuenta de Ethan, especialmente si no tienes motivos para esperar que le robara a su propio hijo.

—Debería haberlo notado —digo. Debería haber prestado más atención a los detalles.

—Lo hecho, hecho está. Y la buena noticia es que incluso si tienes una hermosa casa, necesitas dinero para vivir y se le está acabando. Le dije que transferiría fondos lo antes posible para que se quede tranquila. ¿Qué quieres que haga?

—¿Ethan está con ella?

—Sí.

—Bien. Muy bien. Quiero que no hagas nada. Voy a salir ahora. Debería estar allí dentro de doce horas.

—De acuerdo.

—¿Alguna noticia sobre Gregory?

—Nada aún.

—¿Y sobre Amelia Willow? —Miro hacia arriba para encontrar los ojos de Helena en mí.

—No. Seguiremos buscando. Aparecerá.

—Gracias, Joseph. Has sido un buen amigo.

—Buena suerte.

—Nunca he confiado en la suerte. —Me levanto y meto el teléfono en mi bolsillo—. Empaca. Vamos a Filadelfia.

—¿Filadelfia?

La acompaño al interior. —Tampoco es el lugar que tenía en mente.

CON EL JET PRIVADO, LLEGAMOS A FILADELFIA A PRIMERA HORA DE LA TARDE. PARA CUANDO conducimos a la casa, que está a unos cuarenta minutos de la ciudad, son casi las siete y media. La casa es una enorme y antigua finca de piedra, una mansión con quince dormitorios y acres de tierra. Solo la he visto en fotografías y lo que veo ahora es muy diferente de lo que había en esas fotos.

Me sorprende encontrar las puertas abiertas y la casa iluminada, en la entrada están alineados automóviles que harían que cualquier coleccionista sintiera envidia.

—Supongo que tenemos suerte de que esté dando una fiesta. No creo que nos hubiera dejado pasar por la puerta.

—La casa es enorme —dice Helena. Está sentada a mi lado mientras aparco nuestro coche y apago el motor. Se gira hacia mí—. ¿Cuál es el plan?

—Vamos a colarnos a una fiesta —digo, abriendo mi puerta y saliendo a su lado para ayudarla.

Es una fresca noche de otoño y Helena se abraza en la chaqueta. Yo llevo *jeans* y una camiseta. Es lo que me había puesto antes ese día.

Tomo la mano de Helena y caminamos hacia la gran entrada de la casa con su amplia escalera que conduce a dos puertas de madera de gran tamaño. Un hombre está listo para abrirlas, solo observando momentáneamente nuestra ropa.

Es una fiesta de lujo. Justo lo que esperaba de Lucinda.

Lucinda es fácil de detectar. La veo antes de que ella me vea. Está de pie en el escalón inferior de la gran escalera hablando con un grupo de hombres y mujeres. Sonríe y, por la forma en que mueve los brazos, creo que está presumiendo la casa.

Sonríó ampliamente, aprieto la mano de Helena y camino hacia ella.

La multitud se dispersa. Solo los veo en mi periferia porque mis ojos están fijos en Lucinda, vestida de negro de pies a cabeza, su cuerpo demasiado delgado, más bien demacrado, lo que le da una cualidad casi de bruja. No creo que el cabello oscuro intenso ayude. Su color natural es un marrón parduzco que recuerdo de antes.

Ya casi llegamos a ellos antes de que ella nos note. De hecho, me sorprende que le tome tanto tiempo. Pero en el momento en que procesa nuestra presencia, su expresión cambia a una de incredulidad, luego algo cercano al terror.

—Lucinda —digo, deteniéndome a unos centímetros de ella—. Si hubiera sabido que estabas dando una fiesta, nos hubiéramos vestido para la ocasión.

Le lleva un minuto completo recuperar la compostura. El tiempo suficiente para que las parejas a su alrededor se miren cuestionándose.

—Disculpen —dice Lucinda, pasando a través de ellos y viniendo hacia nosotros—. Mi hijastro está aquí. Con su pequeña *novia*.

Se detiene a unos centímetros de mí, con los ojos fijos en los míos, pero luego se vuelve hacia Helena y toca su mejilla con la de Helena a modo de saludo.

Veo sus labios moverse y siento a Helena tensarse, pero no escucho lo que dice.

—¡Sebastian! —Es Ethan. Llega de la esquina luciendo un esmoquin, sonriendo y sosteniendo un martini en una mano.

Si no lo conocieras, si no lo escucharas hablar o lo vieras interactuar, pensarías que es como nosotros. Normal.

—Ethan —digo, sintiendo algo diferente a mi irritación habitual.

Me pregunto cuánto de esa molestia fue la influencia de Lucinda todos estos años. Ella siempre estaba con él dondequiera que fuera. Tampoco creo que fuera por amor maternal. Pero quizás estoy siendo prejuicioso.

—Me alegro de verte, hermano —digo.

Se acerca para abrazarme, pero se detiene, algo como el pánico cruza sus rasgos cuando ve a Helena a mi lado.

Cambia su mirada de la suya a la mía.

—Está bien, Ethan. —Lo miro—. Lo sé.

—¿No estás enfadado?

—No contigo.

Me vuelvo hacia Lucinda. —Tenemos que hablar. Ahora.

HELENA

La casa es espectacular. Hace que la de la isla parezca casi provincial. Pero estaría feliz de volver a la isla que estar aquí en la casa de Lucinda. Incluso viendo a Ethan, aunque sé que no es responsable de lo que hizo, es difícil no encogerse de miedo.

Lucinda, Sebastian y yo nos reunimos en la biblioteca, que abarca el primer y segundo piso. Estamos en el nivel superior.

Hay tantas personas aquí que no creo que alguien se dé cuenta de que falta la anfitriona.

Es una biblioteca magnífica, pero noto que está infrecuentada, desdeñada. La escala y la novedad de esta pueden hacer que la nuestra en la casa Willow parezca casi polvorienta, pero, aun así, la prefiero a esta.

Los asientos parecen nuevos, muy nuevos para ser cómodos y no lo son. Son de cuero, de estilo antiguo y masculinos. Tengo la sensación de que todo esto está aquí para aparentar.

—Veo que encontraste a tu chica Willow. Todo sanado, ¿verdad? —me pregunta Lucinda.

Sebastian no pierde el tiempo después de dar la vuelta al lugar. Lanza una sonrisa, una que conozco, una que envía un escalofrío a lo largo de mi columna vertebral.

Coge a Lucinda por los brazos. Le da una sacudida.

—Debes saber que la única razón por la que no estás muerta es Ethan.

—¿Cómo te atreves a amenazarme? En mi propia casa.

—¿Tu casa? Creo que Ethan ha pagado por la remodelación. —La suelta y se sienta en una de las sillas—. Me alegra ver que, al menos, has utilizado materiales de alta gama. Me lo quedaré.

—Claro que no lo harás.

—Le robaste a tu propio hijo.

Hace eso de cuando su ojo izquierdo se estremece, pero se sienta y, curiosamente, enciende un cigarrillo que toma de una caja en la mesa auxiliar. Nunca la he visto fumar ni lo he oído en ella. No sabía que lo hacía.

—No deberías fumar en la casa. No es bueno para la pintura —dice Sebastian.

—¿Qué quieres? —pregunta Lucinda—. ¿Estás aquí para castigarme? ¿Por lo que le hice a ella o lo que te hice a ti?

—No, los castigos han terminado. Estás acabada.

—¿Entonces qué quieres?

—Quiero que desaparezcas. Quiero que te vayas, lejos de Ethan, para siempre.

Ella resopla. —¿Para que una vez que lo hayas expuesto no tenga nada? No sé cómo puede ser una amenaza para ti después de lo que hiciste. Te encargaste de eso, ¿no?

Los ojos de Sebastian se estrechan, pero él lo toma, a pesar de que tarda un momento en

responder.

—No lo voy a exponer. Esta es solo una variación de la oferta que te ofrecí antes. Excepto que esta vez, vas a aceptarlo y vas a hacer exactamente lo que te digo.

—¿O qué?

—O te *mataré*, con Ethan o sin él.

Lucinda me mira, luego vuelve a mirar a Sebastian como si no pudiera creer lo que está escuchando. Veo cómo tiembla su mano mientras se lleva ese cigarrillo a la boca y respira.

—Ethan nunca sabrá más en cuanto a su paternidad. Francamente, no me importa quién sea su padre. Me aseguraré de que esté atendido *adecuadamente*. Me aseguraré de que tenga el lugar que le corresponde como hijo Scafoni.

—¿Qué significa eso? —pregunta ella, mirándome de reojo.

—Esto no tiene nada que ver con la chica Willow. Eso todavía está fuera de discusión y, honestamente, no es de tu incumbencia.

—¿Qué obtengo?

—Dinero. Lo único que quieres. Tendrás una pensión mensual. Una generosa. Pero nunca volverás a estar en contacto con mi hermano.

Tira la ceniza en un cenicero y luego aplasta por completo el cigarrillo a medio fumar.

—No tienes opciones, Lucinda. No puedes volver a la isla ni a ningún hogar Scafoni. Te hago esta oferta solo una vez. Lo decides aquí y ahora. La tomas, te despidas de Ethan, le dices lo que quieras decirle, y para mañana, te habrás ido. Si no la tomas, bueno, como quiera te irás.

Su amenaza me hace estremecerme. Me pregunto si es capaz de hacerlo. Me pregunto hasta dónde está dispuesto a llegar.

—Ethan se encargará de mí.

—Ahora yo administro sus cuentas. No está en condiciones de hacerlo, como sabes, y te has estado aprovechando.

—Es mi hijo, Sebastian.

—Al igual que Gregory. No te oigo llorar por él.

Escudriña a Sebastian, sus ojos llorosos la delatan, por primera vez desde que la conozco, asustada.

Sebastian se pone de pie.

—Helena —dice, extendiéndome la mano.

La tomo, me pongo de pie, pero me detengo unos pasos después.

—¿Por qué lo hiciste? —No puedo evitar preguntar—. ¿Por qué secuestrarme y dejarme en esa habitación así? ¿Qué obtienes de lastimarme?

Lucinda arrastra su mirada a la mía.

—He visto la destrucción que causan las chicas Willow. ¿Crees que me gustaría vivirlo otra vez? —Se levanta lentamente, sin apartar nunca sus ojos de mí—. Te odio, a todas ustedes —hace una pausa—. Te. Odio.

—Vamos —me dice Sebastian, arrastrándome hacia la puerta—. Vámonos. No obtendrás nada de valor de ella.

Me estremezco cuando salimos de la biblioteca. Es literalmente como si estuviera mudando una piel fría y muerta.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Está tan llena de odio. Nunca conocí a nadie así. —Me apoyo en la barandilla, sin darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración. En la planta baja, un pianista toca música clásica y los huéspedes se mezclan, beben champán y comen canapés, sin darse cuenta.

—Olvídate de Lucinda —dice.

—Un poco mal vestidos, ¿no?

Salto cuando me doy la vuelta y encuentro a Gregory de pie contra la pared. Me pregunto cuánto tiempo ha estado allí. Me pregunto si estaba escuchando por la puerta de la biblioteca.

Levanta su vaso como en un saludo, luego bebe.

Sebastian da un paso hacia él. —¿Qué demonios haces aquí?

—Visito a nuestra querida mamá —le responde a Sebastian, pero sus ojos se posan en mí.

—¿Sabías que ha estado aquí todo el tiempo?

Se vuelve hacia Sebastian. —No. Me acabo de enterar. —No sé si miente o no—. ¿Cómo está nuestra chica Willow? Espero que la estés cuidando bien.

Casi puedo oír a Sebastian hervir cuando Gregory arrastra su mirada sobre mí lentamente, a propósito, antes de acercarse a mí.

—¿Encontraste los hierros? —pregunta, su aliento es un susurro que me hace estremecerme y me pregunto si eso es lo que está haciendo. Si busca una marca.

—Quiero irme —le digo a Sebastian—. No quiero estar aquí.

—Nos quedamos, Helena —responde Sebastian, con la mirada puesta en Gregory—. Estaremos aquí hasta que limpie la casa de las alimañas.

—Ay —dice Gregory—. ¿Eso significa que solo los hermanos retardados pueden quedarse?

Un instante después, Sebastian y Gregory están frente a frente y agarro el brazo de Sebastian para intentar separarlos.

—Basta. Dejen de pelear.

—Esto no es sobre ti, chica Willow. Métete en tus propios asuntos —dice Gregory.

Sebastian agarra el cuello de la camisa de Gregory y lo arrastra hasta la barandilla, empujándolo hacia atrás sobre ella. Su espalda está doblada en lo que debe ser un ángulo doloroso.

Gregory solo le sonríe, como si lo desafiara a hacer más. A lastimarlo. A tirarlo.

—Detente, Sebastian. Vas a lastimarlo. ¡Vas a lastimarlo de verdad!

Le lleva un largo minuto, pero veo cómo Sebastian nota a la gente en el piso de abajo, mira a su hermano, cómo lo sostiene.

Son otros momentos antes de que lo levante, lo suelte y retroceda.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto a Gregory.

Estira las mangas de su chaqueta, con los ojos puestos en Sebastian, que le da la espalda.

—Como si te importara, Helena —dice Gregory. Me mira, termina su bebida, que de alguna manera consiguió no derramar—. Como si te importara un carajo.

Una vez más, me encuentro exhalando mientras lo veo desaparecer por las escaleras y salir por la puerta principal, depositando su vaso vacío en la bandeja de un camarero que pasa.

—Carajo —dice Sebastian.

—Por favor, vámonos. Vámonos de aquí.

—No puedo, Helena. Tengo que asegurarme de que Lucinda haga lo que le he dicho. —Llama a una mujer uniformada que sale de una de las habitaciones más lejanas—. ¿Cómo te llamas? —le pregunta.

—Marion, señor.

—Marion. Necesitamos una habitación. Helena necesita acostarse.

Ella me mira con preocupación.

—Por supuesto. Por aquí, señorita.

—No necesito acostarme —le digo a Sebastian.

—Ve con ella. —Su mirada se posa en las escaleras—. Necesito ocuparme de algunas cosas. Volveré lo antes posible.

—No vayas tras él, Sebastian.

Se vuelve hacia mí, me cubre la cara con sus grandes manos. —Estarás a salvo. Ya nadie te va a lastimar. Descansa un poco.

No tengo otra opción, además, entre la diferencia de horario, el vuelo, Lucinda y, sobre todo, Gregory, estoy agotada y sigo a Marion a uno de los dormitorios.

HELENA

Sebastian no ha vuelto cuando me despierto. Es silencioso y una mirada a la ventana me dice que todavía es de noche.

Me levanto y me abrazo ante el frío. El reloj de la mesita de noche dice que son poco más de las tres de la mañana. Voy a la ventana, que tiene vista al jardín trasero de la casa. Incluso en la oscuridad, puedo ver que la propiedad es amplia.

En el baño salpico agua en mi cara, preguntándome dónde está Sebastian. Me pregunto cómo me quedé dormida como lo hice.

Cuando abro la puerta, la casa está en silencio. Es casi como si no hubiera nadie aquí.

Entro en el pasillo y camino hacia las escaleras, haciendo una pausa en las puertas de la biblioteca, recordando.

Ahora está oscura, no veo ninguna luz debajo de la puerta. Estoy descalza, así que no hago ningún sonido, pero no importa. No hay nadie alrededor, solo queda una lámpara encendida en la sala de estar y quedan algunas copas como prueba de que alguien ha estado aquí.

Bajo las escaleras y voy a la puerta principal. No está cerrada, la abro y me siento aliviada al encontrar el coche en el que venimos aún estacionado en el mismo lugar que cuando llegamos.

Exhalo, ¿pero qué pensaba? ¿Que Sebastian me dejaría aquí?

Hay otra lámpara encendida en el gran comedor. Aquí, vasos y copas de cristal limpios y una variedad de copas de vino están listas para guardarse por la mañana. Supongo que la puerta que da al comedor es la cocina y hay una franja de luz debajo de la puerta.

Sé que puede ser cualquiera de ellos. Ethan, Lucinda o Gregory, pero voy de todos modos y empujo la puerta para abrirla un poco.

Pero esta habitación también está vacía.

Hay una botella de *whisky* en el mostrador y dos vasos sobre la mesa, cada uno con los restos del líquido ámbar en su interior. La etiqueta es familiar. Es la marca que beben Sebastian y Gregory.

Al encontrar un vaso limpio, vierto dos dedos para mí. No sé por qué, no me gusta, pero lo tomo y me siento en una de las sillas de la mesa y bebo.

No sé dónde está Sebastian. No había una cerradura en la puerta para que yo la cerrara, pero tal vez él no sabía en qué habitación estaba. O quizás bebió tanto de nuevo que se ha desmayado en una de las otras habitaciones.

La puerta de la cocina se abre entonces y entra un ráfaga de viento frío.

Mi corazón salta hacia mi garganta cuando Gregory entra.

Parece tan sorprendido de verme como yo de verlo a él, y le lleva un minuto antes de que cierre la puerta y parezca recuperar la compostura, lo que hace más rápido que yo.

—¿Dónde está tu guardaespaldas? —pregunta, apenas echando un vistazo mientras se dirige al fregadero y deja correr agua sobre la colilla de su cigarrillo antes de tirarlo a la basura.

—¿Por qué fumas?

—¿Por qué no?

Se vuelve hacia mí, apoya la espalda contra el mostrador.

—¿Te preocupas por mi salud? —pregunta.

Mira mi *whisky*, trae la botella para sentarse frente a mí. Se sirve en uno de los dos vasos y lo traga todo antes de servirse otra vez.

—También bebes demasiado —digo.

—¿Muy crítica?

—Tú y tu hermano lo hacen.

Poniendo una sonrisa falsa en su rostro, toma otro sorbo saludable.

—¿Crees que deberías estar aquí? ¿A solas conmigo? —pregunta.

Lo estudio y, una vez más, lo veo, ese chico roto detrás de la fachada dura y enojada.

—¿Por qué estás *tú* aquí, Gregory? ¿En la casa de Lucinda?

—No me sentía exactamente bienvenido en la isla.

—¿Eres bienvenido aquí?

Encoge los hombros.

Miro el líquido ámbar, lo agito y luego tomo un sorbo.

—¿Ayuda? —pregunto.

—¿Qué ayuda?

—Si bebo lo suficiente, ¿desaparecerá todo? ¿Lo olvidaré? —pregunto. Miro sus extraños ojos, tan oscuros con esas motas de turquesa brillante.

—Solo por un tiempo —dice.

Se traga el contenido de su vaso y hace gestos para que yo haga lo mismo.

Lo tomo y lo hago, a pesar de que arde muchísimo, y él me sirve otro.

—Qué buena chica Willow.

—Deja de hacer eso. Simplemente detente.

—¿Por qué?

—Porque no eres tú. No eres un imbécil a pesar de que te esfuerzas por actuar como tal.

Resopla. —Ahí es donde te equivocas, Helena. Soy un imbécil y un idiota, pero no más que mi hermano.

—¿Dónde está?

Se encoge de hombros. —No soy el guardián de Sebastian.

Nos sentamos en silencio durante un largo minuto.

—Te equivocas —digo.

Levanta una ceja.

—No eres ninguna de esas cosas. Te veo, Gregory. Veo más allá de la imagen de imbécil que te gusta poner. Es solo una fachada y veo a través de ella.

—¿En serio? —Bebe.

Tomo otro sorbo, a pesar de que estoy sintiendo el alcohol.

—Sí, en serio. Lo que dijiste cuando estábamos en esa playa, entiendo que lo quieras. Que quieras ese estúpido beso. Lo que Sebastian hace, sé que no es justo, no para ti.

—Justo —resopla—. La vida no es jodidamente justa, Helena.

—No lo es. —Guardo silencio, considerando mis palabras.

—Sabes que, si te encuentra aquí conmigo, se enfadará —dice Gregory.

—Eso no te importa —digo.

—¿Y a ti?

—Creo que a veces, es más fácil para mí porque él me obliga. Contigo. Cuando me dice que lo haga, es más fácil.

Equilibro el vaso en su borde sobre la mesa, centrándome en él en lugar de mirarlo.

—Incluso cuando me castiga después.

Cuando finalmente miro hacia arriba, lo encuentro mirándome.

—¿Qué quieres, Helena?

Bebo de mi vaso. No respondo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —continúa—. Conmigo.

—Me preocupo por ti, Gregory.

—Mentira.

—No es mentira. Lo hago.

Sus ojos buscan en los míos. —Pero lo amas.

Asiento.

Empuja su silla hacia atrás, raspando las baldosas.

Yo también me levanto, le tomo el brazo cuando se gira para marcharse. —Espera.

Mira hacia abajo a mi mano envuelta alrededor de su muñeca, luego vuelve su mirada hacia la mía.

—¿Esperar para qué? —pregunta.

La forma en que me mira es como si estuviera buscando algo. Como si estuviera buscando una boya cuando estás demasiado lejos en el mar y no tienes la fuerza para nadar un minuto más. Otro segundo.

—¿Esperar para qué, Helena? —pregunta de nuevo, moviendo las manos para que me envuelvan las dos muñecas y me lleven hacia atrás, hacia la pared.

—Gregory...

—No. —Se acerca para cernirse sobre mí—. Contéstame. ¿Esperar para qué?

Mi corazón se acelera.

—No lo sé —finalmente digo.

Exhala, lleva su boca a mi oído y siento el tacto de su mandíbula en mi mejilla y escucho su cálido aliento en mi oído.

—Si fueras mía, no te compartiría —susurra, haciendo que el pelo de la parte posterior de mi cuello se ponga de punta. Me besa el costado de la mejilla y aprieta los ojos.

—Gregory, detente.

Cuando intento liberarme, aprieta el agarre en mis muñecas. Se retira lo suficiente como para que pueda ver sus ojos.

—¿Lo hizo? —pregunta, tocando su frente contra la mía.

Me lamo los labios secos. —¿Hizo qué?

Da la sonrisa más pequeña y unilateral y transfiere mis muñecas a una de sus manos a mi espalda. Con la otra, va por debajo del pelo, detrás del cuello, sintiendo ahí, buscando algo.

Yo sé qué.

—La marca. ¿Lo hizo?

—¿Quieres que me marque?

Mueve su agarre para sujetar la parte posterior de mi cabeza, luego aprieta sus dedos en mi cabello.

—Me estás lastimando, Gregory.

—Te gusta que te lastimen, Helena.

—¿Qué quieres? ¿Qué quieres conmigo? ¿Me quieres porque sientes algo por mí o me quieres porque soy suya?

Tira de mi cabeza hacia atrás solo un poco, lo suficiente. —¿Qué quiero?

Aprieto los dientes, siento que mis ojos se endurecen mientras intento asentir.

Me sujeta con tanta fuerza que no puedo moverme y lleva su boca a la mía.

Cuando sus labios tocan los míos, hago un sonido, sellándolos hasta que tira de mi cabeza hacia atrás, obligándolos a abrirse.

—Basta.

Succiona mi labio inferior en su boca y es suave y me gusta el sabor de él, el del *whisky* y el toque de humo de cigarrillo y él, y pienso en lo hermoso que es cuando se corre. Cómo brillan sus ojos cuando se corre.

Deja escapar un pequeño y satisfecho gemido, luego toma mi labio inferior entre sus dientes y todo el tiempo, me está observando. Observa mientras muerde, solo un poco, lo suficiente para romper la piel, para extraer un poco de sangre antes de alejarse y mirarme. Sonríe.

—Me gusta besarte, Helena. Me gusta mucho.

—Te matará.

—Esto es lo que yo quería —dice, ignorando mi comentario—. Era *todo* lo quería. Pero no podías darme.

—Gregory...

—No podías darme solo esto.

—Por favor, no lo hagas.

—No pido mucho. —Me vuelve a besar y esta vez, logro apartar la cara.

—¡Lo amo!

La ira revolotea sobre sus facciones y me libera como si lo acabara de quemar. Como si le acabara de escaldar la piel.

—Entonces demuéstalo —dice. Retrocede mientras se limpia la esquina de la boca—. Hazlo.

Siento que mis ojos se ensanchan.

Sonríe, pero se ve mal.

—Deja que te marque y sabré que lo dices en serio y te dejaré ir. O no lo hagas, y le quitaré todo. La herencia de los Scafoni. Tú. Todo.

—Te odiaré.

—No me importa. Así era. Pero ya no.

—No puedes hacerlo.

—Puedo. Con Ethan fuera del camino, todo puede ser mío.

La puerta de la cocina se abre y ambos nos encontramos con Sebastian de pie allí.

Se tarda exactamente un milisegundo en vernos así antes de saltar.

Gregory está listo para él.

Presiono mi espalda contra la pared mientras los hermanos se persiguen, dos gigantes luchando, vasos rompiéndose, sillas cayendo mientras luchan despiadadamente.

Grito.

Verlos es aterrador.

Se van a matar mutuamente.

—¡Deténganse! —grito, queriendo detenerlos físicamente, con miedo de acercarme a ellos. Son tan grandes y fuertes.

—Siempre quieres lo que no es tuyo —dice Sebastian, con su voz de acero.

—No. No siempre. Solo ahora.

—Vete a la mierda, hermano.

El puño de Sebastian casi envía a Gregory al suelo, pero un momento después, es Sebastian quien recibe un golpe de Gregory, cayendo hacia atrás en la mesa de la cocina.

—Basta. ¡Se van a matar!

Pero es como si no estuviera aquí en absoluto. Ninguno de los dos me está escuchando. Así que cojo la botella de *whisky* y la lanzo contra la pared.

No sé si es el sonido del cristal rompiéndose o mi grito lo que finalmente hace que se detengan. Finalmente hace que me miren.

—Lo haré. Lo hará —digo, mi voz más alta, en pánico. Estoy mirando de uno a otro.

—Calla, Helena. Esto es entre mi hermano y yo —dice Sebastian.

La forma en que Gregory lo mira mientras limpia la sangre de su sien, creo que Sebastian tiene razón. Todo esto siempre ha estado entre ellos.

Nada de esto ha sido sobre mí.

—Lo haré —vuelvo a decir, más queda esta vez. Me recargo contra el mostrador.

—Dije que calles, Helena. —La voz de Sebastian también es más silenciosa.

—No. No la calles —dice Gregory.

Se aleja, deja escapar una pequeña y extraña risa. Su mirada arde en la mía.

Sebastian da un paso hacia mí, envuelve un brazo alrededor de mi cintura. Me inclino hacia él, mis rodillas se doblan ante lo que estoy aceptando.

La voz de Gregory está nivelada cuando habla de nuevo. —Déjala demostrarse a sí misma. Si lo hace, renuncio a mi reclamo. Ella será tuya.

Está hablando con Sebastian, pero sus ojos destellantes están fijos en los míos.

—No puedes pedir eso... —Sebastian comienza y luego se detiene—. Pide algo de *mí*. No de ella.

Gregory finalmente se vuelve hacia él. —Así no es como funciona esto, y lo sabes. Hay reglas. No hay otra forma. —Respira profundamente—. Esa es la cuestión, ¿no? Estamos atrapados. Y este contrato garantiza nuestro odio.

Sacude la cabeza, se aleja dos pasos.

—Me pregunto si siempre ha sido así —dice—. Si nuestro odio siempre nos ha devorado desde dentro. Diablos, no necesitamos una chica Willow para destruirnos. Nos las arreglamos bien por nuestra cuenta.

—Hermano...

—No. No más hermano. —Gregory camina hacia la puerta. Nunca lo he visto así—. La reclamas. Pones tu marca en ella. Y termina. Termina para ella, al menos.

—Hasta la próxima cosecha —digo, con la voz quebrada.

Estoy cansada.

Estoy fuera de combate.

—Dime —empiezo, mirando a Gregory—. ¿Serán tus hijos los que tomen a la próxima chica Willow? ¿Serás tú quien les enseñe a odiarnos?

Ante eso, Gregory casi se estremece.

—Hay reglas —dice, apartando su mirada por un momento, pasando una mano por su cabello nuevamente, y por un fugaz instante, me deja vislumbrar esa soledad, esa parte solitaria de él que hace que me duela el corazón.

No intento contener las lágrimas que se acumulan mientras lo miro. Mientras me observa. A

medida que me acerco a Sebastian, a su fuerza. Porque la necesito ahora mismo. Lo necesito. Y necesitaré su fuerza para lastimarme porque es la única manera.

La única forma de salvarme.

De salvarnos.

SEBASTIAN

Helena y yo hemos estado de vuelta en la isla durante una semana completa. Después de ese episodio en la cocina, Gregory desapareció. Salió de la casa de Lucinda y no lo he visto desde entonces. Y no he intentado ponerme en contacto con él.

Lucinda hizo lo que le dije. Habló con Ethan, le dijo que necesitaba hacer un viaje, unas vacaciones por su cuenta. Le dijo que le enviaría postales.

Ethan estaba más de acuerdo con eso de lo que pensé que estaría. Demonios, tal vez se sintió aliviado de que ella se fuera.

Cuando hablé con él al respecto, le dije que se quedaría en la casa en Filadelfia, que era suya, una parte de su herencia como Scafoni, y que volvería a visitarlo, parecía emocionado, incluso. No quería dejarlo hasta estar seguro, pero con el personal médico y la ayuda que contraté, sé que lo cuidarán incluso si no es una solución a largo plazo para él.

Durante todo el tiempo que hemos estado de vuelta, he estado estudiando detenidamente el Pacto de la chica Willow, tratando de encontrar alguna manera de salir de esto. Sin embargo, no hay ninguna. Ya lo sé. Siempre lo he sabido.

Tengo que lastimarla si quiero conservarla.

Helena está sentada a la mesa acunando un *whisky*. Lo ha estado bebiendo todas las noches desde que volvimos.

La miro y parece cansada.

—¿Quieres que le pida a la cocinera que te prepare algo más? —Está tan ansiosa que no ha podido contener nada.

—No, gracias. No tengo hambre.

—Llamaré a un médico. A ver si puede hacer algo.

—¿Qué va a hacer un médico? —chasquea, luego baja la mirada al darse cuenta. Su tono es más suave la próxima vez que habla—. Solo tenemos que terminar con esto. Solo va a ser más difícil cuanto más esperemos.

—No lo haremos a su manera, Helena. Tenemos un año. Encontraremos otra manera.

Niega con la cabeza. —Tenemos que hacerlo. ¿Qué opción tenemos? —Bebe su *whisky*—. Y realmente, ¿no nos merecemos esto, tú y yo? Lo que le hicimos... —se pasa los dedos por el pelo. Su frente se arruga por la preocupación—. Lo que le hicimos —repite, mirándose—, nunca tuve la intención de lastimarlo. Sé que tú tampoco. Pero sí lo lastimamos. Juntos, lo hicimos. Estar con él... lo que hicimos... es humano, Sebastian. Y lo lastimamos.

—Hablas como si tuvieras sentimientos por él.

—Lo hago. Me preocupo por él. No quiero que sufra. Pero eso es todo lo que significa.

Me cuesta entender esto. Es egoísta, lo sé, pero la rivalidad y los celos me están destrozando. Han destrozado a mi familia.

Y sé que ella tiene razón.

Tenemos que hacerlo. Por el bien de todos. Esta marca, esta marca ceremonial, el dolor que ella sufrirá, sellará mi reclamo hacia ella, lo que la liberará. Y nos liberará a mi hermano y a mí.

Pero nunca le perdonaré que lo exija.

Y nunca me perdonaré por hacerlo.

El sonido del motor de un barco nos hace girar hacia el muelle.

—Hijo de puta.

Me levanto mientras veo a Gregory atracar su barco, apagando el motor. Se baja y se detiene. Desde la distancia, puedo ver que me está mirando.

Helena también se pone de pie y vemos cómo se acerca mi hermano.

—Ve a tu habitación, Helena.

—No.

Siento que mi mano se cierra alrededor de su brazo, apretándose a medida que Greg se acerca, mientras veo que la sonrisa se ensancha en su rostro.

—Te dije que te fueras a tu habitación.

—Se matarán —dice.

Me vuelvo para verla. —Esa es una forma de terminar con esto, ¿no?

Pero Helena no tiene la oportunidad de responder porque ya no estamos solos.

—Hola, hermano.

Arrastro mi mirada a la suya. —Helena. —No la miro—. Ve arriba. Ahora.

—Responde mejor si la llamas chica Willow. Le recuerda su lugar —dice Gregory.

Ella tiene razón. Voy a matarlo.

—Helena —digo una última vez.

—Ya voy. —La libero, y mi hermano y yo no nos quitamos los ojos de encima mientras ella desaparece en la casa.

Gregory camina a mi alrededor para tomar un vaso y llenarlo con *whisky*. Se sienta en su silla a la mesa. No me molesté en encender un fuego esta noche. No estaba de humor.

Me siento, bebo lo último de mi *whisky*.

Me sirve más.

—¿Te preocupas por ella? —pregunto.

Sus ojos se estrechan.

—¿O simplemente quieres lastimarla? Porque si la haces pasar por esto, ella te odiará.

—Ya me odia, hermano.

—Sí, esa es la cuestión. No es así. —Sacudo la cabeza, cojo el vaso y lo vuelvo a dejar—. Eres un maldito sádico, ¿lo sabías?

—¿Y tú eres un santo?

—¿Qué obtendrás de esto?

—Deberías estar agradeciéndome. Te estoy salvando de ti mismo. Lo haces y puedes quedártelo todo, incluida la chica.

—No lo quiero, joder. No quiero nada más que a ella.

Se detiene ante esto, luego niega con la cabeza y termina su vaso.

—Piensa en esto como el karma que por fin te alcanza. Por primera vez en tu vida, tienes que pagar. Bueno, ella paga por ti, supongo. La historia de tu vida. Pero me pregunto si alguna vez podrás sacarte de la cabeza el sonido de sus gritos cuando le pongas el hierro de la marca en la

piel.

—Habremos terminado después de esto. No eres mi hermano.

—Está bien —declara a través de dientes apretados—. Tú y yo, Sebastian, terminamos el día en que la viste. Lo olvidaste todo por ella, incluso a mí. Así que está bien. —Empuja la silla hacia atrás y se pone de pie—. Mañana por la noche. Entonces lo haremos. Luego me voy. Y ninguno de ustedes tendrá que volver a verme.

HELENA

No he podido mantener los alimentos dentro de mí durante días.
Estoy aterrorizada. Le tengo tanto miedo al dolor.
Es esta noche.

De hecho, en menos de una hora.

No he salido de mi cama en todo el día. Cuando Sebastian vino a verme, le pedí que se fuera.

Estoy aquí acostada leyendo el diario de mi tía Helena de nuevo por centésima vez, tratando de sacar fuerzas de él, tratando de reunir el coraje para superar esto.

El vestido que usé la noche en que los hermanos Scafoni llegaron a la casa Willow y Sebastian Scafoni me hizo la chica Willow cuelga de una percha en la puerta.

Volvemos al principio. Hemos hecho un círculo completo.

Nunca pensé que aquí sería donde estaría cuando me llevara. Lo odiaba. Y quería seguir odiándolo. Odiándolos. Sin embargo, incluso ahora, incluso sabiendo que Gregory está forzando esto, no lo hago. No odio ninguno de ellos.

Mi puerta se abre y Sebastian entra. Su cara es indescifrable, como si estuviera hecha de piedra. Su mandíbula está tensa. Está luchando contra esto.

—¿Ya es hora? —pregunto.

Hace un pequeño gesto de asentimiento.

—No hagas esto, Helena —dice finalmente—. No me obligues a hacértelo.

Me quito las sábanas y me levanto de la cama. Estoy desnuda pero no importa.

Al pasar junto a él, quito esa odiada vestidura de su percha y la deslizo sobre mi cabeza. Ceremonia. Tengo que volver a usar esta cosa podrida.

Miro la mancha de sangre de cerdo en la parte delantera. Se suponía que me salvaría.

Quizás en cierto modo, lo hizo.

Lo miro, toco su cara.

—Te amo.

Toma mi muñeca, pero no retira mi mano.

—No sé cómo puede hacerlo.

—¿Dónde estará? —Empiezo a temblar.

Sabe a lo que me refiero. Busca detrás de mi cuello y un poco a un lado para tocar un punto.
—Aquí.

Asiento.

—Tómalas —dice, sosteniendo dos pastillas.

—¿Qué son?

—Te dejarán inconsciente. No lo sentirás, no cuando suceda.

—¿Cómo?

—Son sedantes. Lo mismo que te dieron después de Lucinda. Tienes que tomarlos ahora y salir conmigo. Si te desmayas en el poste, Gregory pensará que te desmayaste por miedo.

Asiento y tomo las pastillas. Las trago en seco.

—¿Qué pasará cuando me despierte?

—Ya tengo analgésicos. Muy fuertes. Puedes tomarlos hasta que te cures. Hasta que no sientas ningún dolor.

Vuelvo a asentir. ¿Qué puedo decir que no lo haga sentir peor de lo que ya se siente?

—Lo siento, Helena. Lo siento mucho.

Se necesita todo lo que tengo para forzar la sonrisa más pequeña. —Terminemos con esto. — Ya estoy sintiendo las pastillas.

Sebastian me agarra mientras bajamos las escaleras. El olor del fuego afuera me revuelve el estómago y creo que vomitaría si hubiera comido algo más que las dos galletas que logré comer antes. Las puertas del patio están abiertas, como de costumbre, y me estremezco ante el aire fresco cuando salimos.

—Puedes cambiar de opinión —dice Sebastian mientras caminamos hacia el poste donde arde un segundo fuego. Donde, a la luz de ese segundo fuego, espera Gregory.

—No, no puedo. —Mis rodillas se doblan una vez y Sebastian me atrapa.

—Mantente firme.

—Estoy bien. —Me detengo antes de que Gregory me pueda escuchar y me vuelvo hacia él —. Gracias.

—No tienes nada que agradecerme. Ni una maldita cosa.

Coloco mis manos a cada lado de su cara y él tiene que sostenerme porque me cuesta mucho no caerme y no creo que sean las pastillas. Es miedo.

—Por favor, no lo hagas —intenta una vez más.

—Me alegro de que seas tú quien lo haga, no él.

—Esto me va a matar.

Niego con la cabeza y lo beso en la boca. Y una vez más.

—Te amo. Te amo tanto —digo.

Me sostiene fuerte contra él y por un momento, no estoy segura de si no me va a sacar de la isla y huir conmigo, pero, en cambio, me levanta y me lleva al poste. Mi cabeza se balancea contra su pecho y mis ojos se cierran, así que tengo que luchar por mantenerlos abiertos.

Gregory aparece unos minutos después. Está vestido de negro de pies a cabeza y me doy cuenta de que Sebastian también lo está.

Detrás de Greg, el fuego se enciende y silba enfadado, y giro la cabeza sobre el pecho de Sebastian cuando veo el hierro de la marca en su interior.

—Dime que me detenga. —Suenan torturado, como si fuera el que está a punto de ser marcado—. Dime que detenga esto, carajo.

Niego con la cabeza e intento sacudirme sus brazos.

Pero no me suelta, ni siquiera cuando estamos en el poste, donde Gregory está mirando como ese ángel sobre el mausoleo. Oscuro y hermoso, constante y aterrador.

No dice nada, nada engreído ni arrogante, nada en absoluto. Su expresión es sombría, y no deja de mirarme.

—Está bien —le digo a Sebastian, cuyos ojos están ardiendo en su hermano, asesinándolo con solo una mirada—. Me puedo mantener de pie.

Me mira y nunca lo había visto así. Sus ojos. Llenos de ansiedad, odio, lástima,

remordimiento y todo a la vez.

Gregory se mueve, agarrando uno de mis brazos mientras Sebastian me baja. Lo levanta por encima de mi cabeza y creo que, si lo soltara, caería a mi lado. Creo que, si Sebastian me suelta y no estoy atada, caeré al suelo.

Sebastian levanta mi otro brazo y me sujeta y se necesita todo lo que tengo para enderezar mis piernas, para pararme sobre ellas.

Apoyo la frente en el poste. Aunque es fresco, estoy sudando y oigo que hablan detrás de mí, pero debo entrar y salir de la conciencia porque no puedo seguir lo que dicen. Solo los escucho discutir antes de sentir que algo se envuelve alrededor de mi cintura y grito.

—Shhh —es Sebastian—. No es eso. Aún no.

Me quita el pelo de la cara para que lo mire y me cuesta mucho mantener los ojos abiertos, pero no estoy segura de por qué estoy luchando contra las píldoras. Quiero estar inconsciente cuando lo hagan. Cuando queme su marca en mi piel.

Miro hacia abajo y lo veo atar el cinturón a mi alrededor y al poste, abrazándome a él.

—Así no te moverás. Así solo lo haremos una vez.

No entiendo, pero no me importa.

—¿Le diste algo? —Oigo preguntar a Gregory—. Está fuera de sí.

—Está jodidamente aterrorizada, imbécil. ¿Cómo estarías si estuvieras atado al maldito poste?

—Jódete.

Escucho la pelea y giro la cabeza, apoyo la mejilla contra el poste.

—Tengo miedo —logro decir, mis ojos vuelven a cerrarse. La última imagen que veo es la cara de Gregory, sus ojos en mí, la mirada dentro de ellos que me dice que esto no es lo que quiere. No la forma en que lo quiere.

Pero luego se pone detrás de mí y coge mi pelo y lo pone sobre mi hombro y grito cuando lo siento rasgar el vestido en dos, el sonido chirriante mientras me desnuda la espalda, preparándola para el hierro.

Y luego sus manos, que pueden ser tan crueles, tan despiadadas, son cálidas y suaves en mi cuello y me cubre la parte posterior de la cabeza y justo antes de desmayarme, dice algo. Siento el susurro de su aliento. Solo unas palabras antes de quedar inconsciente, las píldoras hicieron su trabajo, salvándome del calor del hierro que se acerca rápidamente.

SEBASTIAN

H elena se ha desmayado. El cinturón que la ata al poste le quita parte de la presión a las muñecas, pero sus rodillas están dobladas y Gregory sostiene su cabeza contra el poste o se desplomaría hacia un lado.

Miro a mi hermano.

Sus ojos son oscuros, ardiendo tan intensamente como el fuego.

No escuché lo que le susurró. Me pregunto si ella lo hizo o si ya se había desmayado. Pero ahora se vuelve hacia mí.

—Le diste algo —dice de nuevo.

—Sí, lo hice. Está jodidamente aterrorizada. ¿La necesitas despierta para oírla gritar? Eso no está en ninguna parte de las reglas.

Traga. Veo como pasa por su garganta.

—Aún puedes cambiar de opinión —digo—. No por mí, sino por ella.

Niega con la cabeza una vez.

Recojo el hierro, incluso el mango de madera se siente caliente, pero lo agarro, lo sostengo con fuerza. Quiero que me queme. A mí y no a ella.

Mierda.

No a ella.

Gregory aparta el vestido desgarrado de su hombro, exponiendo la mayor parte de su espalda, y me acerco.

Hay un destello de luz a la distancia, y un momento después, el trueno rompe el silencio de la noche.

Va a llover.

Va a diluviar.

Me acerco más, toco su piel, toco la suave piel en la que voy a dejar una cicatriz.

No se mueve en absoluto, ni siquiera cuando le clavo la uña en la piel, probando. Y levanto el hierro de la marca y su brillo naranja brillante me enferma.

Gregory cambia su agarre sobre ella y creo que durante un minuto me encantaría empujársela en la cara. Me encantaría quemarlo. Márcalo con él. Destruirlo.

Y justo cuando creo que lo haré, justo cuando estoy a unos centímetros de ella y de él, él dispara su brazo y cierra su mano sobre la parte más caliente del hierro y aprieta su puño y escucho su dolor, lo escucho a través de sus dientes apretados mientras el hierro sella fuertemente la piel de su mano.

El tiempo se detiene.

No hago nada.

No puedo.

Me lleva un minuto completo comprender lo que ha hecho.

Lo que está haciendo.

Arrastro mi mirada de su mano a su cara y veo su dolor, veo el tormento en su cara y finalmente, alejo la marca y él libera su mano y cuando tropieza hacia atrás, golpea la cesta de fuego dispersándolo, enviando madera en llamas cuesta abajo.

Por un momento, creo que se ha incendiado. Pero luego me vuelve a mirar y a ella y me pregunto si lo había planeado todo el tiempo. Si nunca hubiera tenido la intención de dejarme marcarla. Si esta era su prueba para mí. Me pregunto si había planeado salvarla en el último segundo.

Como un perdón justo antes de que caiga el hacha.

Dejo caer el hierro al suelo.

—Hermano.

Pero no responde. Se está agarrando el brazo, con humo saliendo de la mano herida. Solo lo veo por un segundo, solo vislumbro el daño por un segundo antes de que se aleje. Camina de regreso a la casa.

No lo persigo.

Lo dejé irse.

Y lo veo desaparecer antes de volver mi atención a Helena y desatar los lazos en sus muñecas, apoyándola mientras desabrocho el cinturón, el cinturón de Gregory, y la levanto en mis brazos.

Está inconsciente, la droga la mantendrá fuera por un tiempo. La llevo de vuelta a la casa y arriba a mi habitación y la acuesto en mi cama. Le arranco ese vestido y creo que también quiero quemarlo en ese fuego. Quiero que desaparezca. Quiero que desaparezca todo lo que tenga que ver con las chicas Willow. Fuera de mi vida. Fuera de la suya. Fuera de la de mi hermano.

Y cuando la miro desnuda en mi cama, me acuesto a su lado, y la abrazo, y no creo que la vuelva a dejar ir.

HELENA

Espero dolor cuando empiezo a despertarme. Lo anticipo, incluso a través de la oscura niebla de la droga. Pero lo que siento cuando abro los ojos son náuseas.

Salgo tropezando de la cama y estoy desnuda, pero apenas presto atención mientras corro al baño.

Sebastian está detrás de mí en un santiamén, pero cuando llego allí, no pasa nada. No he comido nada en mucho tiempo como para que haya algo que vomitar.

Cuando pasa la ola, me desplomo en el suelo, de espaldas a la pared.

Sebastian parece un fantasma. Su rostro está blanco, sus ojos rodeados por sombras como si no hubiera dormido en semanas. Todavía lleva la misma ropa que anoche y puedo oler el humo del fuego en él.

Y no siento nada. Sin dolor.

Acerco la mano, toco el espacio donde debería haber sido marcado, pero no hay nada allí.

Sebastian se inclina hacia atrás y se lleva la mano a la frente.

Lo toco. Retira su mano.

Parece roto.

—¿Qué pasó?

No responde. Nunca lo había visto así.

—¿Dónde está Gregory?

Oh, por Dios. ¿Lo lastimó? ¿Lo mató? Porque no importa lo que él crea, no sobrevivirá el haber lastimado a otro hermano. Y no a este. Esto lo destruirá.

—¿Sebastian?

—Se fue.

—¿Se fue a dónde?

—Se fue. Algunas horas después.

—¿Qué pasó?

Está mirando a la distancia y tiene la mano cubriendo su boca y luego su garganta.

—Cerró la mano sobre la marca.

—Oh, Dios mío.

—Joder. Helena, él...

Voy a él, envuelvo mis brazos a su alrededor y lo abrazo.

—Le di la oportunidad de detenerlo, pero se negó. Y cuando estaba sosteniendo el hierro a solo unos centímetros de ti, él extendió la mano y lo agarró.

—¿Se quemó a propósito?

Sebastian asiente. —No tenía que hacerlo. Si quería que se detuviera, todo lo que tenía que

hacer era decirlo.

—Dios mío.

—¿Qué he hecho? —Tiene la cara entre las manos—. ¿Cómo diablos llegamos a esto?

Le retiro las manos, pongo las mías en cada mejilla para que me mire.

—No hiciste nada —digo—. Él lo hizo. Eso quería. Lo eligió. Él lo hizo. Esto no es culpa tuya.

Me observa, apoya la cabeza contra la pared.

—No lo conocía. —Se levanta, va al lavabo y corre el agua, salpica un poco en su cara, luego cierra los grifos y mira su reflejo—. En absoluto —dice.

Me pongo de pie, voy a él, pongo mi mano en su hombro.

Pero la retira y, en un instante, golpea su puño en el espejo, rompiéndolo, blasfemando, maldiciendo a Dios, a su familia y a la mía.

Salto hacia atrás, trozos afilados del espejo caen casi en cámara lenta alrededor de mis pies descalzos, el sonido es casi musical mientras las astillas cortan mis piernas.

La mano de Sebastian sangra cuando me dirijo hacia él, pisando fragmentos como cuchillos. Tomo su mano en la mía y saco los pedazos.

Siento su otra mano cerca de la parte posterior de mi cabeza, acariciándome el pelo.

—No es tu culpa —le digo mientras le lavo la mano.

Cuando lo miro, él me está viendo y, por su expresión, parece un niño pequeño. Igual que Gregory a veces.

Perdido.

Me toma por la nuca, me lleva hacia él y me besa con fuerza. No es erótico, es algo completamente diferente y no se detiene mientras me levanta y me lleva al dormitorio.

Se quita la camisa mientras se sube a la cama. Los cortes de su mano dejan manchas de sangre en mi piel. Me besa de nuevo, y esto, lo que estamos haciendo, no es sensual ni lujurioso ni ninguna de esas cosas. Es una necesidad. Pura necesidad.

El peso total de Sebastian sobre mí hace que me sea difícil respirar. Se desplaza sobre un codo, todavía besándome, todavía mirándome mientras extiende la mano para desabrocharse los *jeans* y separar mis piernas. Me aferro a él y no estoy lista cuando me embiste, pero a él no le importa y a mí tampoco y una vez que está completamente dentro de mí, me toma la cabeza y embiste, sin nunca quitarme los ojos de encima.

No me vuelve a besar. No dice ni una palabra. Solo me folla duro y profundo y tal vez este es él reclamándome. O reclamándome por completo por primera vez. Haciéndome suya. Solo suya. Más de lo que cualquier marca hubiera hecho.

No me corro, y sé que ese no es el punto. Pero lo tomo, tomo sus dolorosas embestidas, su peso, su mano ensangrentada agarrándome el pelo, las uñas clavándose en mi cuero cabelludo. Lo tomo y lo siento correrse, escucho su liberación y lo siento llenarme y todo lo que puedo pensar es que lo quiero todo, todo. Quiero mantenerlo dentro de mí, siempre. Tan retorcido y equivocado como es esto, como lo ha sido desde el primer día, lo quiero.

Cuando ha terminado y se desliza fuera de mí, siento el calor del semen en mi muslo.

Sin embargo, no se mueve. Se queda encima de mí, acariciando mi cabello, su expresión tan intensa como siempre.

—Ya está hecho —dice—. Se acabó. Pero se merecía algo mejor que lo que obtuvo.

Se sienta, me mira una vez. Yo también me siento, doblo las rodillas y las abrazo.

Su mirada se asienta en mi mano y sus ojos se estrechan.

Sé lo que está mirando.

—Es hora de enterrarlo, Helena.

Miro el anillo del cráneo y tiene razón. Ya es hora de enterrarlo. Ya no soporto tenerlo en mi dedo. No soporto la sensación y quiero quitármelo. Necesito quitármelo.

Sebastian me toma la mano y me lo quita y creo que quiero rascarme la piel, limpiar cualquier rastro de ella, para así borrar el pasado. Como si eso lo purificara.

Nos purificara.

Sale de la habitación sin decir una palabra. Lo veo irse y apoyo la cabeza contra la cabecera y pienso en Gregory, en lo que hizo. Y creo que me odio un poco por ello.

Lo que le sucedió es, al menos en parte, mi culpa. Sabía que lo que estábamos haciendo, los tres, era malo para él. Lo hería. Sabía que lo haría. En el interior, siempre supe que lo haría.

No creo que él supiera que lo que nos exigía, lo rompería. Yo no lo sabía.

Pero así fue.

Lo de anoche lo quebró.

SEBASTIAN

He enterrado ese maldito anillo.

Lo puse en el suelo donde pertenece con el resto de Cain Scafoni.

Han pasado dos semanas desde esa noche. Desde que Gregory se fue. No he sabido nada de él. Tengo a Gallo buscándolo, pero conozco a mi hermano lo suficientemente bien como para saber que no lo encontrarán hasta que él quiera.

Lo que hizo, no puedo sacarme el recuerdo de la cabeza. No puedo dejar de percibir el olor. No puede dejar de escuchar el sonido de su agonía.

Y soy responsable de ello.

No era mi intención hacerle daño. Compartir a Helena era mi forma de controlarlo. Me pregunto si alguno de nosotros se dio cuenta de la magnitud del daño que estábamos causando todo ese tiempo.

Respiro hondo, bebo un sorbo de mi café humeante y miro hacia el agua, observando cómo se acerca el barco. Hoy es ventoso y la arena se siente como gránulos de hielo bajo mis pies descalzos.

Amelia Willow también está desaparecida, lo que es preocupante. Una joven que desaparece es diferente a un hombre.

Vigilo a Lucinda, pero no me preocupa. Controlo el dinero, lo que significa que la controlo.

Ethan todavía está en Filadelfia. Helena no está lista para tenerlo aquí con nosotros y, francamente, yo tampoco.

Pero todavía no retiene la comida y, aunque se molestó, hoy la verá un médico.

Me tomo lo último de mi café mientras el barco atraca y subo para ayudar a la doctora Price a salir. La doctora Price era el médico de mi madre, así como su amiga, y es ella quien quiero que atienda a Helena.

—Doctora Price, gracias por venir con tan poca antelación —digo, estrechándole la mano.

—No hay problema, Sebastian.

Hablamos durante unos minutos, ella pregunta sobre mi familia, sobre la que miento, mientras nos dirigimos a la casa.

A Helena todavía le molesta que insista en esto, pero no me importa. Está esperando afuera, sus ojos traicionan su falta de confianza.

—Doctora Price, esta es Helena. Helena, la doctora Carol Price. Ella era el médico de mi madre.

Helena extiende la mano. —Encantada de conocerla, pero Sebastian y yo no estamos de acuerdo en que necesite un médico.

—Estoy segura de que solo está siendo cauteloso —dice la doctora Price—. Prometo hacerlo lo más fácil e indoloro posible.

Helena abre la boca y me acerco a ella, cierro la mano alrededor de su nuca y la giro para mirarme.

—Necesito que hagas esto, Helena.

Se le hará un examen aun si tengo que sujetarla para que lo hagan, pero espero evitar esa ruta.

—Bien —dice—. Pero la próxima vez, habla conmigo antes de hacer los arreglos.

—Bien.

Las llevo hasta mi habitación y, por mucho que quiera quedarme, sé que debería darles privacidad, así que cuando suena mi teléfono móvil, me disculpo y voy abajo al estudio.

—¿Diga? —respondo, sin reconocer el número, pero sabiendo que es Pennsylvania por el código de área.

—Mmm, hola. ¿Está Helena allí?

Es una chica. Y suena familiar.

—¿Quién es? —pregunto, pero creo que lo sé.

—Su hermana. Amelia. Amy.

Me siento. —¿Dónde diablos estás, Amelia? Helena ha estado muy preocupada.

—Lo siento. No podía llamar hasta que me sintiera segura. No quería que ella intentara regresarme.

—¿Dónde estás?

—En Filadelfia.

—¿Qué está haciendo en Filadelfia?

—¿Vas a dejar que me hable o me vas a intimidar por teléfono?

Me río.

—¿Eres Sebastian? —pregunta con cautela. Debe haber guardado mi número cuando Gregory le dio a Helena mi teléfono para llamarla aquella vez. Me había asegurado de que usara mi teléfono y no el suyo.

—Sí.

Se queda callada.

—¿Este es tu nuevo número, Amelia?

—Sí.

—Dime dónde estás exactamente —digo, cogiendo un bolígrafo y encontrando una hoja de papel en blanco—. Necesito una dirección.

Ella duda.

—No te preocupes, no voy a tomar un avión a Filadelfia y no te obligaré a regresar a la casa de los Willow.

—De acuerdo. —Me da la dirección de uno de los hoteles más elegantes de la ciudad que inmediatamente me hace dudar.

—Es un hotel.

—Es un apartamento en el hotel.

—¿Cómo lo puedes pagar?

—No es asunto tuyo.

—Acabo de convertirlo en mi asunto.

—Mira, solo quería llamar para tranquilizar a Helena, no para jugar a las veinte preguntas contigo. Y, además, tengo un trabajo.

—¿Un trabajo? Debe ser un gran trabajo para que puedas pagar ese lugar.

—Estoy modelando. Conocí a este hombre y él pensó que tenía el aspecto correcto...

—¿Qué hombre?

Se queda en silencio.

Espero.

—¿Está mi hermana allí? —pregunta, sonando de repente muchos años más joven que Helena.

—¿Qué hombre, Amelia?

—Nadie. Simplemente un nuevo amigo que conocí en la ciudad. No es lo que piensas.

—¿Qué estoy pensando?

—¿Puedo hablar con mi hermana, por favor?

—¿Qué estoy pensando? —pregunto de nuevo.

No contesta.

—Espero que no estés haciendo algo estúpido, Amelia. Si necesitas dinero, te enviaré algo antes de que lleguemos allí...

—No quiero que vengan. Y no necesito tu dinero. No necesito nada de ti, excepto a mi hermana. ¿Está encerrada en algún lugar? ¿Por eso no puedo hablar con ella?

Llaman a mi puerta y Remy la abre. La doctora Price está a su lado.

—Espera —le digo a Amelia.

—Creo que deberías ir arriba —dice la doctora Price.

—¿Ella está bien?

—Está bien. Te está esperando.

Asiento y me levanto. —Estaré allí en un momento —le digo al médico.

Asiente y sale de la habitación.

—Helena está sana y salva. No necesito encerrarla. ¿Puedes esperar ahí un poco?

—Sí. Aquí estaré. Mira, no le digas... déjame contarle todo, ¿de acuerdo?

—Solo quédate donde estás, ¿entiendes?

—Sí.

Cuelgo el teléfono y subo las escaleras hasta la habitación de Helena. Está sentada en su cama y el color se le ha ido de la cara.

Meto el teléfono en mi bolsillo y me acerco a ella.

—¿Qué está pasando?

Alza la mirada para verme.

—Estoy embarazada.

HELENA

—¿Embarazada?

Embarazada. Es extraño escuchar la palabra en voz alta. Ajeno.

—¿Cómo? —pregunta él.

—¿Cómo?

—Te pusieron la inyección.

—No lo sé. Supongo que soy ese uno por ciento.

—Mierda.

Se sienta en el borde de la cama.

Puedo adivinar lo que está pensando. Estoy pensando lo mismo.

—Pueden hacer una prueba de paternidad en unas pocas semanas.

Sebastian asiente.

Me cubro la cara, respiro hondo, exhalo.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Por favor. No puedo con esto en este momento. Tengo que pensarlo.

—Sí. —Me mira—. Podemos hablar de tu hermana.

—¿Amy?

—Me acaba de llamar.

—¿Cómo consiguió tu número de teléfono?

—Es el teléfono que usaste para llamarla. No era de Gregory. Era mío.

—¿Cómo...? ¿Está bien?

—Suenan bien. —Mete la mano en su bolsillo para recuperar su teléfono—. Aquí tienes. Llámala. Guardé el número. Voy a tomar un poco de aire.

Asiento, tomo el teléfono y lo veo irse, luego llamo al número y un momento después, Amy está en la línea y estoy demasiado aliviada para estar enojada. No le cuento mis noticias, pero eso es solo porque todavía me cuesta creerlo. Y necesito asegurarme de que esté bien.

Parece ser que está en Filadelfia. Sebastian tiene la dirección. Y ha encontrado un trabajo con una agencia de modelos.

—Pero ¿cómo conseguiste un apartamento? ¿Un teléfono? Necesitas dinero para esas cosas.

—Oh, la agencia lo pagó —dice, pero lo dice demasiado rápido, casi tropezando con las palabras y creo que está mintiendo.

—¿Amy?

—Me tengo que ir. Está bien, Helena. Estoy bien. Lo tengo todo bajo control.

—¿Estás segura? Todo esto parece demasiado bueno para ser verdad. ¿Es decir, el apartamento, un teléfono y ropa?

—Sí, estoy segura. Trabajaré para pagarlo. Pero ¿tú estás bien? Sebastian suena muy mandón, Helena.

—¿Mandón? —Casi me río.

—Sí. Solo hablé con él durante unos dos minutos y me di cuenta.

—Mandón es un eufemismo. Pero está bien. Las cosas son... diferentes ahora. —Pongo una mano sobre mi vientre.

—Suenas diferente a la última vez. Mejor.

—Estoy mejor

—¿Crees que te permitirá venir a visitarme?

—Creo que puedo convencerlo de que necesitamos hacer un viaje a Filadelfia. ¿Has hablado con mamá y papá? ¿Les has dicho dónde estás?

—No quiero hablar con ellos. No me van a dejar en paz.

—Tienes veintiún años. Eres un adulto. No depende de ellos.

—Ya sabes cómo son.

—Sí, lo sé. Tal vez al menos hazles saber que estás bien.

—Como si se preocuparan por nuestra seguridad.

—Solo hazlo, ¿de acuerdo? —A veces me siento como una hermana mayor, como si fuera muchos años mayor que ella. Siempre ha sido así.

—¿Los has llamado, Helena? ¿Han reñido? ¿Les has dicho que vayan al infierno por lo que te hicieron?

—No.

—¿Los odias?

—No. No lo sé. Las cosas resultaron diferentes de lo que pensaba. Sebastian... lo amo.

—¡Helena!

—Lo sé. Es una locura. Pero, bueno, todo esto ha sido una locura.

—Estás enamorada. De él. Un Scafoni. Oh, por Dios.

—Estoy preocupada por ti, Amy.

—Lo sé y lamento que te preocupes, pero tengo que hacerlo a mi manera. Necesito llegar a un acuerdo con todo. ¿De acuerdo?

Asiento, aunque sé que ella no puede verlo. —Bien. Lo entiendo.

—Gracias, Helena. Puedes llamarme en cualquier momento, ¿de acuerdo?

—Lo haré y lo mismo. Cuídate y te quiero, hermana. —Siento que las lágrimas me calientan los ojos.

—Te quiero. Y ten cuidado.

Colgamos el teléfono y voy al baño y me lavo la cara. Me miro en el espejo, me levanto un poco la camisa para mirar mi vientre. Todavía está plano, pero es poco tiempo. De cuatro a seis semanas, según la doctora. Mis pechos ya están un poco más llenos y sensibles. Ni siquiera me había dado cuenta. Pero, de nuevo, han pasado muchas cosas.

No estoy lista para tener un bebé.

No estoy lista para tener uno con él.

Y luego está la otra cosa.

¿Y si no es suyo?

¿Y si es de Gregory?

SEBASTIAN

Las próximas semanas son tensas. Helena sigue teniendo problemas para mantener los alimentos y el estrés de todo esto le está pesando.

Demonios, lo siento como un montón de ladrillos.

Un bebé.

Está jodidamente embarazada.

Esto no suponía que sucediera. Esto no es parte del plan.

Aunque, ¿cuál es el plan? ¿Cuál ha sido?

Tomar a la chica Willow.

Romperla.

Ese era el plan.

Destruir una vida como lo hacemos los hombres Scafoni.

Destruir la nuestra en el proceso.

No se suponía que me enamoraría de ella.

Ni siquiera sé cuándo sucedió. Cómo sucedió. Pero me enamoré, y ahora ella lleva a mi bebé.

O el bebé de mi hermano.

¿Qué diablos vamos a hacer si es de él? ¿Qué querrá hacer ella?

No puedo pensar en ello todavía. No hasta que obtengamos los resultados de la prueba de paternidad que se realizará hoy. Tomaron sangre de Helena y me frotaron la mejilla a principios de la semana. La doctora Price recibió los resultados de la prueba esta mañana.

Helena ha estado más taciturna que de costumbre y no hemos hablado de lo que vamos a hacer. No tengo ni idea de lo que está pensando ni de dónde está su cabeza.

Cuando llegamos, el enfermero nos lleva al consultorio de la doctora de inmediato. No sé qué es lo que la doctora Price piensa sobre esta prueba de paternidad y, francamente, podría dar un mal golpe, pero una vez que nos hemos sentado, abre una carpeta y saca el sobre que contiene los resultados. Nos sonrío un poco incómoda y me doy cuenta de que estoy sentado en el borde de mi asiento cuando Helena desliza su mano para tocarme.

Intercambiamos una mirada y deslizo su mano entre las mías mientras el médico ajusta sus gafas y lee los resultados.

—¿Y bien? —pregunto con ansiedad.

Ella sonrío, les da la vuelta y los empuja hacia nosotros.

—Tú eres el padre, Sebastian.

Helena deja escapar una exhalación audible.

Me vuelvo hacia ella, sonrío, sin darme cuenta de lo tenso que he estado. Y me sorprende la emoción que siento.

—Ahora, Helena, tu sangre también mostró niveles más altos de lo normal de GCH...

—¿Qué es eso? —pregunto—. ¿Hay algún problema?

—Es una hormona producida durante el embarazo, y no, no es un problema —responde con una sonrisa. Se vuelve hacia Helena—. Dada la historia de embarazos múltiples en tu familia, me sentiría mejor si hiciéramos una ecografía.

—¿Múltiples? —pregunta Helena, sonando perdida.

—Podría no ser nada. Algunas mujeres tienen niveles más altos de esta hormona y tienen un solo hijo. Tendríamos que hacer la ecografía para estar seguras.

Helena ha perdido un poco de color.

Me vuelvo hacia la doctora.

—Por qué no nos da unos minutos —digo.

La doctora asiente y abandona la habitación.

Una lágrima se desliza del ojo de Helena y ella la limpia.

—¿Por qué lloras?

—Me siento aliviado de que sea tuyo, pero...

—¿Estás contenta?

Me mira. —Es muy rápido. No es normal.

—Sí. Bueno, ¿qué ha sido normal en todo esto?

—Nada. —Mira su regazo y la preocupación le arruga la frente.

—¿Helena?

Mueve su mirada hacia la mía. —No estoy lista para esto.

Siento mi mandíbula tensa. —Podemos hablar al respecto.

—¿Y si... qué pasa si son cuatro? Cuatro niñas.

Limpio las lágrimas de su cara con los pulgares y la levanto sobre mi regazo.

—¿Y si ya está sucediendo de nuevo? —pregunta en mi pecho—. El ciclo ya está empezando.

—No es así. Se acabó.

Da un pequeño movimiento de cabeza.

—Se acabó, Helena. No habrá otra cosecha de chica Willow. —Inclino su cara hacia arriba para que me mire—. Lo juro. Nosotros terminamos con eso. Con este nacimiento, ya sea uno o cuatro, ha terminado. El legado de la chica Willow se acabó. ¿Y qué ha causado a lo largo de los siglos? Destruyó a ambas familias. Volvió a un hermano contra el otro. Hija contra madre. Y causó tanto dolor y sufrimiento.

Apoya la cabeza contra mi pecho y me toca la cara con la punta de los dedos.

—Las familias volverán a estar unidas, pero esta vez será por amor, no por codicia —digo—. Te amo y tendré un bebé contigo, o cuatro, o una docena. No me importa. Te amo. Y sea lo que sea, lo haremos juntos, tú y yo.

Asiente con la cabeza.

—¿Lista?

Su sonrisa se agita, pero la levanto y le aprieto los brazos. Seré lo suficientemente fuerte por los dos.

—Doctora —la llamo.

La doctora Price vuelve a entrar y unos momentos más tarde, Helena está acostada en la mesa y todos miramos fijamente al monitor y escuchamos el eco, un sonido silbante, cuando el médico encuentra al bebé.

Los bebés.

Los cuatro.

EPÍLOGO 1

HELENA

Un mes después

Sebastian tiene razón. Mi tía Helena tenía razón.
Vamos a terminar esto, él y yo.
Seré la última chica Willow.

Estamos sentados en la oficina de Joseph Gallo mientras habla sobre el contrato en su escritorio. Es uno nuevo que Sebastian había redactado donde me entrega las escrituras de la finca y las tierras Willow. También marca un final simbólico de la toma de las chicas Willow.

Hablé con mis padres unos días después de la visita al médico. No les conté sobre el embarazo. No les conté de Sebastian y de mí. Después de mi conversación con Amy, cuando me preguntó si los odiaba, no pude sacarme la pregunta de la cabeza.

Saben que la casa ahora está a mi nombre. También saben que pienso demolerla antes de vender la tierra.

Es la casa a donde Marius Willow se llevó a su esposa, Anabelle Scafoni. Es donde comenzó todo esto. Y lo estoy terminando.

Una vez que se venda la tierra, les daré el dinero, lo dividiré entre mis padres y hermanas porque no quiero ni un centavo de ella. No quiero tener nada que ver con eso o con ellos porque estoy enojada. Estoy enojada con todos ellos.

Mis padres me vendieron. Habrían vendido a cualquiera de nosotras. Y mis hermanas vivían de ese dinero. No puedo perdonarlas, aún no. Quizás nunca.

Pero no creo odiarlos.

Sebastian se ofrece a destruir el pesado tomo que contiene los registros de las chicas Willow, pero lo tomo en su lugar. Quiero conservarlo. Una Willow debería conservarlo. Debería recordarlas porque sus familias también les dieron la espalda. Las vendieron. Destruyeron sus vidas.

Y tenerlo bajo el brazo mientras salimos de ese edificio, es casi como una hermandad. Y es lo correcto. Tan correcto como que el anillo de hueso era lo incorrecto.

—¿Quieres comer? —pregunta Sebastian.

—Me muero de hambre —digo. Parece que siempre me muero de hambre desde que descubrí que estoy embarazada.

Embarazada de cuatrillizos.

Podremos averiguar el sexo de los bebés en unos meses más, pero ya lo sé. Creo que él también. Tendremos cuatro niñas.

Él me toma de la mano y caminamos al mismo restaurante al que vinimos la última vez que estuvimos aquí. Y vamos a la misma mesa, excepto que hoy parecemos ser los únicos clientes. Una vez que tiene una copa de vino y yo agua con gas, se inclina hacia mí.

—¿Cómo te sientes con respecto a las cosas? ¿Los bebés?

—¿A qué te refieres?

—¿Deseas conservarlos?

Lo miro. —Para mí nunca ha habido ninguna duda.

—Muy bien. Siento lo mismo. —Bebe de su vino, luego se mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña caja de terciopelo negro y la coloca sobre la mesa entre nosotros.

Lo miro y mi cerebro tarda un minuto en procesarlo a pesar de que mi corazón lo sabe.

—¿Qué haces? —Le pregunto mientras abre la caja.

Dirijo mi mirada a la suya y él sonríe, pero es un tipo de sonrisa diferente a la que normalmente veo en él. Esta es feliz y un poco insegura, quizás.

—En el poco tiempo que te conozco, te has metido bajo mi piel, Helena Willow. Le has dado la vuelta a mi vida y estoy... feliz. A pesar de toda la mierda por la que hemos pasado, estoy feliz. No sé si merezco serlo, pero lo soy. Te amo y quiero casarme contigo. Entonces, aquí estoy diciéndote que planeo quedarme contigo para siempre. Cásate conmigo, Helena.

—Sebastian...

—Ahora. Cásate conmigo ahora.

EPÍLOGO 2

SEBASTIAN

—¿Y si hubiera dicho que no? —pregunta mientras la conduzco a mi habitación, nuestra habitación, una vez que regresemos a la isla después de la ceremonia civil. Había organizado la ceremonia antes de ir a la oficina de Gallo para firmar ese papeleo y ni una sola vez se me ocurrió que pudiera decir que no.

—No ibas a hacerlo.

—Eres arrogante, Sebastian Scafoni.

—Y usted es preciosa, señora Scafoni.

La levanto en los brazos cuando empujo la puerta para abrirla y llevarla adentro, cerrando la puerta con el pie y bajándola junto a la cama.

—Además, soy anticuado cuando se trata de traer bebés al mundo. Quiero que nos casemos primero —digo.

—Sigo pensando que eres arrogante al asumir que diría que sí.

—Dijiste que sí.

La beso, desabrochando la parte posterior de su vestido mientras lo hago, quitándoselo de los hombros y dejándolo caer al suelo. Me alejo y la miro. Sus pechos están hinchados al doble de su tamaño, lo que me da un buen puñado, y aunque dice que ve un bulto, yo apenas y lo noto. Tal vez.

—Eres jodidamente bella, ¿lo sabías? —digo.

—Voy a engordar.

—Espero que así sea. Engordar con mis bebés. Y sobre eso. Mentí antes. Sí me importa. Quiero más de una docena. Decenas de niños y niñas corriendo por aquí, devolviendo la alegría a esta isla. A esta casa.

Se ríe mientras le quito el sostén. Alcanza el dobladillo de mi suéter y lo saca sobre mi cabeza.

Envuelvo un brazo alrededor de ella y la acerco, besándola mientras deslizo el otro en sus bragas y toco su coño mojado. Me retiro, la miro mientras paso los dedos por un pecho antes de girarla, empujándola sobre sus manos y rodillas en la cama y colocando sus bragas hasta la mitad del muslo.

Al observarla abierta, me siento voraz de repente y sumerjo la cabeza para deleitarme con su coño, probándola, lamiendo la excitación de ella antes de envolver una mano en su cabello y ponerla de pie para besar su boca de nuevo, mi boca pegajosa con ella.

Sus dedos tocan los músculos de mi vientre, luego van más abajo, desabrochando mis *jeans*. Desliza su mano dentro y me mira.

—Quiero probarte, Sebastian.

Joder.

Sí.

Giro mi mano en su pelo y la pongo de rodillas. Desabrocha lo que falta de mis *jeans* y los empuja hacia abajo y la veo tomarme, la veo de rodillas tragándome en su boca y sé que me va a costar mucho no explotar en su garganta.

La luz rebota en el anillo de diamantes en su banda de platino en su dedo y sonrío, empujándola hacia atrás hasta que su cabeza descansa contra la cama, apoyándose en ella, observando su rostro, sus ojos, mientras me toma, mientras me follo su rostro.

Mi esposa.

Ahora es mi esposa.

Dejo escapar un gemido y me retiro, la atraigo para que se ponga de pie, y cuando la besé, me saboreo en sus labios.

La acuesto en la cama y, aún de pie, me deslizo en su tan mojado coño.

—Joder. Siempre estás tan mojada para mí.

Veo cómo se estira para tomarme, los sonidos húmedos de su coño me ponen más duro. No voy a durar mucho y me retiro, le doy la vuelta. Le separo las mejillas del culo y me deslizo en ella por detrás, mi pulgar sobre su culo, frotándolo, escuchando cómo gime cuando hago eso.

Me inclino sobre ella, agarro sus manos, entrelazo nuestros dedos, siento mi anillo en su mano izquierda.

—Eres toda mía, Helena. Para siempre —digo, mi boca en su oreja, su mejilla—. Toda mía.

—Siempre he sido tuya, Sebastian —dice, con la voz entrecortada mientras me besa—. Siempre.

MUESTRA DE RETORCIDO

AMELIA

Dice que juntos lo retorcieron.

Le dieron forma al monstruo en el que se ha convertido.

Pero no puedes convertirte en algo que no estuvo dentro de ti todo el tiempo.

Una lágrima cae sobre el cuaderno de bocetos en mi regazo, la gota desdibuja el grafito. La limpio con la punta de mi dedo y veo cómo la mancha se extiende hasta el borde de la página.

Parece que no puedo dejar de dibujar esa noche.

La noche en que los hermanos Scafoni acecharon en nuestra casa y nos hicieron usar esas vestiduras podridas y repugnantes y nos obligaron a pararnos en esos bloques antiguos mientras Sebastian Scafoni, el maldito primogénito, nos miraba como si fuéramos ganando.

No puedo dejar de dibujar la mirada en su rostro cuando vio a Helena.

Incluso si no estuviera atada como estaba, ella habría destacado.

Siempre pensó que era el patito feo, pero es la más hermosa de todas. Es especial. Siempre lo ha sido. Diferente de nosotras. Y mucho más fuerte.

Mierda.

Me paso el dorso de la mano por la nariz y escucho el sonido de las lágrimas que caen gordas y pesadas sobre la página y esta vez, cuando pongo la mano sobre el boceto, es para untar la humedad como si pudiera borrar esa noche. Sacarla de la página. Eliminarla de la historia como si nunca hubiera sucedido.

—Oh, mira lo que has hecho —dice. Su voz es profunda y baja, y juro que puedo sentirla tanto como escucharla.

Él me coge la mano con la suya enguantada y la retira.

—Está arruinada.

Lo miro. Por fin me obligo a mirarlo.

—Te odio.

Sonríe. Encoge un hombro, su agarre crece infinitamente más fuerte.

Miro mi palma, que es negra por el lápiz, y miro la página que tengo delante.

Tiene razón. Está arruinada.

Pero no importa. Tengo docenas así.

Cientos.

Miles.

No puedo dejar de dibujar esa noche.

No puede evitar que suceda.

No se puede impedir que los malditos Scafoni entren en nuestras vidas, alterando todo. Llegan a nuestra casa como reyes, como si fueran dueños del lugar.

Aunque, supongo que así es.

Lo poseían todo. Nuestra casa. Nuestras tierras. Nuestros padres.

Mi hermana.

A mí.

Me obligo a encontrarme con los oscuros ojos de Gregory Scafoni con sus extrañas motas turquesas y me pregunto cómo pude pensar que era un ángel.

Mi ángel.

Mi salvador.

Cuando todo lo que es, es el diablo.

¡Puedes encontrarlo [haciendo clic aquí!](#)

TAMBIÉN POR NATASHA KNIGHT

Legado oscuro

Cautiva

Dividida

Retorcido

Daño Colateral: matrimonio arreglado, romance y mafia

Daño: (Daño Colateral n° 1)

Colateral: (Daño Colateral n° 2)

Daño Colateral

Heroes & Villains Duet

The Heroes We Break

The Villains We Make

The Augustine Brothers

Forgive Me My Sins

Deliver Me From Evil

The Sacrifice Duet (IVI)

The Tithing

The Penitent

Ruined Kingdom Duet

Ruined Kingdom

Broken Queen

The Devil's Pawn Duet

Devil's Pawn

Devil's Redemption

To Have and To Hold

With This Ring

I Thee Take

Stolen: Dante's Vow

The Society Trilogy (IVI)

[Requiem of the Soul](#)
[Reparation of Sin](#)
[Resurrection of the Heart](#)

The Rite Trilogy (IVI)

[His Rule](#)
[Her Rebellion](#)
[Their Reign](#)

Dark Legacy Trilogy

[Taken \(Dark Legacy, Book 1\)](#)
[Torn \(Dark Legacy, Book 2\)](#)
[Twisted \(Dark Legacy, Book 3\)](#)

Unholy Union Duet

[Unholy Union](#)
[Unholy Intent](#)

Collateral Damage Duet

[Collateral: an Arranged Marriage Mafia Romance](#)
[Damage: an Arranged Marriage Mafia Romance](#)

Ties that Bind Duet

[Mine](#)
[His](#)

MacLeod Brothers

[Devil's Bargain](#)

Benedetti Mafia World

[Salvatore: a Dark Mafia Romance](#)
[Dominic: a Dark Mafia Romance](#)
[Sergio: a Dark Mafia Romance](#)
[The Benedetti Brothers Box Set \(Contains Salvatore, Dominic and Sergio\)](#)
[Killian: a Dark Mafia Romance](#)
[Giovanni: a Dark Mafia Romance](#)

The Amado Brothers

Dishonorable

Disgraced

Unhinged

Standalone Dark Romance

Descent

Deviant

Beautiful Liar

Retribution

Theirs To Take

Captive, Mine

Alpha

Given to the Savage

Taken by the Beast

Claimed by the Beast

Captive's Desire

Protective Custody

Amy's Strict Doctor

Taming Emma

Taming Megan

Taming Naia

Reclaiming Sophie

The Firefighter's Girl

Dangerous Defiance

Her Rogue Knight

Taught To Kneel

Tamed: the Roark Brothers Trilogy

ACERCA DEL AUTOR

Natasha Knight es la autora más vendida del *USA Today* de novelas románticas de suspenso y romance oscuro. Ha vendido más de un millón de libros y ha sido traducida a siete idiomas. Actualmente vive en los Países Bajos con su esposo y sus dos hijas y cuando no está escribiendo, está paseando por el bosque escuchando un libro, sentada en un rincón leyendo o explorando el mundo siempre que puede escaparse.

